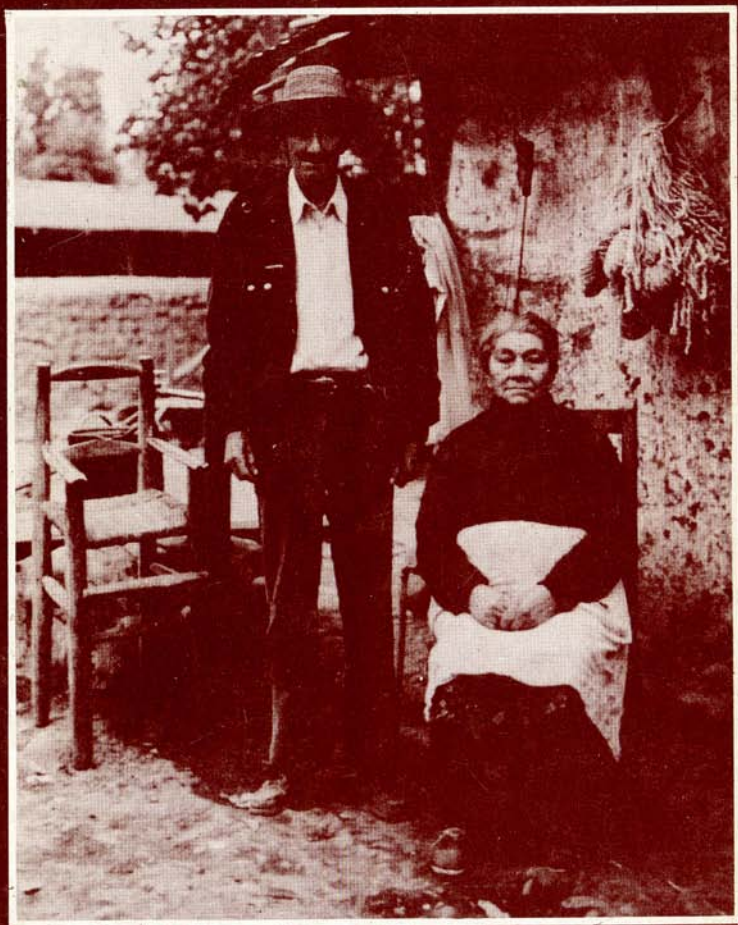


Hombres y Mujeres en Putaendo:

sus discursos y su visión de la historia



BIBLIOTECA DE LA MUJER

LILA ACUÑA

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

© Inscripción N° 64.959
Ediciones CEM

Diagramación: Juan C. Ramírez

Fotografía Portada: Lila Acuña

Impreso por: Arancibia Hnos. y Cía. Ltda.

Julio 1986

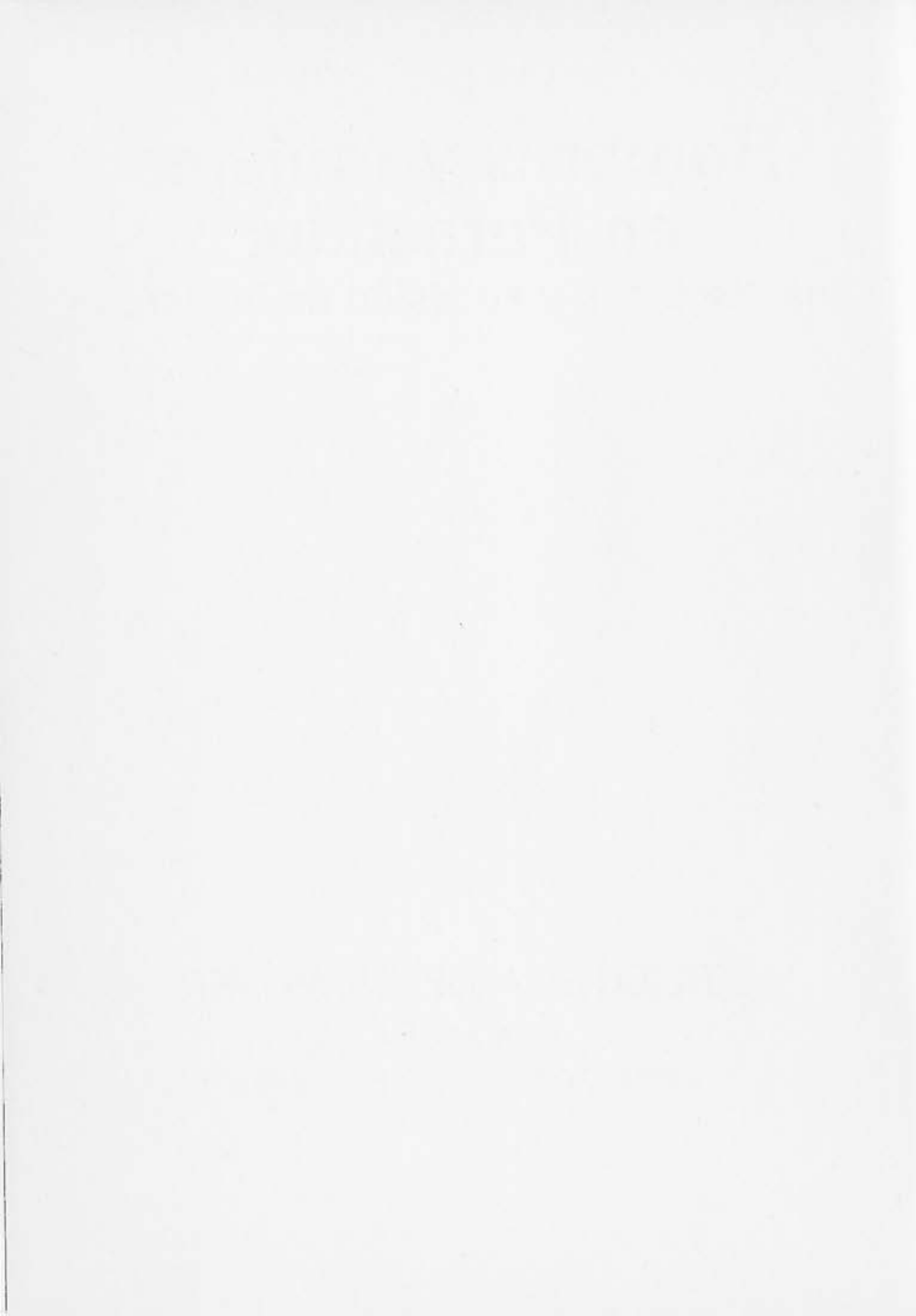
Hombres y Mujeres en Putaendo:

sus discursos y su visión de la historia

BIBLIOTECA DE LA MUJER

LILA ACUÑA

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER



PRESENTACION

La historia y los procesos de cambios sociales, no son vividos de igual manera por los hombres y las mujeres. Estas cuatro historias de vida revelan ese hecho, ya que los hombres de Putaendo entre la época de la hacienda y el presente, han sido testigos de las agudas transformaciones acontecidas en el campo chileno, desde mediados de los años sesenta en adelante.

El hecho de que las mujeres hayan participado de las tareas productivas en las economías campesinas, no significó que ellas tuvieran un rol protagónico en los asentamientos ni tampoco, después de las parcelaciones, en las decisiones sobre la producción en las parcelas. Tampoco en los sindicatos existentes antes de las expropiaciones ni en las formas de organización que se dieron los asentados: las mujeres quedaron relegadas a sus hogares y a sus familias.

Una suerte de geografía sexual, de un uso de espacios diferentes, se evidencian a través de estas historias de vida de hombres y mujeres: los hombres ocupan los espacios públicos (sindicatos, regimiento), las mujeres los espacios reducidos que configuran su quehacer.

Estas formas diferenciadas en el quehacer de los hombres y las mujeres, no se configuran una vez que los protagonistas de nuestras historias alcanzan la edad adulta y forman una pareja. Desde niños, los hombres son enviados a los campos y las niñas a las tareas domésticas. Cuando una niña debe ayudar a sus abuelos en el pastoreo de las ovejas, es disfrazada de hombre para que pueda salir al monte a cuidar el ganado.

Desde niñas las mujeres llevan una pesada carga doméstica, más aún cuando deben hacerse cargo, además de los miembros de la familia, de los peones de hacienda, el lavado de sus ropas, su alimentación.

Aprendizajes diferenciados que se transmiten a hombres y mujeres desde pequeños que culminan con el Servicio Militar, en el caso de Juan; y la experiencia sindical en la mina, en el caso de Ramón, y que derivan, finalmente, en que los hombres vieron y vivieron de determinada forma la Reforma Agraria y las mujeres no formaron parte de ella como actores sociales sino más bien como testigos distantes.

Los protagonistas de estas historias de vida conforman dos parejas; unos nacieron entre 1910-1920, otros en la década del cuarenta. Los más viejos, conocieron la vida de la hacienda; los más jóvenes, aunque nacieron en el campo, trabajaron en una mina y como empleada doméstica la mujer.

Todos, formaron parte del Asentamiento y ambas parejas hoy viven en parcelas asignadas en 1976, una vez disuelto el Asentamiento.

El propósito de publicar estas cuatro historias de

vida es el de llevar a la discusión el problema de la dominación masculina en la esfera del hogar y en las organizaciones, en la **Escuela de Mujeres** que realiza nuestro equipo de trabajo. Dar a conocer, a través de la voz de algunos campesinos que vivieron la Reforma Agraria, cómo se vivía en la hacienda El Tártaro-Lo Viña, qué ocurría en el Asentamiento y cómo luego éste se disuelve para dar origen a las parcelas de asignatarios. Discutir en fin, cómo y por qué los hombres y las mujeres no vivieron de igual forma una de las transformaciones más profundas que ha vivido el agro chileno entre 1964 y 1973.

Ximena Valdés

Proyecto

Mujeres Campesinas y Asalariadas Agrícolas
del Centro de Estudios de la Mujer

Santiago, Chile. Julio de 1986

INTRODUCCION

Las historias que hemos seleccionado para este libro son los testimonios de Juan y Sara y de Ramón e Inés, campesinos de la zona de Aconcagua.

Durante 1985 se grabaron las entrevistas en el campo, pidiéndole a cada persona que contara su vida desde la infancia, haciendo algunas preguntas para profundizar en los temas más olvidados. Luego se transcribieron los cassettes —entre dos y cuatro por persona— en forma textual. Finalmente se trabajó en la composición de las historias; redactándolas de manera que resultaran legibles, pero conservando el lenguaje y espontaneidad de los relatos.

La localidad donde se recogió el material se ubica en el Valle de Putaendo, a 120 kilómetros al noreste de Santiago. La ex hacienda El Tártaro-Lo Vicuña, a la que pertenecieron los entrevistados, se ubica en el extremo norte del Valle, al oeste del río Putaendo, cerca de la frontera con Argentina.

En la época de la hacienda, que funcionaba con el sistema de inquilinaje, había más de 100 inquilinos, los que a cambio de su trabajo —llamado “obligación”— recibían un goce o arriendo: una cantidad variable de tierra para el

sustento del trabajador y su familia; el derecho a criar animales en las serranías del predio y cada día de trabajo un plato de comida y la "galleta" o pan de harina negra. Además al trabajador obligado se le pagaba un pequeño salario.

En 1967 el predio fue expropiado en el proceso de Reforma Agraria y los trabajadores pasaron a ser asentados. Eran socios del asentamiento y cada mes recibían un anticipo, como un sueldo.

Después del golpe militar de 1973 se liquida la Reforma Agraria y en 1977 los campesinos de El Tártaro-Lo Vicuña pasan a ser asignatarios, al asignárseles parcelas de alrededor de 8 hectáreas de riego básico. Desde la asignación a la fecha se han vendido más del 50% de las parcelas en una zona donde la tierra es apta para la fruticultura de exportación.

Los campesinos entrevistados han vivido por varias generaciones en la localidad.

Nos ha parecido importante publicar estos testimonios por dos motivos principales: En primer lugar, para contar la historia que generalmente no se escribe, la de los distintos sectores que forman las clases populares chilenas. Para difundir la historia contada por sus propios protagonistas que es la historia colectiva de los campesinos de la localidad. Saber cómo vivieron, sintieron y aprendieron los distintos momentos del pasado y así proyectarnos al futuro.

En segundo lugar, al comparar los testimonios de hombres y mujeres, aparece evidente cómo, a pesar de haber vivido juntos el mismo pasado, las percepciones de las cosas son diferentes para unos y otras.

Nuestra hipótesis es que esto se debe a que hombres y

mujeres han sido educados para la vida en forma diferente. Los espacios que ocupan son distintos, la mujer fundamentalmente al interior del hogar, del ámbito doméstico —privado—; el hombre afuera, en el campo, en los cerros, en las organizaciones —en el ámbito público.

Por ello también sus preocupaciones se centran en distintas esferas de la vida. Incluso su manera de expresarse y comunicarse difiere.

Al realizar las entrevistas, los hombres hablaban más extensamente, contando fácilmente sus experiencias, hechos, cosas que pasaron, más que sentimientos.

Las mujeres en cambio, con menos facilidad para hablar, se refieren más a lo que sienten, a su vida íntima, a sus alegrías y sufrimientos. Les es más cómodo contar de los hijos, de los padres y cónyuges, temas que aparecen menos en los relatos masculinos. Sin embargo, cuando la mujer se refiere a la organización, a la política, —a lo público— lo hace más brevemente y con dificultad para recordar hechos y fechas.

Nos sentiríamos muy gratificadas si la lectura de los testimonios motivaran la reflexión y discusión de estos temas.

JUAN

Infancia: La época de la hacienda

Nací en El Tártaro, sector Casa Blanca, en el fundo El Tártaro-Lo Vicuña, en la comuna de Putaendo. En el 1919 nací yo, un 25 de agosto, hasta esta fecha tengo 65 años.

Bueno, para empezar mi vida, yo de muy chico empecé a trabajar, porque mis papás fueron hombres muy pobres, muy de poca situación, entonces nos hicieron trabajar de muy temprana edad a nosotros.

Y en esos tiempos colegios no había donde nosotros, así que no tuvimos la oportunidad de ir a la escuela...

Eramos 9 hermanos y de los 9, yo el sexto. Entonces, los otros niños, que eran más grandes, ya estaban trabajando arando, sembrando. Mi papá trabajaba obligado en el fundo, y nosotros en la casa trabajando para poder mantenerlos a todos (1).

El patrón obligaba a mi padre a mandar un niño a pajarear los trigos, entonces me mandaba a mí, un niño de nueve años, de diez años, con un tarro a la orilla de los potreros, pajareando, haciéndole tocar el tarro para que se fueran los pájaros.

En mi familia éramos cuatro hermanas y cinco hombres. Las mujeres, todas ayudaban a veces en el campo, cuando estábamos limpiando las chacras, todas las mujeres

con un azadón limpiando los porotos por las hileras, por los callejones. Cuando estábamos arrancando las lentejas, todas las mujeres arrancando lentejas, limpiando la lenteja. Y el trabajo más pesado lo hacíamos nosotros, para trillar también. Incluso cuando estábamos cosechando, las mujeres iban a la era a abrir los sacos, a llenar sacos y a coserlos, todo.

Eso fue ya cuando nosotros fuimos hombres, y uno de nuestros hermanos ya estaba en la hacienda, cumpliendo la obligación, y además de eso nos daba tierra a medias el patrón en los potreros, tierra a medias para lenteja, entonces sacábamos hartas lentejas nosotros (2).

De hacernos la comida, lavarnos la ropita y tenemos todo a nosotros, de eso se encargaba la mamá y las niñas mujeres. Nosotros nos encargábamos de sembrar, cosechar y traer toda la cosecha a la casa, o sea, guardar todo lo que se consumía en la casa y el excedente se vendía, para comprarse zapatitos y todas esas cosas.

El patrón, don Marcial Espínola era muy recto, muy enérgico, lo que él decía se hacía, y era muy duro, exigía mucho trabajo, era en un sentido muy malo.

En ese tiempo el trabajador se llamaba inquilino (3) y le daban una regalía de una cantidad de tierra. Mi padre tenía como tres cuadras de tierra y un derecho para criar animales en el campo. Nosotros teníamos una vaquita en el campo, la íbamos a buscar, le sacábamos leche algunas veces, para el gasto de la casa, para nosotros mismos, porque entonces no se vendía la leche, el campo estaba muy lejos, entonces la utilizábamos en la casa.

Nosotros mismos teníamos que hacer unas pocilgas, unas casas de caña, de techo de paja. Por eso nos acostumbramos a hacer estas casas... Las murallas las hacíamos con

quinchas: con palos y después les poníamos barro, bien pegado al barro para que no entrara el hielo para adentro, y arriba le poníamos caña. Caña de trigo para que no se lloviera, bien techado como se dice, una casa de esas no se llueve ni una gota. Entonces había gente así, entendida en eso, así que se techaban las casas y no se mojaba nadie.

Dentro de la tierra que le tenía el patrón hacía la casa usted y ahí estaba uno, criaba sus animales dentro de esas tierras y sembraba. Sembraba trigo, porotos, lentejas, en esos tiempos, garbanzos...

En esa época se trabajaba empezando a las cinco de la mañana y se salía cuando habían estrellas en la noche. Entonces no sabía de las horas uno. Venían todos los peones que se llamaban entonces, los traían a trabajar a Vicuña, había harto trabajo en el fundo de Vicuña, venían todos de arriba (4).

Al peón que trabajaba la hacienda le pagaban un salario. En ese tiempo le pagaban un peso, de que me acuerdo yo era un peso y era muy re' bien pagado. Y le daban una ración, daban dos panes grandes, que molía el patrón trigo, hacía un pan, le daba dos panes. A la hora de las doce le daba una porción de porotos. Cuadrillas de personas iban por los potreros repartiéndole la comida en un carretón y ahí cada cuadrilla salía de los potreros a recibir a eso, de las doce su ración de porotos. Y teníamos una hora para comer, vale decir, a las doce nos parábamos, a la una de la tarde estábamos con las herramientas en la mano otra vez.

En el fundo de Vicuña era el trabajo más grande, porque ahí estaban las prensas de pasto, todo el movimiento, aquí se trabajaba en pasto, pura pastería. Pasto y trigo. Para prensar el pasto, picar el pasto, cortar el pasto, todo eso, en el tiempo de las pasterías, cientos y cientos de cua-

dras de pasto, y cuando tocaba la siembra del trigo, cientos de cuadras de sembrar trigo.

Cuando tocaba cosechar trigo, ahí una máquina trilladora que corría con un motor, con la misma paja lo calentaban ahí, y empezaba la máquina. Empezaba tarde la máquina porque hasta cuando el trigo estaba seco ya. Pero era un tremendo trabajo. Sacaban gente de afuera, contrataba el patrón para que los segara, el trigo amarrado. Y la gente para que le cundiera más, hacían atados muy re' grandes de trigo, pesaban más de 80 kilos cada atado. Entonces, en el encierre del trigo para llevar a la vega donde estaba la máquina, era un tremendo peladero, un trabajo eterno. Entonces trabajaba el hombre que estaba cargando en la carreta, y trabajaban los que estaban levantando con la horqueta las gavillas para echar arriba. Ahí se entraba tarde, como a las nueve a trillar, pero habían estrellas y todavía la máquina trillando y el Administrador y don Marcial en una victoria afuera ahí parado. Mientras el patrón no se fuera la máquina no paraba. Entonces, en la noche, cuando tenía polilla el trigo, apolilladas, colorás enteras las camisas, transpirados los hombres en los canales lavándose.

Era muy dura la vida, llegaba uno a las diez de la noche a la casa y a pie, tenía que irse a pata, era terrible, no había en qué movilizarse. Y al otro día a primera hora, a un pito que tocaba, tenía que estar rayando el día, y ahí le daban dos galletas a usted no más y listo y le daban media hora para tomar desayuno, fue muy dura la vida entonces...

Cuando niño, jugábamos muy poco nosotros, porque ya en tiempo que estuvimos grandecitos, nos empezaron a ocupar, cuidando las vacas, a ver tantas cosas. Pero yo me acuerdo que siempre con los niños jugábamos a esas escond

didadas que llamaban, y a la “cebollita”: se ponía un rosario de niños y se sentaban uno atrás, otro más adelante, otro más atrás, otro más adelante, así como un rosario de niños... Y a la “achica la bomba”: cruzábamos un palo y nos poníamos a columpiarnos. Esos eran los juegos que teníamos nosotros. No se conocía esta pelota, que ahora todos los cabros jugando a la pelota. Antes no. Las entretenencias eran otros juegos, usábamos unos caballos de palo, montábamos a caballo un palo y corríamos nosotros, le poníamos riendas, unas tiras colgás, ese era el juego.

Jugábamos con las niñas. Niñitas grandes, niños, de 12 años, de 13 años, 15 años. Todos jugábamos a la escondida en la noche, cuando había luna. ¡Uf!, encantados de la vida. Pero no teníamos como ser, como ahora que veo yo que estos cabros ahora chiquitos andan ya pinchando con las niñas y en ese tiempo no se sabía eso, no se tenía conocimiento, éramos como hermanos. Me acuerdo cuando yo tenía como 15 años habían unas niñas vecinas en la casa, una familia García, que la señora, la mamá, venía a pedirme a mí a ayudar que le fuera a traer leña. Hombres de 15, 16 años nosotros y las niñas igual, íbamos en unos burros a cargar leña en unos bosques, tremendo, medio día entero cargando leña con esas niñas, pero ni una cosa, nada, ni ilusiones de relaciones con ellas, nada. Entonces había mucha ignorancia, ya después de los 20 años empezamos a saber que nosotros teníamos que tener una mujer y tener coordinaciones con mujeres.

Mis papás eran cariñosos, muy especialmente mi mamá, porque mi padre... mi papá era más rústico, nos castigaba más. Nos castigaba, nos pegaba guaracazos con un látigo, por cualquier cosa, que nosotros no hacíamos algo, se nos olvidaba, como niños. El nos aforraba no más, pegaba

no más. Entonces, a veces nosotros teníamos que llegar a la casa en la noche, de miedo al papá. En la mañana salir temprano para el cerco, allá había algo para tomar una agüita caliente no más. Porque el papá era muy fregado. Y la mamá, por eso digo yo, no hay como la madre. La mamá en la noche, callaíta al cuartito donde dormíamos nosotros, llevaba comiíta, “ya, tu papá está acostado, así que acuéstate tranquilito no más”, nos llevaba agüita caliente, poco conocía el café, el té, no se conocían, agüita caliente que se llamaba, agüita quemá con ganchitos de toronjil, agüita de menta... En esos tiempos era muy re pobre la gente, demasiado.

Una vez, me acuerdo niño chico yo, yo creía que era una gracia la que iba a hacer, estaba amansando un novillo, un novillo nuevo, con un buey viejo. Entonces me mandó a desensillar el caballo a mí, y yo me voy a dejar el caballo donde estaba él arando y me voy de galope. Yo creía que él me iba a aplaudir porque yo iba galopando el caballo y no siente la traqueteá el novillo nuevo y planta la arrancá con el buey viejo y se lo llevan a él enredado en el arado y lo arrastró un poco el buey. En la casa me pegó cuando llegó, casi me repeló. En fin, la mami curándome los rasmillones en los brazos y cosas así, en la cama, en la camita que teníamos para dormir. Y él como una semana con eso, porque había hecho una maldad. Si la gente allá éramos muy abrutados.

Pero la madre, un corazón para el hijo... Todas las noches ella nos llevaba comiíta. En la noche nos llevaba el boldosito, porque nos íbamos a tomar agüita caliente a los potreros, muy especialmente cuando él estaba en la casa. Cuando él se iba a trabajar, nosotros esperábamos a la mami a la orillita del fuego, con la teterita hervía para que

nos diera cafecito o tecito, o lo que hubiera, o nos diera harinita tostá con agüita.

Así que nosotros nos criamos mal. Claro que comíamos puro grano. En ese tiempo no se conocía el fideo, el arroz, no. Se conocía el poroto, el trigo macerado, el morrocho blanco, la chuchoca, todo eso. Charqui, eso no faltaba en la casa, charqui, harina tostá todo el tiempo. Con el charqui machucado hacía valdivianos mi mamá. Hacía harina tostada. Unos zancos que llamaban, con harina tostada, chicharrones, era todo una comida firme.

Los valdivianos eran cebolla picá, frita en grasa, porque en ese tiempo no había aceite, en manteca de chanco, porque se usaba eso, se guardaba también en manteca de chanco, se freía esa cebolla bien frita, después le descolgaban agua, la hacían hervir, enseguida le machacaban una cachá de charqui ahí en una piedra. Bien machucada, bien molido quedaba y se lo echaban, y quedaba una cebolla frita con charqui.

Y todo el tiempo se carneaban animales para charquear y comer carne y guardar el charqui para el invierno. Guardar harina tostá para el invierno, unas dos latas de manteca, para quien se iba a meter al cerro en el invierno. Y si no tenía comida guardada se moría de hambre. Claro, se guardaba todo para la casa, para pasar el invierno, que llovía tres, cuatro días. Y ahí era terrible, ¡qué iba haber gente! Llover no más, y metidos dentro de la casa. Muy buena esa casa, no se llovía nada.

El Servicio Militar

Me llamaron al Servicio Militar. Yo fui de 18 años y salí de 19. Lo hice en el Regimiento Yungay N° 6 en San

Felipe. Esto fue en el año '39. Yo era un cabro. Mi papá me inscribió, o vale decir, un hermano mío me inscribió ahí, sin saber nada de qué se trataba, qué era el Servicio Militar y todo...

Todos lo tenían que hacer, si no era remiso, era un gallo que no prestaba su servicio militar, era un ciudadano remiso que le decían, después lo pillaban y no sé qué hacían. Bueno, salí llamado y me fueron a dejar allá. Llegamos al regimiento. Me examinó el doctor, me desvistió entero en una sala. Yo era muy flacucho, era delgado, igual como soy ahora, y me decían todos que no me iban a dejar porque era tan desnutrido. Entonces el doctor me halló re'contra güeno el pulmón. Me vió los pies, me dijo: "a pesar de que soy tan delgado, pero está perfectamente, tenís el alto, ya, para dentro". Me llevaron, me cortaron el pelo al cero, me llevaron donde dan la ropa, me desvistieron, me probaron las blusas, los pantalones, los zapatos y salió el milico, pero sin tener conocimiento de nada.

Cuando yo era chico me había botado un caballo, me había quebrado este brazo, aquí, ya. Pero eso era cuando yo era chiquitito, este brazo izquierdo, lo tengo medio chueco, entonces no había yeso, no había nada. Me amarraron mis hermanas con una tira no más. Debo haber tenido como 6 años: iba a caballo donde estaban las niñas sacando leche y le pegué con una varilla al caballo y el caballo era de esos chúcaros y estiró las patas y me tiró para adelante y asenté la mano y me la quebré. Mis hermanas me pusieron unos cartones, unas tablillas que llamaban y me amarraron con una tira.

Y en el ejército, cuando estaba yo amaña'o ya no me dolía nada la mano, si no me dolió nunca. Pensé yo: "me voy a hacer el enfermo", agarré con un difarío yo que me

dolía la mano y que me dolía la espalda, me examinaban la mano una y otra vez y me decían que estaba soldado, que “era efectivo que fuiste quebrado, pero estas soldado: no tiene na’ que ver eso de la espalda”, puchas, me examinaron, estuve un mes en el hospital San Camilo de San Felipe y yo con el disfardío que no dormía porque me dolía la espalda”. “¿y toda la vida te ha dolío?”, me preguntaron, “ Si pues, toda la vida”. Y no era verdad, me estaba haciendo para que me largaran.

Porque le tenía miedo yo al ejército. Porque yo veía en la Alameda, cuando sacaban al contingente, que lo hacían levantarse, les pegaban, ¡miles de cosas! Entonces, yo me llevaba en la cocinería en el hospital, ahí yo era muy re’ vivo el niño, tenía mentalidad, yo pensaba. Me tenían re’ güena las cocineras, por que yo barría la cocina, les ayudaba a ellos, “el pelaíto” me decían a mí.

Entonces, cuando de un día a otro llega la orden que el concripto Muñoz lo llevaban a la sala porque había una junta de médicos. Para examinarme sería. Cinco médicos me llevaron, me empelotaron, me examinaban de a uno. Ya después se juntaron los cinco, me hicieron vestir y salí yo para afuera. Cuando llega un Sargento y un Cabo del regimiento, y me sacan, me hicieron sacarme la ropa, ponerme uniforme, ponerme la gorra, ponerme el cinturón, y me llaman y dan el veredicto de que estoy completamente sano y que me lleven no más. Y me llevan caminando de que salimos del hospital. Está lejos el regimiento. El regimiento quedaba arriba, en la Alameda y el hospital bien abajo, cerca de la línea, habían como dos kilómetros. Y de que salí del hospital me llevaron estos bárbaros güelta al trote, ellos andando, conversando, y yo dándole güelta al trote, al trote... Casi me corté. Transpirado entero. me

llevaron a la cuadra, me hicieron sacar el plato, la cuchara, el rancho. En la tarde casi me matan, solo , levantarse, tenderse, correr. Solo, porque los otros ya habían recibido sus clases ya.

Y se quería llegar al 21 de Mayo, y yo era segundo hombre en la escuadra de fusileros, y el primer hombre estaba enfermo, estaba enfermo de bronquios, en la enfermería del regimiento, un tal Cruz, y iba a llegar el 21 de Mayo y faltaba un hombre que diera el alto, como yo. Ave María, si casi me matan todas las semanas, solo, me ponían una pitilla en el pie izquierdo y me ponía ese bombo para aprender a marcar el paso: "izquier, izquier", cuando yo no caía con el pie izquierdo, plantaban las tirás, pero despacito...

Y me pegaban, no en la espalda, en las asentaderas, me plantaban unas patás que me daban vuelta. Cuando no decían "¡párese!" y me daban una cachetá, me volteaban como un caballo, casi me mataron. Entonces yo en la noche, yo sentía llorar a los otros pelados. Había gente muy cobarde, lloraban en la noche. Entonces yo me mordía, decía yo entre mí: "voy a poner todo de mi parte para salir adelante, si ya estoy jodido, si no, me han de matar". Entonces comencé a usar todo mi talento, a tratar de aprender todas las cosas, poner atención. Claro, comencé a entrar, entrar. Al mes yo estaba perfectamente. Ya me sacaron a la escuadra, a la Compañía. Se quería llevar al 1° de Mayo, o sea al 21 de Mayo, había que ir a desfilar y todas esas cosas.

El Sargento Villa, que era mi Sargento de escuadra, me comenzó a decir: "Oye, Muñoz, tenís que ponerle tinca, no seái lesa, hácele empeño". Yo era analfabeto y me enseñaron a leer ahí, y me llevaron a la clase esa y

empecé a aprender, a hacerle empeño, a aprender a leer. Claro que antes, había una niña a donde vivía cuando estaba chiquito. Cuando tenía como 8, 9 años, me enseñó como dos años entonces yo sabía, conocía algunas letritas. Era vecina y sabía leer, algo no más, y ella nos enseñaba y aprendí algo yo. Y ahí comencé a recordarme cuando me hacía clases el Sargento, y a poner tinca, aprendí a conocer las letras. Ya ligerito aprendí a leer en las revistas, en el diario que nos mostraban. Ya decían “¿cómo dice aquí?”. Comenzaba yo a juntar letras, a hacerlas hablar, entonces me fui adelantando, en la noche me daba permiso el Sargento de guardia para que yo leyera un libro que me daban, ahí donde estábamos. Yo quietito afuera para dejar dormir a los otros, estudiando, juntando letras y aprendiendo. Y no me tocó la güena que aprendí en un mes. Leía en el diario, en las revistas y sabía firmar mi nombre y todo. Entonces muy re buena cabeza saqué.

Y me fui adentrando y llegó el 21 de Mayo, me preparó mi Sargento Villa, mi Sargento de escuadra. El Comandante del Regimiento le dijo que cada Compañía tenía que presentar un hombre o dos hombres el día 21 de Mayo.

Entonces ahí el día 20 de mayo tenía que salir uno o dos hombres por compañía, al frente, en un cajón que ponían. Ahí se subía el gallo. Y estaban el Comandante del Regimiento, un Teniente Coronel, los Capitanes, los Tenientes con la Compañía y todo eso.

Entonces de la primera compañía, el único que llevaron fue a mí. Nos entrenaban antes, nos hacían decir lo que íbamos a hablar y al mejor que le iba era a mí. Fue como una bendición de Dios esto. De ser un niño que no había oído tocar un pito, no había marchado nunca en una

escuela, criado en los últimos picachos del cerro, y tuve esa bendición, de que me tocó.

Cada compañía eran 160 hombres, y de esos hayaron las mejores condiciones que yo podía pronunciar que significaba el día 21 de Mayo. A todos nos enseñaron eso y me enseñaron eso de Arturo Prat, que de eso se trataba, del Combate Naval de Iquique, por eso se celebraba el 21 de Mayo.

Y esa noche, dijo el Comandante al regimiento: “a ver, regimiento, ¡atención! ¡Herr!, todos firmes, tres pasos adelante los conscriptos que van a pronunciarse qué es lo que significa el día 21 de Mayo. ¡March!, ¡un dos, tres!”. Parados todos nos quedamos, tres pasos adelante salimos tres de todo el regimiento y como yo era de la primera compañía me correspondió a mí adelante. Entonces ahí el capitán: “el conscripto Muñoz, de la primera compañía de fusileros, adelante, ¡Marr!”. Entonces me subí ahí, arriba del cajón... Claro que la primera vez cuando vi el regimiento con los fusiles y todo donde estaban rindiendo los honores ahí me le quiso poner un nudo en la garganta, pero después entré en mí mismo y dije lo que me habían enseñado, lo que se refería a lo que se iba a celebrar, y me lo supe entero, ahora me acuerdo como de cuatro palabras no más. Dije: “Conscriptos del Regimiento N° 3 Yungay, en Chile han nacido muchos hombres valientes y generosos, ellos han dado su sangre y su vida por la patria; estos grandes hombres son los héroes a los cuales debemos amar y glorificar y uno de estos héroes es Arturo Prat. Era Capitán de una pequeña nave chilena llamada Esmeralda. En una guerra que hubo entre Chile y Perú la Esmeralda fue atacada por un gran buque peruano llamado Huáscar y su capitán Arturo Prat, combatido hasta morir. Y esto sucedió el 21 de Mayo de

1879, por eso celebramos este día con gratitud y emoción”, ahí se me acaba, y dije yo al último: “¡Viva Chile!”, pero se me olvidó lo demás. Pero esa fue la iniciación que yo dije.

Me lo habían enseñado, como un mes me lo estaban pasando esto a mí. Después de la hora de la retreta que llamo yo, me llevaban a la cuadra, me apartaban a mí y me metían una y otra vez. Y yo fui el único que lo dije. Yo tuve la bendición de decirlo de corrío. Ya cuando lo dijeron los tres conscriptos, el Comandante del regimiento dijo: “Regimiento, descanse, ¡alto!”. Entonces, ahí fue el Comandante del regimiento y me saludó y me pasó una mano, me dio un abrazo, me felicitó.

Al otro día en la mañana, que todos los días formaba el regimiento y leían la lectura de la orden, el conscripto Muñoz, que se presente, ahí donde tenían la guardia, a la Prefectura. Ahí ya salí nombrado cabo de reserva yo, cabo segundo de reserva, con una jineta, por el hecho de haber hecho ese curso. El segundo día del 21 de Mayo, el 22 de mayo, me llamaron a mí para darme, para saber que el próximo mes tenía la jineta como de cabo segundo de reserva.

Entonces, el día 21 de Mayo, vinimos a desfilar a la plaza, ahí a rendirle honores al intendente, a todos.

Esa fue la carrera mía en el regimiento, y después que cumplí el año —de torpe, no sería mi destino— me rogaban que me quedara de planta, yo era cabo de reserva ya: “oye, quédate hombre, quédate aquí en el ejército, contratado y todo, vai a empezar de soldado primero y todo y vos con ese talento vai a jubilar en el último grado”. No. Me gustaba intrusearle el culo al buey, andar detrás de la vaca, detrás del burro, el bruto. No. No me gustó.

Allá pedíamos permiso y salíamos al pueblo. Y ahí comencé yo a saber que tenía que el hombre que pinchar y por lo menos tener contacto con mujeres, ya venía el desarrollo y todo. Entonces ahí empezamos a pinchar y todas esas cosas. Incluso yo tuve relaciones con una niña de un sargento, porque me llevaba a hacer el aseo, de ordenanza. Me llevaba a hacer el jardín a mí, hacer el aseo del caballo que tenía el sargento a cargo y todas esas cosas, la pesebrera y todo, y tenía una niña el sargento. Eran hijas de él y yo comencé a pinchar con una. Y yo un gallo analfabeto, era una ¡tremenda niña!. Y yo conocía muy poco, leer, lo que había aprendido allá no más. Y no fue mi destino casarme con ella. Pinchaba así no más. Ella me iba a ver, una pila de niñas iban a ver a los conscriptos allá. Y cuando teníamos permiso salíamos a dar una vuelta a la plaza, por ahí a un café, a tomarnos una bebida, cualquier cosa. Entonces ahí yo entro a la civilización. Me pulí más, conocí un pueblo, conocí gente, tuve un roce mejor, pero no me quedé, que yo me debí haber quedado, pero no me gustaba. Me gustaba el campo, esa fue mi vida.

Regreso a la tierra

... Ya después volví otra vez al campo. Después que salí licenciado, llegué a la casa de mi padre. Ya entonces estaba más instruído lo que era tener relaciones con alguna mujer y todas las cosas y ahí comencé a pololear con mi vieja. Pololeamos tres, cuatro años. De 24 años yo me casé, el año '42, y de ahí comenzamos a luchar con ella de nuevo, trabajando el campo.

Ella trabajaba, sacaba leche a la cabra, amasaba, vendía pan. Yo trabajaba en la leña, en el enganche que había

(5). Después sembraba. Después yo me vine al fundo a cumplir la obligación y pagaba en la casa (6).

En esa época volví yo individualmente como inquilino. Sólo yo con mi pura mujer. Estuve tres años más con mi papá y enseguida me comprometí y nos juntamos y le dije yo: "hasta luego papá, yo me voy a retirar de la casa y me voy a juntar aquí ahora". Y nos juntamos con mi mujer y empezamos de la nada, de la nada.

En ese momento yo fui donde el patrón, que me diera un arriendo. Y como me conocían los administradores, el patrón consultó si yo era capaz de defender la obligación que él me ponía como inquilino. Los administradores me conocían, claro, buen peón. El patrón al tiro me extendió el contrato por un arriendo y yo ya fui inquilino. Me dijo: "esta es tu propiedad, si la casa está mala, tú la arregla". Claro que no había casa, entonces me puse a hacer casa yo al tiro, hacer casa de esa de caña y barro. Y me llevé a esta mujer y empezamos los dos a trabajar, jovencitos. Ella tenía 25 años y yo tenía 24.

El primer año llegó un cabro. Comenzamos la cría y a trabajar. Yo compré una cabrita, y esa cabrita se fue multiplicando. Tenía una ternerita que me había regalado un padrino y yo compré otra y juntamos dos terneritas. Después por ahí me compré una yeguita. La señora vendía pan, hacía empanás los días domingos, porque había una leñería, había muchísima gente los domingos, y vendía pan, empanás ella, y yo trabajaba como una tropa de burros bajando leña. Y pagaba peones de hacienda*. Pagaba un gallo que fuera a la casa, y seguía a las cabras yo.

* Ver nota (6).

Se fueron multiplicando, tuvimos como 160 cabras. Una pila de yeguas, vacas también tuve hartas.

Lo de los animales toda la vida ha sido igual (7). En la época de la primavera se van los animales adentro a la cordillera. Al centro de la cordillera. En el invierno hay que ir a sacarlos porque si no quedan atrapados con nieve. El invierno lo pasan en el campo de afuera, donde no nieva tanto, llueve no más. Pero este año nevó hasta en Santiago, mató muchos animales esta nevazón de ahora.

En ese tiempo yo también ayudaba. Hacíamos quesos los dos con la mujer. Y después que empezaron a crecer las niñas, cuando llegaban del colegio los días sábados, empezaron ellas a aprender y a hacer esas cosas, todo lo hacían ellas. Pero cuando estaban chicos yo le ayudaba a la mujer: a sacar la leche de las cabras, a sacar la leche de las vacas. Toda esa leche no se vendía, se hacía queso.

Hacer pan, la comida, lavar, eso lo hacía la mujer. A veces el hombre ayudaba a lavar, pero amasar no. Para llevar los niños al médico, lo hacía yo, había que andar con ellos a caballo.

En todas las decisiones participamos los dos. Nos ponemos de acuerdo. Ya, si estábamos muy reducidos al presupuesto económico, bueno, decíamos: "este chico no da más para mandarlo al colegio, tenemos que ponerlo a trabajar". O si habían más posibilidades, "démosle estudios a este niño". Yo por lo menos tuve suerte, porque les di un poquito de estudios a las niñas. Se prepararon algo. Entonces esa decisión la toman los dos viejos, de la instrucción de los niños.

Yo pasaba en la casa con los niños, allá, ayudando a criarlos a todos, a tomarlos en brazos a todos, mientras la mujer ordeñaba las cabras. Mi mujer le sacaba a 160 cabras

leche, haciendo queso, todo eso. Yo con ella, con los niños chicos. Tuvimos 13 hijos, pero se murieron 4. Y con estos 9, encantado de la vida.

El trabajo en la hacienda

Cuando yo entré a trabajar como inquilino todavía estaba el patrón. Pero después se cambiaron, y vinieron otros patrones de la Compañía Industrial de Los Andes. Yo duré tres años con don Marcial. Ya no era tan malo, porque tuvo esa caída, que mató a la señora y lo mandaron para el hospital, preso, detenido. Administraba don Roberto Espínola, su hijo. El no era tan rudo, ni su sombra. Era mucho mejor don Roberto.

Don Marcial mató a la mujer porque estaba celoso. Se puso celoso de un mozo. Tenían una victoria muy linda: no se conocían los autos en ese tiempo. Iban a venir al pueblo, al pueblo de San Antonio, así se llamaba aquí. Y don Erasmo, así se llamaba el mozo, dicen que lo llamó la patrona doña Sara a que le lustrara los zapatos. Y le fue a lustrar los zapatos el mozo y en eso viene saliendo del huerto el viejo don Marcial y lo ve salir del dormitorio de él. Misiá Sara no estaba ni en el dormitorio ni nada. Entonces creyó el viejo que estaba el mozo con la señora, no esperó ni una cosa el viejo bandió asesino, sacó la pistola y le plantó dos balazos, y le manda otro balazo al mozo, y se le escapa y aprieta don Erasmo, sin pretina el hombre, todo miado, se le escapó el mozo y mató a la señora. Pero como don Marcial era medio rico, lo llevaron, le dieron el hospital por cárcel (8).

Durante la época de Don Roberto, el trabajo era regar

pasto, encerrar pasto, amontonar pasto, regar trigo, cosechar trigo, enfardar el pasto, todo eso.

Ya después, cuando se pasó a la carbonería, no me convenía tanto ir al cerro y me venía a trabajar yo a la hacienda. Antes buscaba un peón reemplazante. Por ejemplo el Checho (9). Le decía: "anda a trabajar a la hacienda vos Checho, yo me quedo aquí, yo hago los trabajos de la casa, en la tierra y el día que no tengo trabajo aquí, pesco los burros y me voy a hacer viajes de leña. Se cargaba leña en un enganche, picaban carbón, quemaban leña y ahí pagaban para que se fuera al cerro a traer leña uno. Más allá la picaba, la vendían por kilo. Y en eso trabajaba yo. Trabajaba mi tierra cuando me sobraba tiempo y traía esa leña, otro billete.

El Checho llegó como el año '50. Llevábamos como 8 años de casados. En primer lugar, este niño era, no tenía madre, no conoció la madre, se le había muerto. Se crió con el puro padre y después se le murió el papá y llegó este niño a la casa, que le lavaban la ropita y todo, se le daba una melga, y se fue quedando en la casa.

Cuando estaban los patrones industriales me puse a trabajar de un corrío yo. Incluso me pilló esta cuestión del reparto de las tierras. Cuando llegó el asentamiento, yo ya estaba trabajando con el patrón. Entonces era presidente de un sindicato y trabajaba como obrero. Yo diría que como el año '65 me fui a trabajar de firme a la hacienda.

Cuando había mucho trabajo pedían un peón de trilla que se llamaba y el de entrá que era todo el año. El de trilla, tres meses. Cuando se estaba cosechando el trigo se pedía ese sobrepeón.

Al peón de entrá yo le tenía que pagar un juanillo que se llamaba. En esos tiempos ganaban como dos pesos. Le

pagaba la hacienda y yo. Por decir, en el mes la hacienda le pagaba 60 pesos y yo le pagaba 30 pesos al mes, entonces se hacía un sueldo de 90 pesos al mes el peón. Y la hacienda le daba ración, le daba pan y le daba poroto y con esos 90 pesos el hombre vivía, compraba ropa y todo. Además al peón, al Checho, yo le daba la comida, le daba la ropa limpia, todo. Acá llegaba como un hijo.

En la época de estos patrones, como arriendo* yo recibía más o menos como 4 cuadras. Una cuadra tiene 5.000 metros más que una hectárea. Vale decir, una cuadra tiene 15.000 y una hectárea tiene 10.000 no más, cuadrado.

La otra regalía era talaje en el campo para los animales. Para un número de treinta animales me daba el patrón. Y la otra regalía que me daba cuando venía a trabajar al fundo, me daba una ración de porotos, de comía de fondo que se llamaba, a la hora de las doce, y en la mañana, cuando me entregaba la herramienta, me entregaba dos panes. Y en la tarde otro pan que se llamaba la merienda, cuando entregaba la herramienta para irme para mi casa.

Este fundo trabajaba en ganadería y pastería y trigo, era lo que se cultivaba. Y en ese tiempo era muy sacrificado el trabajo. Era mucho, porque en ese tiempo se hacían fardos de pasto picado con palos. Se ponían cuatro palos por cada lado del fardo, no como estas colisas que hay ahora, porque ese pasto lo importaban para afuera, y era muy duro el trabajo.

En esos tiempos me tocó trabajar en los carros porque era muy distinguida la gente que aguantaba en esos trabajos. Porque se daba de tarea trescientos fardos al día y la cuadrilla de hombres que hacían los trescientos fardos eran

* Ver nota (2).

cinco hombres no más. Entonces, el que no sacaba la tarea —que eran los trescientos fardos— no se les rayaba el día, así es que era harto aperradora la cuestión. Y había que correr todo el día con los fardos al hombro para tirarlos a la bodega.

Yo trabajaba en eso y en el tiempo de la trilla del trigo en la máquina trilladora. Estaba estacionada esa trilladora. Se ponía a andar con un motor que se caldeaba con pura paja. Y se echaba a andar la trilladora y ahí estaban las carretas y se encerraba el trigo en atados. Porque en esos tiempos no habían máquinas trilladoras que sequen el trigo. Lo segaban con mano de hombre, de obrero, le pegaban segaura y cortaura al trigo y se hacían unos atados tremendos de grandes y ahí el patrón nos mandaba a nosotros a cargar las carretas con los atados de trigo. Era un trabajo muy re duro. Esa era la labor que desempeñábamos los hombres que éramos más fuertes, que pudimos más, más duros. Y los otros, regar los pastos, segar los trigos, cuidar la ganadería.

... Después de los administradores (10) venía el mayordomo. Los administradores, que pasaban la lista, por ejemplo, hacían una cuadrilla de diez peones que se llamaban en ese tiempo. Y le decían: “a ver vos, oye Manuel, te vai a ir a la higuera a regar trigo con estos diez hombres”. Iba el mayordomo con nosotros diez, llegábamos al potrero, allá tomábamos desayuno, teníamos media hora para tomar desayuno. Y él distribuía a la gente, el mayordomo: “vos te vai a ir a hacer la toma”*. Y así, “vos te vai a regar”.

* Toma de agua para regar.

Después veníamos nosotros no más. Eran todos iguales. Claro que, los arriendos... arriendos grandes tenían un peón, pero además, se le exigía por tres meses, por noventa días, otro obrero más. Es decir, si yo tuviera un arriendo grande, entonces me exigía el patrón un año con un peón de trabajo y tres meses más que tenía que tener dos peones, dependiendo la obligación por el arriendo.

Esos arriendos eran de cinco cuabras arriba, ya eran grandes, y tenían buena tierra.

El peón llegaba el día sábado no más a la casa. El resto de la semana se quedaba donde sea, al ladito del trabajo. Y no le tenían ni pieza, ni una cosa. Lo largaban a la calle, en un cuartucho viejo dormía, como un animalito. Esa era la vida de nosotros antes. Mala comida... Le echaban un poquito de grasa a veces. A veces no le echaban nada. En tiempo de calor y con esos trabajos pesados... Y como el poroto, mal hecho, nosotros teníamos la costumbre de llevar de la casa todo el tiempo, ya se criaban cabritos, gallinas, se preparaba cabrito para tener en la tarde, carnecita pa' comer, quesito, huevitos, algún pollito, se llevaba comida, la ración de fondo ni la mirábamos, se devolvía todo.

Al peón se le mandaba también. A la mitad de la semana, yo le venía a dejar al Checho el bastimento que se llamaba. Víveres, le traía pancito fresco, todas esas cosas. Y así los papás de los cabros.

Mi señora le tenía la ropa lavaíta al hombre que llegaba de la hacienda. "Ya, el sábado te toca a vos niño de ir a encontrar al peón". Y se iba en un caballo el niño y se traía al hombre para arriba a caballo, el día sábado. Y estaba toda esa noche, y el domingo como a las cinco de la tarde ensillaba el caballo e iban a dejar al peón. O cuando

se quería quedar el peón en la noche, se venía a las tres de la mañana del lunes a trabajar.

Las cortas de trigo lo hacían todo con gente afuerina. Ahí contrataba gente de afuera. Segaba y cortaba el trigo... por cuadras pagaba. Y como la gente era de afuera, venía y trataba de ganar plata... Hacían atados muy re grandes, y las consecuencias las pagábamos nosotros los inquilinos, los peones de los inquilinos, para cargar esos tremendos atados de trigo que eran muy pesados.

Cuando llegaron los Martínez Velasco, no me acuerdo bien cuándo, no hubo muchos cambios. Cuando vinieron cambios fue cuando ya llegó la Reforma Agraria, entonces el cambio total.

En lo último de la administración de los Velasco mejoraron un poco las condiciones de los campesinos. Ahí hubo un sindicato, se le empezó a exigir más garantías. Don Marcial fue muy duro.

Yo siempre pude mandar un peón. Nunca me exigió el patrón "vos tenís que venirte y el peón que me mandai lo ocupai en tus tierras", no. "Me mandai un peón no más y me defendís la obligación y listo".

La Reforma Agraria

No me acuerdo cuándo se formó el sindicato... A ver, en el Gobierno de Eduardo Frei... Hubo una división entre los de El Tártaro y Vicuña. Porque los de El Tártaro no queríamos la Reforma Agraria y los de Vicuña querían (11). Y ahí fue donde caímos en el error nosotros de no querer. El patrón era bueno, nos prestaba todas las regalías que queríamos, en todo apoyábamos al patrón los de El Tártaro, y los de Vicuña estaban pidiendo la Reforma.

Eso era porque el patrón, en los últimos momentos, ya cuando sintió esto, nos trataba bien, nos aceptaba todas las garantías y todas las cosas, porque sabía lo que le esperaba. Nos respetaba las ocho horas de trabajo, el prenatal a las mujeres de los inquilinos, y todas esas cosas. Todos los años le presentábamos un pliego de peticiones y nos aceptaba todo.

Dirigentes de la Democracia Cristiana nos ayudaron mucho a formar el sindicato. Gracias al Gobierno de Eduardo Frei, esa fue la salvación de nosotros. Ya nos dieron más chance para organizarnos, formar el sindicato y para todo. Gracias a esto vino la Reforma Agraria.

Como estaba el proyecto de la Reforma Agraria, llegó no más, y tomó posesión de la tierra y los que no queríamos, bueno, tuvimos que adaptarnos enseguida. Todos tuvimos que adaptarnos. Había un descontento en la parte que no quería, pero en el fondo llegamos a contentarnos todos y trabajar en armonía en el asentamiento, nos juntamos todos y las mentes de la asesoría de la democracia, del gobierno de don Eduardo, nos convenció que no teníamos que tener rencor y que estábamos en una equivocación, y los otros que no nos querían recibir y... así nos amigamos otra vez y seguimos, como compañeros. En el asentamiento fuimos recontra unidos y seguimos trabajando individualmente, con más empeño que en la misma hacienda... Para montar el asentamiento en maquinaria y todo. ¡Puchas! nos tocaban unos años malos, nos amanecíamos regando los trigos, todas las cosas. Comenzamos a plantar árboles, el potrero, el huerto, el maíz. Y como a los cuatro años, tres años, estaba el asentamiento montado, maquinaria y todo, herramientas para trabajar...

Lo mejor es que comenzamos a trabajar individual-

mente, lo bueno porque ya no nos mandaba nadie, sino por la voluntad de nosotros. Trabajábamos con más empeño porque ya estábamos trabajando para todos nosotros y cuidábamos unos a otros las cosas que íbamos teniendo, entonces eso lo hallaba muy buena idea.

Y lo malo... últimamente vino lo malo, lo peor de todo fue cuando vino el pronunciamiento de este régimen... ahí fue lo terrible por que vimos eso... La directiva que había en ese tiempo en el asentamiento, tomó posesión con los militares, entonces se adueñaron los milicos del asentamiento y se pescó al Presidente del asentamiento, y nos amenazaban los carabineros que si estábamos hablando cosas nos llevaban presos, si pedíamos nosotros aumento de sueldo, los dirigentes no lo aceptaban... Y la directiva comenzó a adueñarse de cosas sin la aprobación de la asamblea.

Eso fue lo peor de todo, lo más malo que hubo en el asentamiento, pero lo demás fue bueno. Ya comenzamos a tener más comodidades en el asentamiento, hubieron mejores casas, nos transportaban en un coloso, nos llevaban y traían a la casa. Eso fue en el gobierno de Don Eduardo.

En el otro gobierno ya empezamos lo mismo. Pero ya hubieron unas cosas más negativas... como hacerle presión al régimen. Mucha gente se fue para el otro lado, ya no trabajaban y enseguida rayaban el día. Haciendo tira herramientas, cosas así, dejando en pana los tractores.

Entonces, eso fue lo malo en el Gobierno de Salvador Allende, porque había alguien que le hacía presión y no le trabajaba la gente, todo haciendo tira, aprovechando las cosas, y después vino el pronunciamiento contra ¡el caos!

Los mismos dirigentes del asentamiento distribuían a

la gente, y los mismo ocho dirigentes vigilaban. Claro, no era como mayordomo, no. Porque si a mí me mandaban a cargo... Se formaban comités por cada rubro. Por ejemplo, yo fuí presidente del rubro tabaco, a mí me dieron diez hombres para que trabajara en el rubro, yo administraba el trabajo, yo sabía cuándo se hacían los almácigos. Hacíamos los almácigos, preparábamos la tierra, cuando estaban buenos los transplantábamos, y así, consecutivamente. Otra cuadrilla era rubro de trigo, otra de pasto, otra de la ganadería, otra de los árboles... y así.

Yo dirigía a los diez hombres que estaban a mi cargo, claro que me daban un secretario y... dos ayudantes, éramos tres dirigiendo. Toda la gente obedecía y trabajábamos conforme, pero en algunos rubros había gente de esa mala. Por ejemplo, la cuadrilla de los varios que llamaban, esos andaban sueltos, esos rayaban el día no más, no les importaba nada.

Nos pagaban mensualmente en el asentamiento. A los quince días nos daban un supe, al final del mes, todo el tiempo el sobre... Algunas veces había problemas, que no llegaba la plata porque no tenían, había días que estábamos sin pago. Pero la gente no protestaba, como teníamos almacén, había una cooperativa de consumo, entonces todo lo que nos iba faltando lo íbamos pidiendo ahí, por eso salíamos debiendo a la Cooperativa, salíamos sin nada de plata.

Trabajamos bien durante el asentamiento, y tuvimos hartas utilidades, pero las utilidades después se perdieron, no se vieron. Cuando se iba a ver la asignación de las tierras, ahí las utilidades se comenzaron a perder. Dicen que con los dirigentes. Hubieron tantas utilidades, y en el fondo sacamos muy re poco.

De la hacienda al asentamiento ¡cambió mucho el estilo de trabajo! Porque ya no se picó más ese pasto, no se trilló el trigo con esa trilladora, ya empezó a llegar la máquina cosechadora, era mucho más fácil, porque la misma máquina lo cortaba el trigo, lo trillaba. Se introdujo mucho más maquinaria y más comodidades, ya no había ese trabajo tan brutal, entonces empezamos a trabajar más aliviados.

En el asentamiento cada uno llevaba su comida, su ollita y cosas para la hora de almuerzo. *Las mujeres nunca trabajaron.* En el fundo algunas trabajaban sacando leche, nada más, pero pocas. En el asentamiento no.

La cuestión de la ganadería aumentó en el asentamiento. Nosotros tuvimos mucho más ganado que cuando había un patrón. Vacuno y ovejuno. Hubieron más de 4.000 cabezas de vacuno y unas 5.000 de ovejas. Y se cambió los cultivos porque en el proceso del asentamiento se plantó árboles, se sembraron maíz, se sembró lenteja y papas, maíz choclero, que antes, cuando había fundo, no se sembraba eso, entonces se cambió mucho más los cultivos.

Y cada asentado tenía derecho a tener una cantidad de animales en la cordillera. No había límites, si yo tenía suerte, criaba hasta donde pudiera, como había campo y todo, los animales se mantenían en la cordillera. Y en el tiempo del invierno, yo los tenía en la tierra, en la garantía* que le daba el asentamiento a uno, porque entonces se redujo la garantía, ya en vez de ser cuatro cuadras eran 5.000 metros, todas las otras tierras pasaba a cultivarlas el asentamiento.

* Lo que antes era el goce o arriendo.

El miedo y luego la parcelación

Ahí se apernó don Julio Acevedo en el cargo. Habían carabineros... El era el presidente del asentamiento, entonces él era el que mandaba todo, totalmente, no hacía reuniones, como un dueño.

Siguió funcionando como asentamiento por tres años. Normalmente vivimos. Atemorizados no más.

Nosotros no sabíamos si iban a asignarnos la tierra, cómo íbamos a quedar, o si la iban a devolver a los patronos. Teníamos temor porque si la devolvían los patronos iban a llegar con una represalia más fuerte. Conversamos nosotros por ahí. Pero felizmente no fue así, vino la asignación de las tierras y nos entregaron la tierra a nosotros.

El sindicato se suspendió cuando vino la intervención militar. Antes, durante el asentamiento, no se utilizó. Porque dijimos que el sindicato ya no servía para nada. Entonces yo ya no era presidente del sindicato. Eran otros los dirigentes.

Cuando vino la asignación estábamos contentos ¡muy contentos! Si hicimos un banquete, grande, faenamos como seis novillos. Ellas, las señoras de nosotros, todas ahí, tremendo banquete, vinieron las autoridades y todo...

Se asignaron 153 parcelas. Hacían una calificación y el que tenía los puntos a favor, ese sacaba la parcela y el otro no. Hubo mucha gente que dio toda la vida aquí y se quedó sin parcela. Le ponían que tenían que tener hijos, una pila de cosas que ya no me acuerdo. Tener también los días trabajados, el que no había fallado nunca en el asentamiento tenía puntos a favor y algunos que eran falleros en el asentamiento, trabajaban cuando les daba la gana, esos no tenían posibilidades.

Cuando acabó el asentamiento, tenía los hijos muchos casados ya. Una vez casados, salieron los niños al tiro, a trabajar para ellos. Los dos trabajaban en el asentamiento. Los dos mayores. Ellos postularon y se adjudicaron una parcela cada uno.

Ya cuando nos asignaron las parcelas, empezamos a trabajarlas individual, ya llevamos... siete, ocho años.

Muchos se preocuparon, porque ya se vieron encerrados porque la gente estaba acostumbrada a que el patrón le hacía todas las cosas y no sabían hacer un trámite, y no tenían herramientas ni tenían nada. Entonces se vieron envueltos en un problema. Otros no.

Para poder sembrar, para poder hacer esos gastos, yo tuve que ir al banco y pedir un crédito, para poder hacer los trabajos, para poder pagar obreros que fueran a trabajar conmigo.

Por el año '82, esos años no fueron muy buenos, hubo sequía, nos costó mucho pagar las deudas al banco. No había compradores, las cosechas se vendían muy mal.

... Seguí cultivando trigo, porotos, maíz, choclo, papas, porotos granados, pasto. Cuando tengo mucho trabajo yo contrato dos o tres personas hasta que me dure el exceso de trabajo. Después yo me quedo con la gente mía. Todos ayudan en la parcela, a cuidar los animales, a ver las vacas, todo, los niños chicos, todos. *También tiene trabajo la mujer, ella siembra, limpia, ordeña... ese es el trabajo más grande: ordeñar las vacas.* Enseguida de que se termina la labor allá en la parcela, *las niñas se vienen a hacer las labores de la casa: a lavar, a hacer almuerzo, la comida, planchar, qué se yo.*

Antes la mujer trabajaba más que en la parcela. Tenía que desempeñarse limpiando con el azadón, segando con la

hichona, regando a veces, cortando las verduras, llevándolas para la casa. En las cosechas con el saco, la pala y cosiendo. Viendo los porotos. En todo eso trabajaba la mujer antes, tenía que ayudar a hacer la cosecha en el "arriendo". Una parte de esa cosecha era para aperar la casa para el invierno y lo otro se vendía: se compraba harina y otras cosas.

En el asentamiento el trabajo de la mujer era en la casa no más. Pero igual seguía, porque nos daban 5.000 metros de tierra y entonces cultivábamos la tierra. Las mujeres hacían casi todo el trabajo, porque nosotros nos veníamos al asentamiento y las niñas y las dueñas de casa se encargaban de la huerta: papas, cebollas, zanahorias, perejil, todas esas cosas.

Ahora, en la parcela, la mujer generalmente no riega, pero cuando hay necesidad, también se pone las botas y riega. Porque eso lo ha hecho, antes cuando estábamos más solos, ella me ayudaba a limpiar, a regar, a tirar el caballo cuando yo estaba limpiando con el arado, claro que ahora las niñas no hacen eso ya. Limpian, siembran, ordeñan, todo eso ahora. Se preocupan de la huerta, toman la verdura.

Yo tomo todas las decisiones y hago el plan de explotación: en tal parte vamos a poner este cultivo, y acá este otro. Si hay necesidad de comprar un animal, bueno, vamos a comprar un animal. Si hay necesidad de comprar una herramienta, hay que comprarla; abono, igual. Los hijos obedecen todo lo que yo digo, no les consulto nada a ellos. Claro que yo a ellos tengo que darles todas sus faltas, por ejemplo, las niñas necesitan un par de zapatos, un vestido, qué se yo, ahí está. De las utilidades del trabajo de todos sacamos para poder subsistir.

Los animales, las vacas que ordeñamos, es la base principal, porque de las utilidades que nos dan las vacas todos los días, nosotros no recurrimos al trigo, a los porotos, a todo eso. La vaca nos está dando la mantención todo el año, con la leche nos da toda la mantención del año y nos queda ese otro cultivo de utilidades. A fin de año se reduce a plata y hay un billete. Ahí se compra todo lo que los niños quieren. La vaca es el presupuesto fuerte para parar la olla.

Para el trigo contratamos una cosechadora. Y, a veces, también contrato un tractor, un arado disco. Cuando hay que ponerle arado con tractor, le pongo, y cuando no hay necesidad de eso le pongo mis parejas de caballos, tengo dos parejas de caballos y con eso hago mi trabajo. Eso lo hago yo con mi niño.

La mujer también trabaja con herramientas: con la segadora. Siega pasto, trigo. Claro, a diario no, porque la mano es más delgada, el cutis es más delgado, se hechan a perder las manos. Pero si hay necesidad, la mujer lo hace.

Yo estoy muy contento con la entrega de la tierra, por haberme adjudicado esta parcela. Porque yo me independicé, salí de la esclavitud de los patrones, que ellos me mandaban, que ellos me explotaban, salí yo de eso. Entonces, ahora yo me desenvuelvo por mí mismo.

Y es mejor que en el asentamiento por la siguiente razón: porque yo ya estoy solo. Yo si tengo este pedazo de tierra estoy trabajándola con mi familia y todas las utilidades que yo voy a hacer de esta tierra son para mí y mi familia. A medida que más utilidades dé, es mejor renta para mí y para mi familia. La comparto con todos ellos. Y en el asentamiento no, porque el asentamiento era para tantos y algunos se comenzaron a aprovechar de mi humilde trabajo

y ahora no. Eran malos los dirigentes que se aprovecharon de las utilidades del asentamiento, en el asentamiento teníamos un exceso de utilidades nosotros, pero llegó la asignación de las tierras y nos dieron un poquito así y con el resto se quedaron esos malos.

El problema más grande que tenemos en este momento nosotros, es haber perdido la cordillera. Porque esa cordillera es y era el presupuesto fuerte que teníamos nosotros. Porque, al tener la cordillera en las manos de nosotros, los animales los tendríamos ahí, sin pagar talaje: sería un campo propio. Por supuesto que tendríamos que estar pagando la cordillera, pero no sería como estar arrendando, un exceso de arriendo que nos cobran. Y con el presupuesto fuerte que yo digo, que tendríamos allá en cualquier momento que nosotros nos hubiéramos visto estrechos de una cuota, un impuesto, venimos y tomamos un poquito de ese presupuesto y vendimos y pagamos eso.

Entonces, eso es lo que nos ha hecho más falta que nada, que muchos campesinos aquí se deshicieron de sus animales, de ese presupuesto, porque perdimos la cordillera (12).

Y lo otro es el de los créditos bancarios, que no nos podemos salir, o sea, que no se pueden pagar, incluso han venido a embargar parcelas, cosas así...

Claro que hay otros problemas en el campo. Especialmente en la salud. Estamos aislados y no tenemos una atención de salud adecuada. Porque la atención del hospital aquí es pésima de mala. Antes tenía entendido yo que era mejor la atención de la sanidad en el hospital. Era mucho mejor, ahora hay que pagarse todo, uno que no es jubilado, que no es asegurado, tiene que pagar las consultas. Un mínimo que están cobrando, son mil pesos. Antes

era gratuito, entonces digo yo ¿por qué hay tanta diferencia? En estos últimos tiempos yo he notado que hay más pobreza. Las cosas están muy caras, y la gente no tiene cómo comer, como comía antes.

Me gustaría que hubiera una especie de sindicato como antes, claro que nosotros no íbamos a presentar un pliego, ¿a quién? Pero ya con un sindicato, con una organización más fuerte podríamos tener más apoyo. Proyectar mejores cosas que podríamos solicitar ante el mismo gobierno. Entonces creo que es muy importante una organización fuerte, así como el sindicato.

La mujer también debería participar. En centros juveniles, la juventud, todo eso. Para que ellas proyectaran qué es lo que piensan y quieren hacer. Antes la mujer se organizaba en Centros de Madres... y en el sindicato también había, las que ordeñaban en el fundo.

Ahora no más... hay cualquier cantidad de mujeres trabajando. Yo no sé cómo les pagan y las condiciones...

NOTAS:

- (1) En el sistema de hacienda, la obligación es el trabajo que debía cumplir el inquilino en el fundo o hacienda a cambio de las regalías y el salario.
- (2) Aparte del goce, o arriendo, parte de tierra que el patrón entregaba al trabajador inquilino a cambio de su trabajo en la hacienda, podía establecer otros tipos de intercambio por la mano de obra, proporcionando un pedazo de tierra anual al trabajador que debía pagarle en productos al término de la cosecha. Esta es la mediería. El dueño de la tierra lo único que proporciona es la tierra.
- (3) El inquilino es la parte trabajadora permanente en el sistema de hacienda. Vive al interior del fundo, ya que se le proporciona un pedazo de tierra como forma de pago. La otra parte es el patrón con sus administradores. El sistema es cerrado y se establecen relaciones de dependencia que trascienden las laborales y económicas.

- (4) La hacienda de El Tártaro-Lo Vicuña está al norte del Valle de Putaendo, al poniente del río. El Tártaro se ubica al norte, colindando con pasos limítrofes internacionales y Lo Vicuña al sur. El predio estuvo dividido hasta fines del siglo XVIII y la parte de arriba luego estuvo siempre más descuidada por los dueños, lo que provocó una rivalidad temprana entre ambas partes.
- (5) En la época había un enganche de carbón, en que trabajaban los inquilinos y habitantes rurales sin tierra de Las Rinconadas.
- (6) La mayor parte del tiempo don Juan trabajaba en su arriendo (goce de tierra) y enviaba un peón a cumplir su obligación a la hacienda. Cuando comienza él a trabajar en la hacienda, la familia trabaja en el arriendo y le paga a un peón.
- (7) La hacienda fue fundamentalmente ganadera siempre. Los inquilinos podían tener animales y talaje en la cordillera como regalías. Por esta experiencia la ganadería es muy importante en las actuales economías campesinas que consideran los animales como un ahorro.
- (8) El Hospital de Putaendo es muy conocido en el país. Primero atendía a enfermos de tuberculosis y actualmente es un hospital psiquiátrico.
- (9) Como se verá después, Checho es un allegado en la casa de don Juan. Recibir personas extrañas a la familia es una arraigada costumbre campesina. Ello en parte por la necesidad de brazos para el trabajo del campo.
- (10) En este párrafo se refiere a la estructura organizacional de la hacienda. El administrador es el hombre de confianza del patrón, que dirige las actividades del predio y lo reemplaza en su ausencia. En este caso había dos: uno para El Tártaro y otro para Lo Vicuña, por las diferencias y distancia entre ambas partes del predio. Luego vienen los mayordomos, que dirigen en faenas concretas al inquilinaje y otros peones.
- (11) Ver Nota 4.
- (12) Cuando se liquidó la Reforma Agraria, las serranías fueron licitadas y adquiridas por una empresa extranjera que actualmente les cobra el talaje a los campesinos.

SARA

Hermana mayor

Nací en El Tártaro, el 20 de mayo de 1917. Mis padres eran agricultores, igual que nosotros. Yo me crié en Casa Blanca, en el fundo Lo Vicuña.

Después de ahí nos fuímos a Quilpué, estuvimos como tres años allá. Nos fuímos porque se descompuso la hacienda y vino un caballero y le habló a mi papá que allá estaba bueno para trabajar. Yo estaba grandecita ya, estaba en la escuela. Estudié esos años en Santa María.

De ahí, mi papá se vino a Rinconada de Silva (1). Trabajaba con un patrón. Le daban casa y tierras en media. Ahí estudié dos años.

Después nos vinimos otra vez al Tártaro y seguimos viviendo ahí. Desde esa época yo le ayudaba a mi mamá. Yo era la única mujer y cuatro hombres. Y un tío padrino que vivía con nosotros, y un sobrino de mi mamá.

Yo no era una mujer muy salidora, porque antes los papás eran muy realizados. *Todos los hombres trabajaban en agricultura y yo hacía las cosas de la casa: comida, y lavar todo, todo. De chica yo he trabajado.* Mi mamá no hacía nada, era enferma, era regalona.

Yo era la mayor, la primera. Yo tuve que criar a mis hermanos chicos, por eso es que le digo yo que la vida mía fue para mucho sufrimiento, porque mi mamá pasaba enferma y ahí ella se venía para acá, para el pueblo a medicarse, a buscar remedio. Estaba quince o veinte días, un mes en el pueblo. Se quedaba donde comadres, familiares que habían acá en Putaendo. Ahí se venía ella. De allá tenía que mandársele pancito, huevo, a veces gallinas muertas para que tuvieran para que le hicieran las cosas a ella y las verduras. Venía mi papá a dejarle, no había carretela, no había na', venían en macho... Y yo sola en la casa para hacer todo el quehacer, para ocho hombres que habían y cuando habían peones, hasta diez, mis cuatro hermanos y unos niños que se criaron en la casa, se criaron de niños chicos.

Cuando estaba chica me regaloneaban mis abuelos. Cuando murieron se acabó todo: yo tenía como tres o cuatro años, los papás de mi mamá, que eran nacidos y criados en el fundo. Mi papá era hijo natural, su padre era un gringo que no se casó con mi abuela. Ella vivía allá en Santa María, allá la conocí yo.

Jugábamos a las muñecas con amigas, cuando chica. Con mis hermanos no, porque antes no se juntaban las niñas con los hombres.

Cuando era chica se murió un hermanito mío: lo aplastó una tapia. Estaban botando una tapia y él se metió a jugar. Nadie se dio cuenta.

Lo arreglaron como un angelito. Lo ponían en una silla o acostadito. Lo vestían de blanco, con alitas. Todavía se hace. Yo cuando estaba allá arriba arreglaba re muchos niñitos que se morían.

Mi papá era inquilino en el fundo. El trabajaba mucho

porque los trabajos de antes no eran como los de ahora, porque Don Marcial (2) tenía máquinas para segar pasto y para enfardar. Entonces esas máquinas tenían que hacer, eso sí que yo no me acuerdo cuántos fardos diarios para que ganaran el sueldo que iban a ganar, y si hacían menos, ganaban menos plata, les pagaban una miseria. No como ahora que el trabajo es más pagado. Claro que le daban ración de poroto y dos galletas al día, pero era pesado. Le daban el arriendo por lo que trabajaba.

Le daban ese arriendo y entonces, los que quedaban en la casa sembraban, pero el peón tenía que estar diario en el fundo. Diario, trabajando por una miseria de plata y por la ración de poroto y la galleta, de lunes a sábado. Se iban a trabajar todos los días a las cinco. En el invierno salían oscuro y llegaban en la noche. A veces no llegaban, a veces se quedaban en el mismo establecimiento en donde hacían las colizas. Se quedaban porque no alcanzaban a llegar allá y al otro día volver de madrugada otra vez.

En dos partes colizaban el pasto: En Vicuña y en El Tártaro. Lo vendían acolizado. Pero ese caballero era muy millonario. El tenía, no era un potrero ni dos, lleno de animales, tenía hartos potreros llenos de animales y tenían hartos peones.

El trabajo agrícola

Todos eran inquilinos. Porque de Los Patos para arriba también era fundo y todos trabajaban. Ya en el tiempo de pastería tenían doble peón, dos peones en uno. Como ser, el inquilino trabajaba él y tenía que pagar un sobre-peón. Así que tenía dos peones en tres metros, por la tierra y la ración de poroto que daban y era muy mala la

comida que le daban. Hubiera sido buena... El pan era negro, más negro que este pan que amasamos de harina. Esa era la galleta que se llamaba, ¡así unos panes!

Mi papá trabajaba, él no pagaba juanillo (3). Cuando no trabajaba tenían que pagar otro peón: no les aguantaban que faltaran tampoco. No tenía que faltar ni un día el peón en el fundo, y en el verano, los tres meses de sobretiempos, había más trabajo, porque llegaba la pastería que le llamaban antes: hacían esos fardos para vender y en ese tiempo necesitaban hartos peones porque él no sembraba como sembraban cuando estuvieron los Velasco (4).

Los Velasco sembraban lentejas, trigo, y este caballero no, era empastadura no más que tenía don Marcial, porque tenía hartos animales en engorda, así que necesitaba hartos pastos y éstos otros no. Tenían más pocos animales y se dedicaban a la siembra. Cañaño, sembraban, lentejas, sembraban porotos, morochos. Todo sembraban ellos con los mismos peones que trabajaban. Eso fue cuando ya arrendaron este fundo. Ya se terminó el dueño, el viejo. Y a don Roberto no le gustaban las siembras. Dicen que le gustaba divertirse no más, al hijo de don Marcial.

Eran dos hijos, una hija y un hijo. Después se acabaron todos. No ve que don Marcial, la señora la mató él, en el mismo fundo la mató a balazos. Si era tan pícaro este hombre. ¡Ay!, si este hombre quién sabe qué han hecho los diablos con él. Porque iba como ser en un coche que tenía, un lindo coche para salir a ver los potreros para arriba. Merecía encontrar chanchos en los potreros, mandaba a un empleado que tenía con una tropa de perros y venía y pillaba los chanchos y los mataba en el potrero, hechos tira con los perros. Así era la vida de don Marcial. Por eso cuando tanteaban que era el día que iba para arriba don

Marcial, la gente toda, como si iba a ir quizás quién para allá. Porque era muy malo ese hombre, malo, malo. Si a los piones, andaba a caballo y les pasaba el caballo por encima y se los pasaba no más, si algo le parecía mal. Así era la vida en esos años, yo estaba chica, pero me acuerdo del patrón. El hijo no, don Roberto era muy bueno.

Allá no trabajaba ni una mujer, porque no había trabajos para mujeres. Eran puras cuestiones de reguíos de pasto y animales. En la ordeña no, porque no sacábamos leche. Después sacaban unas señoras, pero en ese tiempo no. Las mujeres hacían puro trabajo de la casa. No había trabajo para ni una mujer y no había dónde trabajar. Yo en la casa cocinaba, lavaba y hacía aseo. Eso es lo que uno hacía. Todas las tardes uno iba a cortar, cuando habían porotos granados tiernos, papas; todo se sacaba en la tarde para el otro día, ese era el trabajo que uno tenía. Habiendo verdura, tiene que ir uno misma a traer y los hombres, trabajando en el cerco. Y ahí sembraban porotos, papas, sandiales, tomates, de todo. El arriendo había unos más grandes, unos más chicos, pero no me acuerdo mucho. Antes eran cuadras, cinco o seis cuadras. Y habían algunos que les llamaban pisos. Esos eran más chicos. Trabajaban por seis meses esos y después se venían a trabajar a la casa a la siembra.

Sembraba por ahí la gente a medias. También, cuando el que tenía más poca tierra, sembraba a medias con otro vecino. En ese tiempo no sembraban con caballo ni con tractor, sembraban con bueyes. Tenían dos o tres yuntas de bueyes y me acuerdo que mi papá tenía bueyes en ese tiempo no más. Sembraban con bueyes, araban y todo. Nada de tractores, no como ahora. Si antes no había ni un tractor. No se conocían esas cosas. Después que empezó

más moderno, empezaron los caballos, a arar con caballos y el que tenía más le sembraba a otro que no tenía nada. O si no, sembraba a medias. Así era la vida de ese fundo.

Yo a los 25 años me casé y me aparté de ellos. Viví distanciada de ellos. Se quedaron solos los viejos. Obligá a buscar una niña que le hiciera las cosas, porque mi mamá pasaba muy enferma del estómago.

El matrimonio y los hijos

Y ahí fuimos trabajando con Juan, los dos siempre. Trabajar, trabajar no más. El en agricultura, en el fundo y yo en la casa. Amasaba para vender, en Casa Blanca, ahí vivíamos. Ahí me casé y ahí empezamos a tener hijos. Trabajamos hasta que Dios nos dio nueve niños.

Harto trabajé. Un tiempo había un enganche de carbón, allá arriba en El Tártaro. Arrendaban los encierros del campo y hacían carbón. Entonces había harta gente haciendo carbón, bajando leña por kilo, de quillay. Harán como treinta años. Entonces yo el día domingo amasaba, hacía bollo, hacía empaná, hacía dulce, todo lo vendía y así fuimos arribando hasta este fin, que tenemos con qué pasar con el favor de Dios, pero trabajamos harto.

Teníamos hartas cabras. Juan tenía arriendo, yo amasaba, cosechaba. Teníamos un negocio de almacén. Veníamos a comprar a Putaendo, en carretela se llevaba. Los cajones, bolsas de azúcar, cuando empezó a salir la granulada.

De los nueve niños tenemos tres muertos. Las tres eran mujeres. Una chiquitita que tenía nueve meses, las otras murieron guaguaito. Ahora crecieron mis hijos. Unos se casaron, unos trabajan, unas están aquí en la casa, y seguimos los mismos problemas.

Aparte de mis hijos he criado cuatro nietos y un sobrino, cinco, fuera de otros niños que se han ido para Valparaíso. Ahora están viejos ya.

El Freddy es uno flaquito que va a la escuela. También es nieto, hijo de la Teresa. Este lo traje yo de tres meses. O sea que me he llevado toda la vida criando y todavía. Ahora me llegó otro nieto, el de la Juana (5). También le voy a tener que ayudar a criar. Por eso que Juan me dice: “pa’ no cabriarte los niños a vos, mujer”, y qué voy a hacer, a lo menos éste, que se le murió la mamita. El padre es peor que ese pato. No viene a verlo, no vaya a decir “le faltan zapatos al niño” o pantalones, ya tiene diez meses que no ha aportado nada. Hay que seguir criando, hasta cuando Dios determine de mí. Ni Dios lo permita decimos nosotros que nosotros nos muramos, los niños están tan chicos. Al fin, la Marisa, de alguna manera, ya ella es una niña de dieciséis para los diecisiete años, ya ella puede trabajar, ganarse algo, no como este niño chico, que vaya a ser. El Freddy no, porque él tiene su padre y su madre y yo me termino, se lo llevan. Claro que él dice “yo no me voy con ellos”, pero y al terminarme yo tendría que irse no más con sus padres.

Si pues, así que la vida mía ha sido bien guerra.

Juan también era de allá. Nació y crió allá. Los papás nacíos y crió en El Tártaro. Todos. Cuando se casó conmigo empezó a ser inquilino, porque él antes tenía esos famosos pisos que digo yo, tenía un piso que trabajaba seis meses por ese piso y después que nos casamos tuvo un arriendo por todo el año. Porque ya íbamos trabajando para nosotros, tenía que ser un poco más grande y ahí comenzamos a tener animales y después a criar cabras. Tuvimos ciento cincuenta cabras. Teníamos ovejas,

así que ahí a sacar la leche, a hacer quesos. Es buen trabajo, tarde y mañana, porque la cabra da dos veces al día leche, en la mañana y en la tarde. Yo con nohecita estaba en el corral sacando la leche y tenía a todos mis niños chicos, pero antes uno sabía criar, no como ahora.

Ahora no sabe criar la gente, porque, el niño desde que nace le ponen pantalones, ya lo pasan de frío. Y antes no pues.

Yo, cuando tuve mis primeros niños, yo me cuidé los cuarenta días. Ahí sí que yo fui regalona. En esa época me cuidaba los cuarenta días. Yo comía pura carne de pollo, como los viejitos de antes le hacían el caldo a uno aparte, sin aliño, sin nada, con puro aceite y la salcita, no más, entonces el niño no se enfermaba del estómago. Yo cuando me hacían los primeros caldos de pollo, en primer lugar sacaba así una medida de caldo de pollo en la mamadera y se lo daba al niño. No se me vaya a enfermar el niño del estómago. Ni uno de mis niños fue enfermizo. Yo no pasaba con ellos en los hospitales, nada más que para los controles, los últimos. Los primeros no pues. No tuvieron la dicha de decir: yo tuve hospitales para ellos. No, una pura señora matrona que había para allá.

Allá arriba en El Tártaro había una señora que era acompañante para las señoras, pero era muy buena, muy buena. Daba unos remedios tan buenos. Ella también era mujer de inquilino, criá y nacía en El Tártaro. Ya después que ella se murió yo vine a maternidad.

Mi primer hijo lo tuve a los veintiséis años, el mayor, el que se los murió, el Juan. Después vino René, al año vino René. René ya tiene cuarenta años, porque nosotros cumplimos cuarenta y un años de casados, ya vamos para los cuarenta y dos, el tres de mayo.

Cuando los niños se enfermaban teníamos que venir a Putaendo. En Putaendo siempre ha habido ese hospital. Eso sí que casi nunca se enfermaban los niños, por eso digo yo que antes se sabía criar, porque el alimento que uno les daba era harina tostá, o si no se cocía harina de quintal en una bolsa bien aprietá. Se cocía bien cocía, después se sacaba esa harina de las bolsa, se le sacaba una cáscara amarilla que da, y se arneaba así, bien arneaita, bien purita quedaba, entonces ese alimento se les daba a los niños, ¡tremendos niños de gordos! y sanitos. A mí nunca se me enfermó un niño del estómago, como ser empachado, nunca. Y también los criaba con mamadera, porque yo tenía que venir a comprar a Putaendo. Entonces yo no traía a los niños a Putaendo tampoco, venía sola. Mi mama, una señora que estuvo muchos años con nosotros, estuvo como diez años viviendo con nosotros, era un matrimonio solito. Ellos, los dos no más y ella me ayudaba a cuidar a mis niños. Ella se quedaba con mis niños cuando yo salía y otra señora que iba a trabajar a la casa también. Me iba a lavar, porque a veces no me alcanzaba el tiempo a mí cuando fue creciendo la familia y iba a lavarme, a plancharme, me ayudaba porque era una señora sola, no tenía familia ni era casá. Era sola, sola. Entonces pasaba conmigo no más.

Y así crié a mis hijos yo. Los crié a todos a puro pecho, del principio. Les daba mamadera, eso sí, una vez o dos veces al día, porque cuando yo tenía mucho que hacer y el niño lloraba de hambre, entonces yo le daba esa mamadera, pero lo demás con puro pecho. Tuve harta leche... Nunca se me secó la leche ni nunca tuve una pérdida de un niño. No sé lo que son pérdidas ni nunca me hice un remedio tampoco. Si pues, si uno se va a casar y Dios le da

veinte hijos, los veinte hay que tenerlos. Así es mi hija, tiene siete y ella dijo "si Dios me da más, bueno". Esa es la Teresa. Ella vive acá también, en el potrero de Salazar, esa es su parcela de ella. Tiene siete niños ya. Yo creo que ahora ya no más. Con siete para qué quiere más, tiene dos niñas mujeres y los demás son hombres.

Mis niños los crió regalones mi mamá. Ella se llamaba Margarita Campos, una señora de Rinconada de Guzmán y vivió muchos años. El viejito murió en poder mío y ella no, porque la familia se la trajo para Rinconada, después se la llevaron para Piguchén, por allá murió la pobre viejita. Ella era muy amiga y no tenía dónde vivir, porque donde vivía le pidieron la casita que era de otro arriendo y entonces nosotros como teníamos muchas piezas, la llevamos para la casa. Vivió muchos años conmigo, los primeros años me los crió ella acá, porque yo salía y ella se quedaba con ellos. Yo venía para el pueblo. Estaba todo el día. Cuando me buscaban para madrina, estábamos dos o tres días, ella se quedaba de dueña de casa.

Yo tengo 25 ahijados, tengo de casamiento, de óleo y de confirmación, de por aquí tengo cuatro ahijados y arriba tengo hartos. La buscan a una para que sea madrina. Yo nunca he pedido un niño para ser madrina, no me gustaba porque cómo sé yo el gusto de los padres, que la busquen a uno al gusto de los padres. Ahí sí pues, encantada de ser madrina. Y antes eran las fiestas grandes. ¡Ay!, ahora, los casamientos: cuando se casó Fernando estuve como cuatro días. Se comía y se tomaba, tortas al lote, ponche. La fiesta la daban los papás de los novios y los padrinos llevaban una parte, los invitados otra. Se hacían casamientos muy lindos, no como ahora. Ahora unos tragos de champán ya está y listo. Y antes habían asados, se mataban animales,

habían casamientos que eran pillerasos pues, mataban animales a punto. Se casaban por el civil y después por la Iglesia. Así eran los casamientos.

Cuando nosotros nos casamos ya no estaba don Marcial. Ya habíamos cambiado de patrón. Don Marcial se había terminado. Luego que mató a la señora, murió él. La mató porque se puso celoso con el mozo que tenía, y nada pues, la señora ni en sueño con ese niño. Nada más que... dicen que estaba arriba en el coche para salir para arriba, cuando dice que se le olvida de llevar el sombrero y lo manda al mozo a traerlo y porque él entró a la pieza y estaba la señora, vino, se enojó y le plantó el balazo. La mató al tiro, joven la señora. Qué lo iban a llevar preso, si estaba tapado en plata. La plata vale mucho, en este pueblo que son vendíos todos. Siempre toda la vida este pueblo así. Aquí hay mucho compadrazgo.

Y así se fue terminando. Después estuvo poquito Don Roberto con la hermana. Después arrendaron a esta firma, Velásquez, parece. Arrendaron el fundo y después lo compraron.

Cuando llegaron estos patrones, nosotros estábamos casados ya. Cuando empezó a trabajar era más aliviado que en el tiempo de mi papá, porque entonces se terminó esa cuestión de acolizar el pasto. No habían picadores. Se terminó ese trabajo, ahí se dedicaron a la siembra, entonces ocupaban muchos potreros, sembraban sus diez o quince potreros de trigo y después comenzaron a dar tierras en medias a los mismos inquilinos. Juan sembraba harto en ese tiempo: lentejas. La daba media el patrón y sembraba lentejas. Ahí nos poníamos todos a trabajar, en vez de pagar re' tanto peón, veníamos todos. Yo venía a hacer el almuerzo y después a trabajar. Además, como todo el mun-

do sembraba, no había gente para trabajar. Entonces venían todas las mujeres a limpiar, a arrancar lentejas, todas esas cosas. Esas cosas eran a medias con el fundo. El patrón ponía la pura tierra. El inquilino tenía que hacer todo el trabajo y poner la semilla.

También en ese fundo sembraban lentejas, cáñamo, poroto. Eso eran los trabajos que tenían los reguíos. Regaba la gente ahí meses y meses. Y el sufrimiento se les terminó en ese tiempo.

Al final del fundo, cuando entró el asentamiento, estaba ese patrón. Ese patrón era muy bueno, con ese patrón se conseguía todo y ese patrón daba medias a los inquilinos, lo que quisieran sembrar. Teníamos que trabajar más donde sembraban los hombres hartos. Entonces uno venía a ayudarles al potrero. Cuando ya crecieron las niñas, se quedaba una en la casa y nosotros veníamos a trabajar al potrero. Pero es mucho más alivio, porque ese era el dueño de la siembra. Como ser Juan sembraba sus dos o tres cuerdas de lentejas, ahí él tenía que hacer su trabajo y dar cosechado al patrón.

El pasto antes lo cortaban en máquina sí, pero lo rastillaban y lo amontonaban con los rastrillos que les llamaban y después al puro hombro los hombres lo echaban a la carreta. Antes no habían colosos como hay ahora, no habían tractores. Habían puras carretas de bueyes, tiradas con dos yuntas de bueyes. Era pesado y cargaban esas carretas inmensas de altas y las acarreaban al Tártaro o si no a Vicuña, adonde estaba el establecimiento para amontonar el pasto para picarlo. Después de la picadura venía la enfardadura y esos eran los trabajos pesados de antes. Esos eran los que mataban a los hombres. Se enfermaban. Se terminó. Porque ahora hay otras comodidades, máquinas,

tractores para arar. Antes puro buey. Mi papá sembraba en esa vida de antes, sembraba con puros bueyes: tres, cuatro yuntas de bueyes.

El Asentamiento

Así pasamos la vida. Y después llegó el asentamiento. Se acabaron los trabajos a medias y los inquilinos. El patrón se fue para Los Andes. Allá tiene arrendado, dicen.

Para la Reforma Agraria hubo mucho problema, mucho, porque Juan era partidario del patrón y los que pedían la Reforma Agraria les daban la contra a ellos. Eran como la mitad de que no querían el asentamiento y otros que querían. Ellos le daban la contra a los que no querían, hablaban infinidades de cosas. Hasta que al fin entró... Ahora que están con las fritas hasta la corona dicen que ahora ya no tienen remedio, porque si estuvieran con el patrón no tendrían esas deudas que tienen.

En la época del asentamiento, por el sindicato, de primera los hombres tenían hartas reuniones. A veces llegaba re tarde y al otro día tempranito salir a trabajar. Yo ni me acuerdo de ese sindicato ya. Juan fue presidente antes del asentamiento (6). Cuando ya entró el asentamiento se terminó eso. Ya no había sindicatos. Duró poquito, como unos seis meses duraría, después del asentamiento el sindicato.

Después, para organizarlos para el trabajo todos se reunían aquí abajo, en el fundo hacían reuniones y ahí se dividía el trabajo. Quién sabe cómo era la cuestión. Ahí no sabíamos nada nosotros porque quedábamos lejos, allá arriba en Casa Blanca. Parece que estuvo dos años trabajando en común Juan cuando nos vinimos para acá, tres años

se iba a trabajar de aquí a Vicuña. Le cambiaron el trabajo de arriba para abajo y después le entregaron las tierras.

Después en el asentamiento tenía el mismo trabajo no más en la casa y en la siembra, las mismas cuestiones de los porotos, las cebollas, las papas, todo. En esa época el trabajo era en común. Cambiaron algunas cosas, porque hicieron huerto y siguieron sembrando trigo, poroto, papa. Para trabajar se organizaban en cuadrillas, los mandaban de una parte a otra los dirigentes del asentamiento. Los dirigentes eran elegidos por la asamblea. Porque tenían presidente los asentamientos. En ese tiempo era Mancilla, después se salió y quedó este Julio Acevedo hasta el último (7). Y después fue el repartimiento de las tierras, porque se acabó el asentamiento, les dieron tierras. A cada inquilino le tocó su parte de tierra.

Ahora hay mucho pago, de contribuciones, de agua.

Dicen que si estuvieran con el patrón no tendrían esas deudas que tienen. Muchos tienen deudas hasta de 300 mil pesos en los bancos, y antes, cuando estaba el patrón, no se veían esas cuentas.

Yo no me acuerdo que Juan nunca tuvo una cuenta en el banco y ahora damos gracias a Dios que no, pero el otro año la tuvo y más son las aflicciones para cuando llega la época en que hay que pagar y hay que tener esa plata. Juan el otro año pidió 80 mil pesos al banco y le salieron más de cien mil, y para juntar esos cien es lo que cuesta, y estas personas que están debiendo del otro año, a dónde irá la cuenta de los cien mil pesos.

Las contribuciones hay algunas personas que no han pagado y ahora que le llegó el pago de la tierra que son 52, 60 mil y de dónde van a sacar esa plata. Se ponen a vender sus animalitos y después qué va a hacer uno si queda sin

animales para pagar estas cuentas, las contribuciones que son cada tres meses. Muchas personas dicen que los parceleros son ricos. No, es que no saben lo que es un pago, porque hay que pagar hasta el agua también. Y cuándo se pagaban las aguas para regar, antes no había pago de agua en el asentamiento. Ahora tienen que pagar canal, juez de río, repartidor...

Ahora es diferente, con las parcelas. No es más pesado, porque ahora trabajan individual. Los que quieren trabajar, trabajan y si quieren trabajar todo el día hasta la noche, trabajan. Porque son como propietarios y el que quiere trabajar menos trabaja menos. Se van más temprano a sus casas y dejan sus siembras listas, cerraítas, porque cada parcelero tiene su parcela cerrá. Ahí siembran lo que el parcelero quiere.

Yo ya no trabajo en el potrero, esos trabajos se terminaron. Trabajan los hombres no más. Yo si quiero voy al potrero y antes no pues. Había que ir a ese trabajo y terminarlo. Yo voy por las verduras a veces, a cortar porotos granados, para traer papas, cebollas para acá. Antes tenía que ir porque a veces no bastaba con el trabajo del hombre, entonces uno le ayudaba al hombre. Ahora no, porque como es individual, ellos si quieren pagar peones, si quieren se apuran en trabajar, si quieren no. Cuando el patrón daba media, había que cumplir la obligación. Claro que ahora tiene que cumplir también, pero no es una obligación obligatoria. Lo que se hace no más y listo.

Los primeros días de marzo sí que hay que apurarse, no vaya a llover muy temprano y se puede perder la cosecha. Pero hay veces que no hay trabajos para poderlos ir a ayudar. Porque uno puede ir a recoger papas, a los morochos. Pero ir a sacar porotos no, porque esos son trabajos

de hombre, porque son más pesados. Tienen que echarse las horquetas de poroto al hombro. Pero esos son los trabajos más pesados que hace el hombre, no como antes. Ahora pura máquina no más. El pasto lo acolizan en máquina.

Organizaciones de Mujeres

Participación de las mujeres no había en ninguna cosa. Nada más que vivir en la casa y trabajar en la casa. Y durante el asentamiento tampoco.

Lo único que hubo fue un centro de madres. Yo también fui presidenta del CEMA. Fue para la época de Frei. Tuvimos una concentración que hubo entre mujeres y una señora era como la presidenta que teníamos.

Era una institución que nos llevaron. Estuvimos como quince días en el jardín de Viña en una cuestión de capacitación.

Habían mujeres de todas partes, de Los Andes, de San Felipe, de Putaendo, de Chincolco, de La Ligua, de todas esas partes nos juntamos. Habían sus veinte de cada institución. Nos hicimos muchas amigas, yo tenía un cuaderno lleno de direcciones. Por ahí siempre nos vimos en San Felipe.

Ahí fuimos a aprender, a estudiar todo lo de la mujer. Hacían fiestas en la noche.

Una señorita que nos organizaba se llamaba Violeta. Después se casó y no vino más. Y se terminó ella y se terminó todo. Por esa señorita tuvimos cosas por INDAP.

Por INDAP tuvimos todo eso del Centro de Madres. Una mediagua que queríamos para una escuela... Porque para arriba no había escuela. Entonces conseguimos una

mediagua. Pero como la gente no es reunida, yo después me salí y se terminó todo eso.

Eso era todo CEMA, porque del CEMA sacábamos cosas, lana, géneros, de todo lo que había. Y fue una señorita también a hacernos un curso de costura y tejidos. Yo aprendí a hacer todo eso, aprendí a cortar faldas, porque yo sabía coser. Nos juntábamos en mi casa. Eramos como veinte mujeres de Casa Blanca.

Después nos vinimos al Centro de la Posada, en El Tártaro. Una vez que se terminó arriba. A veces hacíamos bailes, platos únicos y después nos venían a dejar. El patrón ayudaba harto.

La señora Adriana, que era de La Posada, su marido era muy metido en instituciones de aquí del pueblo y por ese caballero y la señora Adriana entramos a esa institución. Por ella yo fui a Viña. Porque ella me pidió permiso con Juan, hizo todas las diligencias y ella nos fue a dejar. En Viña estudiamos agricultura, cosas de la casa, tejíos, bordado, costura, de todo. Me sirvió mucho.

Yo no me acuerdo de las fechas de esas cuestiones.

La Iglesia Evangélica

Hace como siete años que me convertí a la Iglesia Pentecostal Naciente. Mis papás eran católicos. Me gusta la religión evangélica, no me gusta la católica. Mis padres no querían pero a mí siempre me gustó. Me gusta oír las charlas, los cantos. Los evangélicos siempre iban para arriba a Casa Blanca. Ahora es muy poca la diferencia que hay entre católicos y evangélicos. Para los casamientos ellos lo celebran con vino, con guitarra y todo. Los evangélicos no. Hacen fiestas sí, pero no con licor. Y los bautizos no son

con padrinos, porque el Señor, cuando le dio el poder a Juan que bautizara, no le dio con padrinos. Bautizaban a la orilla del río Jordán no más. Con esa agua. Los bautizos no son pagados y en la Iglesia católica sí. Y aquí lo mismo que dice el cura lo dice el pastor para casarse. Y los bautizos igual cosa.

Claro que yo he sido madrina antes cuando no practicaba el evangelio. Después ya no, uno solo, porque yo le dije al Pastor y dijo que podía ser, y el cura aceptó también.

Voy a reuniones, a las Dorcas: nos reunimos puras mujeres en esa clase, vamos a estudiar cosas de la Biblia.

A veces tenemos que salir a visitar enfermos al hospital, a la cárcel. A visitar enfermos yo he ido. Se les llevan cosas, la que tiene, la que no, no. Porque ahí se ayudan unas con otras. Si falta alguna cosa, gente que no tenga, se junta ropa, cositas de comer, como ser a gente pobre que tenga familia y no tenga trabajo.

Nosotros no guardamos el día sábado, porque el Señor dijo: seis días trabajaréis y uno descansaréis, así es que es el día Domingo el día de reposo.

Nos juntamos a orar juntos, cada vez que vamos a la Iglesia. Y en la casa también, porque hay vigiliass, cada quince días en que hay que orar, como ser de las once de la noche hasta las doce. O en el día, el que tiene tiempo. Nosotros estamos haciendo una vigilia para una gente que no tuvo remedio el doctor, un caballero que está ciego. Para él se hacen oraciones y ayunos, para ver si acaso Dios le da la vista igual como era antes. Para eso cada uno hace la vigilia en su casa.

Aparte de la clase de Dorca está la clase dominical, el domingo en la mañana: se comenta la Biblia.

Juan es católico, hemos tenido hartas historias, cada vez que voy. Porque le gusta el evangelio, pero no le gusta que yo salga.

El día domingo se hacen dos horas de clase para orar, para pedirle al Señor todo lo que necesitamos y pedir por los enfermos.

A nosotros nos gusta más ser evangélicos que católicos, porque cuando estuvimos allá arriba, tuvimos una enfermedad de las niñas muy terrible, sobre todo la Olivia, que le dio una enfermedad cuando tenía como cinco años. Le entró una enfermedad a la cara, se le infló, y un cascarrón que le vino, parecía sarmiento. Y los doctores no le hicieron nada, ni una cosa. Y con los puros ungimientos que le hacía el Pastor y todos los hermanos, se alentó la Olivia, le quedó limpiecita la cara. Después la Juana, que estaba casi muerta en la cama y llegó el pastor allá a la casa, era negociante. Y fue para arriba a buscar tiestos, huevos, patos, pollos, de todo y con los puros ungimientos se mejoró. Es la fe que yo tengo.

Y a mí, para la enfermedad que yo tenía, decían que yo no iba a poder hacer ninguna cosa, y cómo, trabajo igual que los demás no más. Y yo no tomo remedios, las únicas pastillas que tomo son para resfrío y para el corazón no más. Me daban ataques al corazón, dos me dieron. Me llevaban como muerta de aquí, me daba cuenta cuando ya estaba en el hospital no más, al otro día.

En una Santa Cena la bautizan a uno, cuando quiere entrar a la Iglesia. Nos juntamos todos. El mismo pastor hace un vino de pura uva, de un año para otro, como vino añejo. Y ahí se parte el pan en pedacitos chicos, se pone un poco de pan y un poquito de vino para la Santa Cena.

NOTAS:

- (1) Rinconada de Silva es una zona de pequeños propietarios tradicionales ubicada entre San Felipe y Putaendo hacia el oriente.
- (2) Don Marcial es uno de los primeros propietarios de la Hacienda El Tártaro-Lo Vicuña, que en esa época (1915 adelante), se dedicaba a la producción ganadera exclusivamente.
- (3) El juanillo es un peón que pagaban los inquilinos de la Hacienda para que realizara la obligación —deberes que debía cumplir para la hacienda— y él pudiera dedicarse a explotar la tierra que recibía como regalía.
- (4) Los Velasco adquieren el predio en 1948, primero por arrendamiento y luego compra en 1952, y son propietarios hasta 1967, fecha de la expropiación.
- (5) Una de las hijas menores de la señora Sara (19 años aproximadamente), que siendo soltera acaba de tener una hija.
- (6) Durante el período de pre-reforma agraria, existieron en un tiempo dos sindicatos en la Hacienda, uno que fue organizado por la UCC y luego se independizó y que luchaba por la reforma (San Pedro), y otro (San Andrés) que tenía el apoyo del patrón y agrupaba a los que no querían la Reforma. Don Juan presidió este último.
- (7) Julio Acevedo fue el último presidente del asentamiento, que estuvo en el cargo después de 1973, hasta la parcelación en 1977. Los parceleros plantean que participó en la represión de esos años e hizo negocios particulares con bienes comunes.

RAMON E INES

RAMON

El Fundo

El fundo producía grandes cantidades de trigo, pasto y ganadería. Tenía por lo menos sus cinco mil cabezas de ganado vacuno, dos mil ovejas, y caballares tenía como mil.

Mínimo tendría como 130 inquilinos, obligados a trabajar, por una ración de tierra que se llamaba. Cada uno tenía en ese tiempo, un arriendo: se llamaba arriendo un pedazo de tierra que le daban más o menos de dos hectáreas, con casa. Por eso el inquilino era obligado a trabajar de las cinco de la mañana. Les tocaban una bocina, el administrador. Hasta que se oscurecía en la noche. No eran ocho horas de trabajo sino que eran como doce horas. Trabajo todo pesado, en la pastería sobre todo. Les daban tareas, les daban que tenían que sacar por lo menos 400 fardos entre seis personas. Cada fardo tenía que pesar como 80 kilos... Y el que se cansaba, lo corrían para la casa y no le daban más trabajo, le quitaban la tierra y la casa.

El que tenía más animales, más recursos, contrataba una persona, le pagaban un tanto y esa persona le cumplía

la obligación a la hacienda y ellos trabajaban su terreno, cuidaban sus animales, vendía, y con eso pagaban a la persona. Fuera de eso les pedían un peón de trilla que se llamaba, era por tres meses. Cuando se llegaban las trillas de trigo, el apuro del pasto, en el mes de enero, febrero y marzo, fuera de tener una persona trabajando, o el dueño del arriendo trabajando, tenían que poner una persona más, por tres meses. Entonces, el que era uno solo en la casa tenía que buscar otra persona y pagarle para cumplir los tres meses.

Ahora, cuando se necesitaban para el cerro, la persona que tenía animales, también tenía que ir al cerro obligadamente, siete, ocho días. Todas esas cosas. Entonces la mayoría tenía hijos hombres ya, que tenían más de quince años, mandaba al hijo al cerro, o a la hacienda y ellos iban a cumplir obligación al cerro. Todo eso era así. Y el que no iba al cerro, también le quitaban un mes de trabajo, cosas así.

Nosotros éramos ocho hombres*. Desde chicos estuvimos trabajando la tierra. Trabajábamos tierras a medias por ahí, porque nos sobraba algo de tiempo, fuera de la tierra que le daban a él como goce. Acá todo lo hacían igual, hacían trabajar los hijos y la mujer en la tierra que le daban y ellos cumplían la obligación en la hacienda, o contrataban un peón. Y el que fallaba un día le quitaban dos o tres de trabajo en la hacienda. Y después fuimos creciendo y desgraciadamente los mayores no pudimos estudiar. Tuvimos apenas hasta los quince años, que se cumplía la escuela básica, aquí mismo en el fundo, y de ahí a puro trabajar.

* En la actualidad, Ramón tiene alrededor de 45 años.

Ahí nació la Unión de Campesinos Cristianos que formó una Federación y ahí entró al fundo a formar la organización, la que tuvo muchos tropiezos. En primer lugar la parte patronal, y en segundo lugar la gente que no trabajaba igual que los demás, por ejemplo el mayordomo, el administrador: sabían algo de que la gente quería organizarse y le quitaban el trabajo, la casa, todo. Tenían que organizarse a escondidas.

Una vez que estuvo listo el sindicato, había más o menos la mitad de las personas a favor y la mitad en contra. Era como una división del campesino y era lo que quería la parte patronal: hacer pelear al campesino contra el campesino. Después se fue recuperando esa gente que ignoraba lo que era una organización, se fue recuperando y fue quedando más chica la resistencia que tenían ellos. Había que andar casi escondido, en la noche, por ahí ir a las casas, convenciendo y explicando. Y la gente escuchando y muchas escuchaban y luego lo comentaban y no entraban al sindicato. Después ya cuando se le perdió un poco la fuerza a la parte patronal, que de sesenta más o menos iban quedando quince o veinte, ya salió la ley de Reforma Agraria, pero todos ignoraban la ley.

En ese momento había más o menos 75 sindicalizados de 130.

El Trabajo en la Mina

Yo venía de un sindicato industrial que era una mina. Se llamaba Sindicato Industrial Compañía Minera Dos Amigos, que pertenece a Putaendo.

Ahí empecé a los 19 años. Yo siempre había sido campesino, pero salí a trabajar a la mina que quedaba más

o menos 2 kilómetros de la casa (1). Estuve seis meses trabajando: ahí nació la idea de formar un sindicato industrial minero. Yo no podía integrar el sindicato hasta pasar los seis meses, porque si lo sorprendían lo paraban. Pasados los seis meses, la ley lo favorecía, la ley de inamovilidad que se llamaba. Me dejaron pasar como tres días después de cumplir los seis meses y me invitaron a participar en el sindicato. A la tercera reunión me nombraron como candidato, porque hubo una elección para una directiva provisoria, en la cual no participé. Enseguida se hizo la terna para dirigentes titulares y ahí me nombraron candidato. Yo no tenía idea en ese tiempo de nada de sindicato. Tuve temor al principio, pero ellos, la gente que tenía más conocimiento me dijeron que nadie nace sabiendo y que ellos en el camino me enseñaban. Salí tesorero, porque en ese tiempo yo era muy joven, pero tenía por lo menos un poquito más de estudios que la gente que trabajaba ahí. Entonces ellos miraron eso.

Estuve dos años de tesorero, teníamos un contador. Era un sindicato con personalidad jurídica y todos los años había que hacer balance, inventario, y el libro de caja mensualmente.

Después, en un cambio de directiva salí elegido presidente del sindicato, y a pesar de que era el más joven, tenía 21 años y fui elegido presidente. Como presidente estuve tres años. Y después pensé que bueno, como estaba muy joven y la cuestión de las minas es medio complicado, y viene la enfermedad de la silicosis, que es el polvo que aspira uno, y viendo en el estado en que estaban los demás trabajadores, que algunos habían tenido que retirarse, unos habían fallecido, entonces pensé en retirarme y venirme acá al fundo.

Mi trabajo en la mina fue por los años 65, 66, 67. Había represión y bastante fuerte. Nosotros tuvimos por ejemplo un conflicto el año 66, estuvimos 120 días en huelga, en la cual tuvimos que salir a todos lados a pedir ayuda, a los sindicatos y todos se portaron bien. La Federación Nacional Minera nos dio una carta para ir a todos los sindicatos afiliados a esa organización. Y ahí salí yo, salí a pedir ayuda, porque en ese tiempo estaba soltero, al lado de mis padres, no me faltaba ni una cosa.

Bueno, de ahí, yo como dirigente aprendí mucho. Yo digo francamente que los otros dirigentes que habían en la cabeza, por ejemplo el tesorero y el secretario, fueron los profesores para mí.

Y cuando me iba a retirar, nadie quería que me retirara. Yo les dije con estas palabras: que si había un dirigente que podía ser más o menos, podían haber diez más detrás de mí. Entonces nadie los podía convencer. No me aceptaban la renuncia. Me fui a la Inspección del Trabajo, me aceptó la renuncia y me dio un documento en el cual decía que no había ningún conflicto pendiente y que yo me podía retirar.

Después los mismos dirigentes conversaron conmigo, con los que constituimos el sindicato, y ellos me ayudaron, porque ellos ya estaban fuera de su trabajo, mal de salud, y ellos me dijeron que el mismo caso que les pasó a ellos me iba a pasar a mí y yo estaba demasiado joven. Entonces ahí me aceptaron la renuncia. Ahí me vine al fundo.

Trabajo y Organización en la Hacienda

Me vine acá y yo estuve trabajando como un mes acá,

como obrero, no con mi papá. Y llegó una renuncia de una persona y entré yo a un comité de trabajo del fundo.

En el comité de trabajo lo mandaban a hacer tal cosa a uno, por ejemplo a regar trigo, y tenía que pasar en eso uno. Eran como cuadrillas de trabajo. Entonces esa gente estaba en eso no más y no se veía con los demás que estaban en otra cosa.

En el comité de trabajo empezamos nosotros a organizar el sindicato, un grupo chico, como cuatro personas. Había gente joven y vieja, entre cinco habían dos jóvenes y tres viejos. Yo traje la idea de la mina y empecé a conversar con la gente, que nosotros teníamos tales y tales garantías con la organización. Incluso nosotros éramos afiliados a las Cajas de Compensación en ese tiempo y teníamos por los menos diez garantías más de lo que daba el Seguro y todas esas cosas. Entonces yo empecé a conversar con ellos, y se entusiasmaron.

Ya empezamos a ganar, de tres habíamos cinco, siete, diez, veinticinco y después empezamos a ganar una mayoría.

Entonces, ya ahí en ese sindicato comunal yo no quise estar... Quedé como socio no más, para seguir haciéndole conciencia a la gente. Yo le empecé a hacer conciencia a la gente de que el sindicato tenía que trabajar en esto y esto otro, todo favorable al trabajador. Que no era para los puros pliegos de peticiones... Teníamos que trabajar por ejemplo en lo social, que nosotros viéramos el bienestar de cada uno, la salud de cada uno, incluso que después vino a salir la alfabetización y todas esas cosas. Porque yo traía mucha experiencia del otro sindicato. Experiencia que nosotros habíamos vivido y habíamos hecho y nos había resultado.

Peleábamos por mejores salarios, todas esas cosas... Por ejemplo que nos dieran más goces de tierra, eso era importante, porque había mucha tierra acá. Y lo otro importante es que se pelearon las ocho horas de trabajo. En ese tiempo habían doce horas y lo primero que hizo el sindicato fueron las ocho horas. Eso fue el año 64 más o menos y lo logramos ese mismo año (2). En los primeros pliegos de peticiones se logró eso. Y los salarios subieron pero muy poco. Pero como habían garantías, teníamos regalías que se llamaban, derecho a criar animales; los animales que quisieran, los goces, dos hectáreas de tierra, otros tenían más. Pero había gente que estaba mucho más mal, entonces pedía que hubiera una parcialidad, por lo menos que estuvieran todos parejos.

Los que nos asesoraban eran dirigentes de la UCC, gente que tenía más alcance que uno. Bueno, y la gente no creía, pero se fue dando a través del tiempo, dando, dando, y hasta que llegó la ley de Reforma Agraria y encontramos lo mismo, que había gente que quería la Reforma y otra, que no. Primero era una minoría la gente que quería la Reforma.

Al comienzo teníamos que salir escondidos del patrón y de la gente que estaba a su favor, y ir de casa en casa en la noche a decirles: mire, mañana nosotros queremos hacer esto, para formar la organización, o para presentar un pliego de peticiones cuando ya estaba formado el sindicato. Bueno, muchos no nos recibían, o nos escuchaban y después hacían todo lo contrario. O si les decíamos vamos a reunirnos en tal y tal parte, nos decían que bueno, pero después no iban.

El campesino es muy variable. Lo que pasa es que es tímido y le han pasado tantas cosas que... Lo han hecho

leso muchas veces. Por ignorar, desconocer leyes, cosas así. Y con una vez que lo hacen leso al campesino, aunque esté viendo la verdad, no cree tampoco.

Ellos se daban cuenta de las condiciones malas en que vivían, pero casi todos eran analfabetos. Yo me atrevo a decir que de cien campesinos a lo mejor nueve sabrían leer y escribir y el resto no sabía. Entonces no conocían una ley, no se daban cuenta de las cosas, pero ellos sí sabían de que los hacían trabajar de más, que el salario no les alcanzaba... Pero no sabían cómo, no tenían idea qué era una organización, cómo era una ley, acaso esa ley los favorecía a ellos o los iba a perjudicar más, todas esas cosas, entonces más era porque ignoraban la ley. Ese era el problema más importante. Porque si uno tiene un poquito claro qué es una ley, si está a favor o en contra de uno, es más fácil entenderla. Pero ahí uno mismo se daba cuenta cuando le pagaban a la gente si eran 130 trabajadores, 120 firmaban con el dedo y 10 a lo mejor con su nombre, y medio firmado. Entonces ese es el problema más grande. Bueno, y los hijos de los campesinos casi siguieron la misma situación, porque a los quince años había que sacarlos de la escuela y mandarlos a trabajar a la hacienda.

Antes no habían cursos, ninguna cuestión, sino que se metía a la escuela básica y de ahí a trabajar. Y no había ninguna ley que exigiera que siguieran estudiando, tenían que trabajar no más. Lo que ahora está muy cambiado, porque por lo menos hubo un tiempo en que hubo facilidad para estudiar y uno, a lo mejor sus hijos no siguieron lo mismo. Entonces se han ido superando.

Y esto yo pienso que a los patrones les convenía mucho de que fuera así y siguiera así, de las escuelas básicas, porque con el tiempo si hay pura gente estudiada a lo

mejor se va a ir a la ciudad a otros trabajos... cosas así. No iba a haber quién les trabaje a ellos, y entre más estudiada la persona, no pueden abusar como abusaban antes.

Por eso tenían un grupo de dirigentes a favor de los patrones y iban a buscarle la pelea a los dirigentes, a accidentarlos en el mismo trabajo, a buscarlos en las calles. Grupos pagados, que los tenían de balde, para eso no más. Era una represión más guapa que la misma policía, porque era como un grupo de choque que tenían los patrones. Y con eso ganaban mucho, desmoralizaban al resto para que no se inscribieran en el sindicato: después que toda la gente que estaba sindicalizada, que le iban a quitar los animales, que no iban a poder tener animales, que les iban a quitar las gallinas, que les iban a quitar los hijos, todas esas cosas... Y esa misma artimaña la usaban cuando recién empezó la Reforma Agraria. Y la gente creía, la mayor parte de la gente creía...

Reforma Agraria

Cuando llegó la Reforma Agraria el sindicato siguió su vigencia. El sindicato tenía un papel fundamental que jugar, porque entre los socios había muchos de los que se oponían a la Reforma Agraria. Entonces la directiva del sindicato tenía que defender a esa gente también, hacerlos ver que la Reforma Agraria era un bien para los campesinos y para todos los trabajadores. Entonces el rol de los sindicatos era hacer, por ejemplo, que entraran a la Reforma, porque mucha gente cuando llegó la Reforma puso la renuncia al tiro al fundo, se quedaron sin trabajo, y era asentamiento y siguieron viviendo en las casas que les tenían en el fundo. Y muchos partieron al tiro, se fueron a

los cinco, diez días... Entonces el sindicato tuvo muchos socios de esos y la directiva tuvo que conversar con ellos y hacerles ver, pero fue imposible... Y mucha gente hizo caso y entró. Muchos que no querían la Reforma y ahora están mucho mejor que los mismos que la pelearon.

Los llevamos a conversar con otros dirigentes de otros predios vecinos que habían integrado la Reforma. Tenían más clara la película de qué es lo que era. Porque cuando recién salió la Reforma Agraria hablaban puras pestes de ella. Incluso los mismos patrones sembraron la semilla porque sabían que a ellos les iban a expropiar los fundos. Y ahí vino el descontento y la gente por desconocer la Reforma Agraria no quería. Entonces nosotros fuimos enrolando con más gente de otros predios, preguntándole cómo estaban ellos, cuánto era el salario, qué es lo que les habían prohibido, qué garantías tenían, entonces ellos nos fueron explicando...

El salario era un anticipo, pero era mucho mejor que el que tenía el patrón, haciéndonos ver que mientras más producíamos más posibilidades de salario teníamos. Que nosotros mismos podíamos acordar cuántos animales podíamos criar y cuánta tierra de goce nos podíamos dar. Y ahí íbamos explicando y la gente iba entrando; pero hubo gente que hasta el último no se convencía y que ya con dos años de asentamiento recién vino a saber qué era la Reforma Agraria.

Y fuera de eso el sindicato estaba afiliado a una Federación y la Federación también estaba capacitando a la gente a través de sus capacitadores sobre la Reforma Agraria.

Yo seguía siendo presidente del sindicato. Nosotros como sindicato, en primer lugar velábamos por lo que

había dentro del asentamiento, que no hubieran desfalco de platas, todas esas cosas, que no hubiera gente que se tirara para el abuso. Porque ya no había quién nos mandara, sino que había dirigentes de cada comité no más a la directiva del Consejo, pero como éramos tantos acá, éramos 213 asentados, entonces no había mucho control.

Nosotros hicimos un Comité, que era del fundo La Quebrada de Putaendo, los organizamos a ellos, y pertenecían al sindicato nuestro. Les teníamos pliegos de peticiones, de todas esas cosas que necesitaban y lo logramos. Enseguida nos ampliamos al fundo Bellavista. Ellos recién estaban consiguiendo la Reforma Agraria. Ahí tuvimos un total como de 60 socios.

El asentamiento, o sea la Cooperativa de Piguchén*, llegó a la Reforma un año antes que nosotros y disolvió el sindicato. El Consejo de Administración disolvió totalmente el sindicato, ellos pensaban que el sindicato era para irse en contra de los dirigentes, que no tenían a quién presentarle pliegos de peticiones, cosas así. Y después el sindicato les hacía falta para defenderse de los mismos funcionarios de CORA. Ellos mismos se admiraban de nosotros que habíamos mantenido el sindicato. Y nosotros fuimos allá, yo mismo fui y les planteaba la necesidad del sindicato, que se vinieran a inscribir al sindicato acá. Fue así que logramos tener como 20 socios, pero el resto fue imposible. Y fue así que después corrieron varia gente, porque les asignaban la tierra por puntajes, que hicieron encuestas por intermedio de CORA y el Consejo de Administración, y el que salía bajo puntaje lo corrían. Corrieron como a siete personas y ahí fuimos nosotros a defenderlos y de las siete

* Piguchén es un pueblo vecino a El Tártato - Lo Vicuña.

corrieron a cuatro por hechos justificados: buenos para tomar, cosas así. Pero tuvieron que pagarles todo lo que correspondía. Entonces todos decían: "cualquier día nos va a tocar a nosotros y no vamos a tener en quién apoyarnos... Nos hace falta el sindicato". Pero no se organizaron nunca.

Acá nosotros seguíamos con el sindicato y el Consejo de Administración que administraba el predio.

La estructura del asentamiento consistía en lo siguiente: iba y se juntaba la asamblea general de todos los trabajadores que componían el asentamiento, en la cual se elegían cinco dirigentes que eran los que iban a llevar los destinos del asentamiento en cuanto a la administración y los trabajos, las inversiones y los anticipos. Esto consistía en un Presidente, un Secretario y los otros tres como Directores. No había Tesorero porque había Cajero y un Contador.

Se organizaba por Comité de trabajo. Cada Comité se hacía de acuerdo a las necesidades. Por ejemplo, el huerto frutal tenía 61 hás., y ponían por lo menos 15 personas a trabajar ahí, permanentes. Esa gente pertenecía a ese comité. Había otro del trigo, entonces ese comité trabajaba en la época de siembra, de cosecha, puro de acuerdo a lo del trigo. Y así, sucesivamente, de acuerdo a las necesidades del asentamiento y la gente que trabajaba. Y cuando había apuro en un comité, se sacaba de otros.

Después, la función de los dirigentes era supervisar a la gente, que trabajara, que estuviera rindiendo lo máximo, que no hubieran personas que faltaran al trabajo y estuvieran anotándose con días trabajados.

Los Comités también tenían su Presidente y su Secretario y un Director. Ellos decían: "mañana vamos a tener que hacer esto y esto otro". Y el Secretario les rayaba el

día. Mensualmente, el Secretario tenía la obligación de ir al Consejo de Administración y pasarle los días trabajados de cada persona que integraba el Comité, al Secretario del Asentamiento. Y el Secretario se lo pasaba al Contador y al Cajero para que pagaran en el mes.

Fuera de eso, los cinco dirigentes que pertenecían al Consejo de Administración, tenían la más amplia facultad, la autorización de la gente para ver ellos qué faltaba, supongamos, herramientas de trabajo, todas esas cosas. Y ellos de acuerdo con el Contador veían los presupuestos y hacían cualquier inversión, siempre y cuando estuviera al alcance del asentamiento y fuera una cosa útil.

Y fue así que el asentamiento se fue formando de maquinarias, de cosas que al final, después, cuando se llegó a la liquidación, estaba bastante equipado.

El dirigente del asentamiento, una vez que llegó arriba, tuvo la autorización, la confianza de los asentados, como que se olvidó un poquito que era trabajador igual que los otros. Yo me acuerdo de algunos casos especiales de abusos, por ejemplo, cuando salía una persona enferma no le creían, al pedir la libreta para ir al doctor le decían que se estaba haciendo y lo mandaban a trabajar. Entonces la gente se allegaba al sindicato y tenía que ir el presidente del sindicato a pedirle la libreta. Y a los dirigentes sindicales siempre los respetaron.

En segundo lugar, que siempre faltaba plata en el sobre. Había que ir a pelear con el Cajero, que retaba a la gente como niño chico. Había que ir a preguntarle con buenas palabras qué era ese descuento, qué pasaba y el Cajero siempre salía perdiendo, porque uno iba todo el tiempo con una razón y con el sobre en la mano.

Fuera de eso todos los abusos que hacían cuando uno

iba a pedir plata porque no le alcanzaba para el mes. Decían que no había y punto. Y aunque había una Caja Chica que se llamaba que era para eso.

Entonces todas esas cosas las parábamos nosotros con el sindicato y gracias a eso, al sindicato, que no hubo tanta tirantez, porque si no habría seguido igual que hubieran habido patronos no más.

Lo otro es que en las ventas que teníamos, nosotros por el sindicato teníamos amarrado al bodeguero y más o menos lo teníamos alerta a que nos dijera cualquier anomalía que advirtiera.

Así fueron ocurriendo anomalías que al final después de todas las utilidades que debía haber en cuanto a la posibilidad de juntar en siete años, había una porquería de utilidad.

Acá había gente de CORA encargada para trabajar dentro del asentamiento, pero venían a lo lejos, no estaban permanentes. Eran supervisores, pero trabajaban de acuerdo con el Consejo de Administración. O sea, casi no conversaban con los trabajadores y con el sindicato tampoco, o sea, no los tomaban en cuenta. Entonces, lo que nos quedaba a nosotros era atrincar al Consejo de Administración. Y el Consejo decía que ellos actuaban con autorización del funcionario de CORA. Y los de CORA defendían a muerte a los dirigentes, a los Consejeros.

Bueno, y siempre seguía la tirantez de la gente de Vicuña con la gente de arriba, de El Tártaro. En cuanto a la administración, ellos pedían dos administraciones. En cuanto a la maquinaria, pedían que se repartiera, para hacer los trabajos los días que ellos quisieran. Entonces seguían los problemas.

Cuando se elegían las directivas del Consejo de Admi-

nistración, los de arriba querían tener tres representantes porque alegaban que eran más. Los de Vicuña lo mismo.

Después, al final, cuando teníamos casi 4 años de asentamiento, pensaron en dividirlo. Repartir todo: animal, maquinaria, y la gente que quisiera irse de abajo para arriba y de arriba para abajo, todo, pero con documentos en mano.

El sindicato trabajó mucho para parar eso, porque se estaba trabajando el máximo para unir al campesino, no para dividirlo. El 72 nombraron diez personas para hacer todos los estudios cómo se iba a dividir el asentamiento.

Hasta que se llegó al día de la reunión y estaba todo finiquitado ya como para hacer la división. Se reunían por ejemplo, el día miércoles y el día martes a las seis de la tarde, me movilicé y conseguí una entrevista con el Intendente de la Provincia. Un buen Intendente, joven pero muy ágil. Y le planteé yo más o menos, en dos horas y lo invité a la reunión, por intermedio del sindicato. Y ese caballero vino al otro día a la reunión general y antes que llegara, yo le expliqué a la gente que iba a venir el señor Intendente porque quería conversar con la gente. Y ahí les planteó él que por intermedio de la CORA, había sabido que la gente quería hacer dos asentamientos y que era imposible, cosas así. Y antes del cuarto de hora, convenció a la gente y los unió, hasta el día de hoy. Ahora no hay tantos problemas. Hay grupos chicos, pero no hay roces. Así que ese señor Intendente fue el que cortó las cosas de viaje. Sacó la raíz y no brotó más.

Y ahí quedó una sola administración, un solo asentamiento, hasta llegar a la parcelación, que fue el 77. Nosotros tuvimos siete, casi los ocho años de asentamiento. En los ocho años, este asentamiento creció, uno de los más

grandes de la Provincia de Aconcagua y de Santiago. Tenía una capacidad de más o menos unas 5.000 cabezas de ganado, fuera de las ovejas, que habían como 4.000 más. Maquinarias, como 20 tractores, máquinas automotrices, de todo, era uno de los más equipados, y en cuanto al número de personas que trabajaba adentro también, porque tenía 213 asentados y llegó a tener 235 más o menos.

Creció mucho, porque las primeras administraciones fueron buenas, pero siempre las frenaba el sindicato y se llamaba a reunión de los dirigentes del Consejo con el sindicato. Hubieron años que estuvo bastante bien y otros años más bajo. Pero por lo menos se hacían grandes producciones.

Respecto al trabajo, había gente que una semana faltaba al trabajo y el resto no lo echaba ni de menos, porque tenía que trabajar en un potrero y esa gente ni sabía, y quién sabía si iba a trabajar o no. Hay que ser honrado y decir que de los 213 a lo mejor había en el día 150 trabajando y el resto no. Otro día les tocaba a otros. No se producía como se debe producir. Pero se hacían grandes producciones porque era en conjunto. Por ejemplo, el trigo, se cosechaban 30, 40 mil sacos de trigo. El pasto era otro fuerte, se cosechaban 60, 70 mil colisas (3). Entonces al venderla, era una gran inversión, y de esa inversión se iban adquiriendo cosas o servía para el anticipo de la misma gente. En base a eso, digo yo que fue un período *en que aprendimos mucho*.

Y teníamos una Cooperativa de consumo también, traían las cosas y nos repartían aquí y después nos descontaban en la oficina y casi todos los meses salíamos con el sencillo, con el vuelto no más, porque entre más cosas comprábamos, menos posibilidades teníamos de sacar plata.

Y eso sí que teníamos algunas garantías, sembrar nosotros, particular y las maquinarias del asentamiento nos facilitaban, nos hacían los trabajos.

Entonces fue un período bastante bueno algunos años y otros años nos tocó malo, porque nosotros mismos nos dábamos cuenta las producciones que habían, y cuando se llegaba a los balances contaban puras pérdidas no más. Especialmente por las malas administraciones. Entonces nosotros no podíamos decir nada. Después fueron los últimos años de asentamiento y nadie podía hablar en reuniones, porque ahí nos amenazaban antes de hablar. La directiva traía un militar, un carabinero y ponían la metralleta arriba de la mesa... El 74, 75, 76, hasta la última reunión, antes de la asignación, todavía traían militares.

En el asentamiento, los problemas más comunes eran la cuestión de anticipos, la cuestión de comercialización, todas esas cosas. Porque como en ese tiempo hubo mucha expropiación, el presupuesto quedó corto. Entonces había que buscar por todos los medios. De acuerdo a eso venían muchos problemas, faltaba plata.

La gente en los asentamientos tenían la mayor parte de la producción guardada, no las vendían, cosas así. Entonces, qué es lo que había que hacer, se les buscaba comercialización. Y muchos asentamientos siguieron eso, que de lo que estaban produciendo se siguieron abasteciendo ellos mismos de plata.

Las empresas privadas pagaban muy poco, por echar abajo el régimen, tenían que hacer fracasar la Reforma Agraria. Y de acuerdo a eso habían poderes compradores del Estado, y había que hacerle conciencia a la gente, que le vendiera sus productos a los poderes compradores del Estado también.

Habían miles de problemas en los asentamientos, pero cosas solucionables. Y uno por lo menos tenía la garantía de llegar libre por lo menos a cualquier parte a plantear los problemas. Habían entrevistas, con el Subsecretario de Agricultura, el Ministro de Agricultura, había mucha facilidad porque éramos escuchados, como dirigentes éramos muy escuchados.

Yo lo digo honestamente, la Reforma Agraria, por una parte fue buena, porque se sacó casi totalmente del yugo al campesino. Porque se acabó la mayor parte de los fundos donde habían partes en que el campesino vivía peor que un animal.

Con el sindicato pasó a tener algo de civilización en cuanto a trabajo el campesino, y con la Reforma Agraria en un 50% más.

Pero para mi pensar, después de haber vivido una época, 10 años de Reforma Agraria, no se consiguió todo lo que debía conseguirse. Porque nosotros, cuando empezamos a vivirla, cambió mucho el sistema de trabajo, ya más facilidades para todas las cosas, y no importa que hubieran problemas dentro. Ya no estaba la burguesía que había antes. La tirantez, que se peleaba entre campesinos, todas esas cosas.

Lo otro que se sacó es que se trabajaban las ocho horas no más, antes era mucho más duro. Ya no se trabajaba tan brutalmente, no es que se haya puesto floja la gente porque llegó el asentamiento, sino porque ya se vio que no debíamos estar viviendo en esas condiciones.

No se alcanzaron a tener todos los logros por la siguiente razón: primero que se llegó de ser asentamiento, a parcelación. Fue una manera de dividir al campesino otra vez, porque ya quedamos cada uno por su cuenta. Enton-

ces fue una primera pérdida la cosa de comunidad que había en el asentamiento, la forma comunitaria en que se trabajaba. Y por qué: porque cuando a nosotros nos entregaron las parcelas, nos entregaron la tierra pelada. No estábamos capitalizados para trabajar una parcela de 8 ó 10 há. Aquí había que juntar del azadón para arriba. Fue así que algunos, por la inteligencia, o que ya tenían sus animalitos de antes, empezaron a echar mano a eso y empezaron a trabajar su parcela. Y así, el primer año se anduvieron capitalizando y por eso siguieron. Pero el que no tenía nada, tuvo que arrendar el primer año y el segundo vendió.

Nosotros conversábamos con autoridades de la Reforma Agraria que debíamos tener créditos suficientes para poder trabajar la tierra durante el año, darnos vuelta. Porque es muy duro estar esperando seis, ocho meses para recibir plata para las cosechas. Y que con esa plata hay que comer, hay que vestirse, hay que pagar cuota de tierra, contribuciones, derecho a agua, impuesto a la renta, todas esas cosas fiscales.

La Represión

Entonces después, como nadie se atrevía a preguntar, porque los mismos dirigentes empezaron a decir que el sindicato estaba disuelto, todos decían “puchas, ahora es cuando nos sirve el sindicato”. Hasta el año 80 más o menos, yo tuve que ir a la Inspección del Trabajo y el Inspector me preguntó qué pasaba con el Sindicato Comunal San Pedro. Yo le dije “bueno, ¿no está disuelto hace tantos años?”. Y dijo que no, que recién ese año en diciembre iba a quedar disuelto porque la última directiva no había presentado el listado de socios. Y de acuerdo a la ley quedaba disuelto, pero recién, antes no.

Uno trabajaba y no sabía para qué. Y ahora está a la vista para qué se trabajó. Ese era el problema. Y después, cuando se llegó a la parcelación, y haciendo balance final, para leer las utilidades que tenía cada parcelero, también, nadie pudo decir nada. Sino que le dijeron a uno: “usted, de acuerdo a los días trabajados, tiene, suponemos 1.500 días trabajados, va a tocar 28.000 pesos. Usted tiene 1.200 días trabajados, va a tocar 22.000 pesos.” Entonces, de acuerdo eso, se asignaron cosas. Por ejemplo, las maquinarias en grupos, animales, herramientas, todas esas cosas.

La gente decía: “puchas, voy a recibir mi parcela y voy a seguir trabajando con la platita y las utilidades”. Y tenían como hacerlo, porque 28.000 pesos eran como tener 150 mil ahora y alcanzar lo más bien para formar un capitalito y trabajar.

En base a eso la gente no quiso sacar ni una pala, ni un animal, o mantenerse en grupos para maquinarias, por recibir todas las utilidades... Llegaron los señores liquidadores hicieron la reunion y se nombraron dos personas que eran para defender la parte trabajadora. Pero los liquidadores junto al Consejo de Administración les dijeron, ustedes van a marchar de acuerdo con nosotros, y esto se va a hacer. Y todo con militares ahí y cuanta cuestión.

Los liquidadores le pusieron precios a las cosas y las adjudicaban. Las mejores maquinarias salieron las más baratas y quedaron en manos del Presidente del asentamiento. Lo que sobró lo remataron, hicieron una reunión final y no entregaron plata. Como al mes después hicieron reuniones por grupos, y de los 28.000 pesos que le correspondían a una persona, le daban 8.000. Le quedaron debiendo 20.000. Después de tres meses volvieron a reunir por

grupos, entregando 3, 4 mil pesos. Al que más le entregaron fue 16 mil pesos.

Fue un abuso muy grande y una pérdida tremenda para la sociedad, porque nadie supo para quién trabajó. Después, fueron puros trámites y a la larga no se recuperó nada. Por lo menos tres años los trabajamos de más. Y en esos tres años fue la producción más grande que hubo. No se supo qué se hizo la plata.

Nosotros como campesinos nunca imaginamos un golpe militar. Bueno, pensamos que iba a haber cambio de Gobierno cualquier día, pero no golpe. Porque las cosas casi no estaban para eso. Claro que pocos nos metíamos en esas cosas, nosotros, no pensabamos mucho. Alguna gente sí nos hacía ver, algún dirigente así... Pero no pensamos que si había golpe militar iba a ser tan duro, especialmente para los campesinos... Lo echaron por el suelo. A lo mejor no fue por castigarlo, pero...

La represión fue dura, acá pusieron al mismo Consejo de Administración para que dijera cómo era la gente acá, cómo era el estado de vivir de cada persona, acaso la gente estaba metida en algo, en algún partido político, porque antes eran libres, entonces cada uno pensaba como quiere. Entonces los Consejeros hicieron una lista como de 80 personas y nos empezaron a mandar como en encomienda a la Comisaría, a San Felipe.

En una de esas caí yo. Yo fui unos de los más perseguidos acá; no me moví nunca de la casa cuando pasó esto. Pero me tenían por todos lados rodeado, pensaban que yo me iba a arrancar, a proceder de otra manera. Yo no hice nada, hasta que me vinieron a buscar, me llevaron detenido y las pagué por todos los demás. Porque según aquí, yo era el que le hablaba más a la gente, el que tenía un poquito

más clara la película. Cómo se podía defender la gente.

Estuve 10 días. Me tuvieron cuatro días sin comer, sin tomar agua. Encerrado en un calabozo y corriendo la voz que me habían matado. Me pasaron como muerto por delante de todos los que habían llevado de aquí de Vicuña. De 14 que habíamos sido detenidos me pasaron igual que un muerto. Entonces toda la gente corrió la voz que me habían matado. Y me echaron toda la culpa a mí: que dónde estaban las armas y cosas que ni las conocían aquí. Entonces la gente fue bien clara en eso, que no tenía nada que decir contra mí, muerto o vivo no podían decir nada contra mí. Porque yo era un simple dirigente de organizaciones y no había sido nunca un dirigente de partidos políticos.

Habíamos 13 presos pero aquí el consejo de Administración había pasado a 70 personas y eran todas asentados de El Tártaro-Lo Vicuña. Entonces, los primeros que recogieron, cayeron 13 y yo era la pieza central por el hecho de haber sido dirigente de la Federación, del sindicato y de la Confederación a nivel nacional... Y de acuerdo a eso, una vez que caímos presos, a los otros doce los soltaron no más, estuvieron una noche y un día y los vinieron a dejar para que siguieran trabajando. Porque como la gente acudía a mí, con apagar a mí, apagaban al resto... Y yo digo honradamente que las pagué por todos. Porque al único que golpearon, maltrataron y tuvieron sin comer fue a mí. Al resto fue el puro susto, para que me echaran la culpa a mí, de que yo tenía armas y todas esas cosas. Pero nadie me culpó de nada y dijeron: bueno, qué le vamos a echar la culpa si él no se ha metido nunca en nada, el error de él es que es dirigente y ese es el único delito que tiene, que ha sido dirigente y todo el tiempo nos ha defendido". Y por eso estoy muy agradecido.

De acuerdo a eso no tuvieron de qué castigarme. Por una parte me sirvió a mí mucho, porque en vez de quedarme quieto aprendí mucho más. Es una lección que nunca se me va a borrar. Creo yo que a los que nos ha pasado esto tenemos que luchar con más fuerza, por doblegar esto, que nunca más ojalá ocurra, y cuando tengamos la oportunidad de nuevo, tenemos que hacerle desde un principio a la base la conciencia, que eso es lo que faltó en ese tiempo. Que la base no tenía conciencia de lo que pasó y muchos compañeros de trabajo nos daban la contra y toda la cuestión, porque no sabían a quién estábamos defendiendo a ellos mismos. Entonces, si hay esa oportunidad, lo primero que hay que hacer es crear conciencia en la gente, que esto no vuelva a suceder nunca más aquí en Chile.

Físicamente yo venía demasiado mal y después cuando me iban a venir a dejar, otra vez me interrogaron y me dieron otra paliza y de ahí me mandaron ellos a dejar acá al asentamiento y le dijeron al presidente que me diera 15 días para estar en cama, pagaditos. Porque las condiciones que traía físicamente no eran para llegar y salir a trabajar.

Bueno, cuando salí a trabajar, como se dice en rodaje, la gente me tenía miedo, o sea, nadie quería conversar conmigo, porque creía que se iban a involucrar en alguna cosa. El puro saludo no más. Contentos, iban a preguntar a la casa mía cómo estaba yo. Pero de estar conversando conmigo unos minutos, nadie lo hacía. Pero yo digo agradecidamente de toda la gente que nadie, en ningún rato me dejó solo. Claro que no se podía hacer nada en cuanto a defenderme. Pero en cuanto se podía hablar un poquito, todos me dieron el apoyo y yo seguí siendo el que era. Y en eso estoy agradecido de todos, pese a que había gente

que no pensaba igual que yo. Pero todos estaban al lado mío, salvo los dirigentes del asentamiento, que yo creo que después estaban arrepentidos de haberme hecho esto, porque yo jamás les había hecho algo a ellos. Claro que era franco en decirles las cosas, cuando había que decírselas, y no por detrás, sino que en reuniones. Entonces, deben estar arrepentidos porque después he conversado con ellos y se echan la culpa mutuamente. Pero yo no agarré rencor con ellos. Soy el mismo no más. Y cualquier día, cuando haya que decir alguna cosa, bueno, habrá que decírselas, pero en reuniones, no por fuera.

Las parcelas individuales

Por ahí por el año 76, 75, la gente comenzó a pelearse... Antes no. Pese a todo lo que pasaba se marchaba bien, había más armonía entre la gente, había más armonía entre el Consejo de Administración y el sindicato. Incluso se trataba mejor, todo eso.

Pero una vez que llegó el golpe, ya se sublevaron los dirigentes y no se podía ni siquiera saludarlos fuerte, porque por último, lo corrían para la casa sin sueldo (4). Pero eso fue después del golpe, y fuera de eso, los Consejeros tenían todo el respaldo de militares y carabineros. Entonces no se podía hacer nada. Ahí la gente estaba choreada y pedían que viniera la parcelación luego. Porque pensaban si, de sacarse el yugo, se lo habían sacado con el patrón, pero ya nos habíamos puesto de nuevo el yugo, que era con el Consejo de Administración. Y ese Consejo tenía del año 73 al 77 los mismos dirigentes, entonces, esos estaban peor que un patrón y esos fueron los que quedaron bien.

La gente, con todo lo que yo contaba, quedó miedosa

a una organización. En primer lugar porque andábamos totalmente vigilados, entonces quedamos nulos a eso. Pero la gente, fuera de que tenía miedo, “bueno, nosotros decíamos hacer esto, esto otro”, eso era mayoritario. Pero nadie se atrevía, porque lo amenazaban. Y se dieron el lujo de echar a gente que no tenía idea de política, que no sabía leer ni escribir y los corrieron por comunistas, y ese fue el presidente del asentamiento, hizo cagar como cuatro o cinco familias: gente que no tenía dónde irse, que había estado 30 ó 40 años aquí, desde cabros chicos, casados, habían criado sus hijos, y ahora tenían 60 ó 65 años, y él se dio el lujo de sacarlos con carabineros y los corrieron, como cuatro familias, por el hecho de levantarles la voz al Presidente, que era poco lo que se ganaba de anticipo y todas esas cosas.

Por eso no se podía hacer nada. En cada comité de la estructuración que tenía el asentamiento, tenían una persona que era del lado de los Consejeros, entonces escuchaba cualquier cosa y partían a decirle a ellos, entonces cuando lo llamaban al otro día a la oficina a uno y estaba el buen carabinero o el buen milico... y uno a veces no tenía idea por qué. Entonces no se podía hacer ni una cosa, pero la gente quería. Quería seguir con el sindicato, quería que llegara la parcelación. ¿Para qué? Para sacarse esta gente de encima, que era el Consejo de Administración.

Bueno, después de la parcelación, quedamos cada uno individual, trabajando después que nos entregaron las parcelas, y quedamos cada uno como pueda, o sea, cada uno de acuerdo a los medios que tenía, solo. La organización ahí murió.

De acuerdo a eso vinieron los fracasos y algunos que-

daron bien, cuando fue asentamiento, tuvieron más facilidades, entonces siguieron trabajando la parcela, y más o menos bien. Y otros que en vez de subir, bajamos. Porque habían créditos en el banco, pero super caros, entonces había que trabajar para puro pagarlos. Y otra cosa que esos años la agricultura tocó que estaba totalmente botada, no valían los productos, entonces lo que cosechara uno lo vendía barato, y los productos caros, el crédito caro... De acuerdo a eso vinieron los fracasos, desesperación de algunos parceleros y algunos cayeron en el error de vender las parcelas.

En esa época, en el 78, se vendieron las parcelas que tenían como 8 a 10 há., en 150.000 pesos el derecho. El 79 ya a \$ 250.000, \$ 300.000, \$ 400.000 y así sucesivamente. En el predio hay como 32 parcelas vendidas, la última que se vendió fue en un millón trescientos mil pesos, pero han sido parcelas grandes, con frutales algunas. De 153 parcelas, se han vendido 32.

Ahora, se han aprovechado mucho intermediarios, negociantes, que han cancelado las deudas al banco y las personas han tenido que venderles la parcela en una miseria.

El sindicato siguió vigente, pero con nueva directiva nombrada de la Gobernación o Municipalidad. Entonces el sindicato siguió pasivo, no hizo nada, porque la directiva, una que tenían miedo, y otra que buscaban gente que no hiciera nada. Por ahí, por el '78, '79, recién fue el sindicato disuelto por una orden de la Dirección General del Trabajo.

La gente más activa duró un tiempo, más o menos un año ya, callados, sin decir nada. Pero después ya empezaron a entrar las reuniones, o poner en conocimiento por lo menos del problema a la Directiva del asentamiento, pero no escuchaban, y los amenazaban por último. Por eso no se

pudo seguir luchando con el sindicato. Pero siempre sabíamos que no se podía dejar morir el sindicato, y en ese momento lo necesitábamos más que nunca, porque para poder parar al Consejo de Administración, que hacía lo que quería, no se podía parar individual, sino que tenían que ser todos, una organización fuerte. Pero fue una manera de aplastar al sindicato de esa forma, que las directivas vengan nombradas de afuera, y gente que nunca iba a hacer nada por el campesino. Entonces eso fue una artimaña para apagar la organización, que fue lo que consiguieron.

El dirigente

En la Confederación yo estuve el año 71, 72 y 73. Yo salí elegido por la sencilla razón de que iba como delegado de la Federación "Libertad y Progreso" que era de San Felipe. Ahí salí nombrado como delegado y segundo candidato a la Confederación, cuando se constituyó, a fines del 71. Y ahí salí nombrado dirigente de la Confederación. Los dos candidatos de Aconcagua salimos elegidos. Y yo ocupé el cargo de cuarto director de la Confederación. Porque yo no quise nunca ocupar los primeros puestos en ninguna organización.

Y la participación en la Confederación fue muy buena, porque aprendí mucho. Salí a distintas partes. En la provincia de Colchagua salí a Linares, salí para el norte, a La Serena, a Copiapó, la provincia de Valparaíso la recorrí entera, asentamiento por asentamiento, sindicato por sindicato. Entonces yo escuchaba distintas opiniones, distintos problemas distinta gente, gente más capacitada. Para mí fue como una escuela la Confederación.

Yo cuando salí de aquí iba de un sindicato, después de una Federación, a una Confederación, entonces ya son

problemas distintos, es más arriba donde hay que plantear los problemas con otras personas, con personas de Gobierno. Entonces uno aprende todas esas cosas, y aprende a involucrarse con gente que sabe mucho más que uno.

En los viajes, por ejemplo nosotros, la misión que teníamos era armar más sindicatos. Por ejemplo, todos esos predios donde no había organización, formarlos en comités y del comité al sindicato. Y si había que hacerle petición, donde quedaban fundos, para hacer la petición de la Reforma Agraria, para que ellos lleguen a tener también la expropiación, todas esas cosas.

Y acá, por ejemplo, para el lado norte, no quedaban casi predios que no estaban organizados, entonces había que ir a solucionar problemas. A ver qué problemas tenían los asentados, los sindicatos, en los asentamientos.

Yo no viví nunca fuera del predio en realidad. Quedó mi familia aquí, pero yo llegaba a los 15 días, a la semana, a los 20 días.

La asamblea me dio permiso a mí para que ejerciera el puesto. Claro que a mí no me pagaban nada en el asentamiento, sino que la casa no más donde yo vivía. La Confederación me pagaba viáticos, todas esas cosas. Lo que sí yo reconozco, a todos los asentados se les daba en ese tiempo media hectárea de goce que le llamaban, 5.000 metros de tierra, y eso nunca me lo quitaron, pero fue un acuerdo de la asamblea.

Yo mismo, cuando venía, lo trabajaba. Y cuando había que regar, cosas así, que no llegara yo, los hermanos míos me venían a regar, porque era tan poco.

Había meses en que no me alcanzaba para mandarle plata a la familia, porque, es malo que lo diga yo, pero fui bastante sacrificado. Que por ejemplo, me daban tanta pla-

ta y era sueldo y viático, para moverme todo el mes. Tenía que tener para comer, dormir, todo. A veces me quedaba en la casa de algún campesino, de un dirigente. Entonces economizaba y de acuerdo a eso hacía alcanzar la plata. Y acá en la casa, gracias a Dios no me faltó nunca nada, porque yo aseguraba lo de la casa primero y salía con el resto.

Y no tuve problemas, algunas veces tuvimos problemas, algunos percances familiares, por el hecho de que no venía, cosas así, pero problemas chicos, pasables, como todo matrimonio.

Yo nunca, y aquí quiero recalcar algo, nunca he perdido el contacto con la base. Porque la gente, cualquier problema que hubiera acá en Vicuña o en San Felipe, en la Federación me pedían que viniera yo. Entonces yo a veces venía a eso no más, a ver un problema puntual, y me venía a dar la vuelta pero venía. Cuando tenían que solucionar un problema en Santiago, yo los acompañaba, entonces se daban cuenta de que yo los estaba sirviendo a ellos.

Y por eso después volví a trabajar al predio también. No como otros dirigentes, yo lo digo honestamente, que hay dirigentes que una vez que han llegado a la Confederación le han vuelto las espaldas a la base.

La visión que tenían dirigentes y la gente que estaba nada más que en el sindicato del predio era muy distinta. Especialmente porque la gente que estaba dentro del predio conoce los problemas comunes de la zona no más, o del predio dentro de la comuna... Pero la gente que está arriba conoce distintos problemas, más grandes tal vez, conoce con más facilidad cómo solucionarlos, que a veces desde el predio se le hacen demasiado grandes, a lo mejor puede ser un problemita chico, y se hace demasiado grande.

La gente que está en la Confederación, tiene mucho

más facilidad para solucionar cualquier problema. Entonces, de acuerdo a eso va creando otra visión. Y al final, la gente que está en el predio los mira mal. Porque dice: “Bueno, esta persona está puro arriba, no llega acá, salió desde acá y no ha vuelto más, ahora qué le importan los problemas de nosotros”. Entonces son distintas versiones que se forman. Y el que está abajo lo único que le interesa en esos momentos de que le solucionen los problemas que tienen ellos. Muchas veces no tienen conocimiento de los problemas que tienen el campesino del predio del lado, porque ningún dirigente se los ha planteado. Y el campesino es medio sentimental, entonces creen que porque a una persona la han elegido, entonces creen que esa persona va a tener el honor de solucionarles todos sus problemas, incluso milagros, entonces muchas veces no puede ocurrir. Pero al estar en contacto todo el tiempo con ellos los campesinos le entienden también.

Toda la gente sabía lo que era una Confederación. Incluso, cuando se formó, se vino a la base y en una pizarra expliqué qué era una Confederación. Porque mucha gente dijo: “Por qué no nos afiliamos a otra en vez de formar una nueva”. Y se llegó a la votación. Después de explicar en una pizarra que íbamos a estar juntos todos los trabajadores, que era en la Central Unica de Trabajadores, que la Confederación se iba a afiliar inmediatamente a la CUT. Y las otras, salvo la Ranquil, no estaban afiliadas. Entonces por eso fue que se formó una nueva Confederación y llegó a tener 40.000 campesinos afiliados. Se explicó punto por punto, y vinieron preguntas y yo expliqué en una pizarra, y la gente decidió participar en la Confederación, a través de la Federación Provincial.

Pero toda la gente se daba cuenta qué eran. Que la Fe-

deración ya no estaba para solucionar los problemas del predio no más, sino a nivel provincial y la Confederación ya era un poco más arriba, a nivel nacional. Y que estábamos unidos muchos más campesinos, no éramos un puñado de 400...

Salían mucho más rápido la solución de los problemas, porque acá costaba para ir, no tenían conocimiento los dirigentes que estaban dentro del predio. No sabían con quién hablar, no sabían con quién podrían entrevistarse para solucionar los problemas. Y la Confederación hacía que fueran los dirigentes de acá del predio a Santiago y los hacían acompañar por dos o tres dirigentes de la Confederación, y ahí a los hechos, uno sabía con quién tenía que hablar, tenía las entrevistas listas, entonces salía mucho más rápido y especialmente más económico.

Habían discrepancias, especialmente en las directivas de las Confederaciones. Porque cada una dependía de algún partido. De acuerdo a eso se juntaban, se logró que se juntaran varias veces las directivas de las Confederaciones para poder discutir esas cosas. Y siempre habían discrepancias, por ejemplo respecto a la tenencia de tierras...

Siempre se sacaba una conclusión, pero quedaban algunas confederaciones adoloridas y salían muchas veces a desparramar a los sindicatos y la gente se confundía.

Por ejemplo, entre la Ranquil y la UOC, las discrepancias que habían siempre eran en cuanto a llevarse socios, pero en el pensamiento casi siempre llegamos a lo mismo. En la cuestión de tenencia de la tierra ellos también planteaban de que fuera en forma comunitaria, tal como el gobierno alcanzó a aplicarlo en los CERAS.

En la UOC, en la directiva, casi toda estaba ligada

al MOC. En la base sí que no, había hasta nacionales. La cosa es que participara en el sindicato.

Y muchas veces planteamos las cosas claras, pero nos faltó tanto qué enseñar. De ubicar políticamente a la gente, plantear claramente qué era la política. Yo nunca planteé "soy de tal partido". Pero sí les hacía ver quién era el enemigo, que otro campesino no, sino que eran los grandes latifundistas, el explotador, todas esas cosas, y ése era el que manejaba las cosas arriba y de acuerdo a eso estábamos aplastados. Y que los hijos vivieran de otra forma, no bajo el yugo, que se ganaran la plata un poco más aliviados. Pero nunca que el campesino debía participar en éste o este otro partido. Y a lo mejor fue un error, porque había que plantear directamente qué es el rodaje de un país, y por qué cuando somos una mayoría de pobres nos gobiernan los ricos. Porque la misma gente pobre les da el voto a los ricos. Todas esas cosas, faltó plantearlas claramente a la gente.

La organización actual

Fue así que pasaron varios años, llegamos al 80, 81, y seguíamos aplastados, cada uno en su parcela. Los que vendieron se quedaron trabajándoles al mismo que compró, con un miserable sueldo de \$ 200.— Entonces empezamos a conversar con gente de más experiencia, gente que había sido dirigente, cómo nos podíamos organizar.

El sindicato veíamos que era difícil porque la gente no iba a tomar el mismo interés. Fue así que escuchamos que iba a salir una ley, que no es para los campesinos sino que es una ley de los patrones, que es la ley de las Asociaciones Gremiales. Esta ley está hecha especialmente para

los agricultores grandes, pero tienen unas caídas que dan la facultad para organizarse a los campesinos también. Fue así que nos fuimos juntando, conversando con personas que sabían más, y llegamos a la conclusión de que con 25 personas naturales nos podíamos organizar.

Teníamos formada ya una Sociedad de Responsabilidad Limitada aquí, que no tiene mucha legalidad como para pelear cualquier pleito, sino que está hecha especialmente para ver si recuperamos la cordillera.

Bueno, y llegó el momento en que lo logramos, llegó el notario, juntamos 32 personas y todos estuvieron de acuerdo. Se le puso "Asociación Gremial de Parceleros El Tártaro-Lo Vicuña" en la cual salimos 7 dirigentes elegidos y quedamos algunos que habíamos sido dirigentes antes.

Esas 32 personas la mayoría participó en el sindicato, pero hay distintos pensamientos. Y los problemas son para todos los mismos. La otra gente no es que tengan discrepancias de colores políticos porque no participan, sino que desconocen para qué puede servir la organización. Y por qué les andan metiendo en cabeza que para qué les va a servir... Pero, sin embargo, andan detrás de los dirigentes cuando tienen problemas, por eso no queremos dejar a esa gente a un lado sino invitarlos a participar, y es así que ahora hay 48 afiliados.

También hemos parado el abuso de la Cooperativa de Putaendo en cuanto a los pagos de agua, del canal revestido, de administración del agua... hacían lo que querían con nosotros. Ahora no, ningún parcelero ha pagado, porque no están obligados.

A todos los socios se les hizo ese reclamo que había para saber cuánto era el valor de la tierra, para hacer el estudio al que le faltaba tierra, al que le estaban cobrando de

más... Se está haciendo la inscripción de las aguas. Y la gente que no está asociada lo ha hecho en forma individual y han tenido que pagar hasta \$ 20.000. Y los socios sólo la cuota mensual, que son \$ 100.— Por eso pensamos que en poco tiempo más va a ser mucho más grande.

En estos momentos en el campo no ocurre nada, porque estamos en un grupito chico, pero si logramos estar con una Federación de Asociaciones Gremiales, a nivel provincial, abarcando la mayor parte de los predios de la comuna, es ahí donde recién se va a empezar a movilizar el campesinado, porque falta quién le de una pauta, quién lo guíe, quién lo alce a eso. Siendo un puñado chico de gente se hace difícil. En primer lugar, porque no hay ni una otra organización dentro de la Comuna, y en segundo lugar seríamos en este momento molestados y mal mirados, dirían que somos unos políticos que estamos haciendo esto y esto y después, cuando los dirigentes llegáramos a acudir a alguna oficina, estaríamos amarrados, no nos escucharían. Pero a futuro esto va a tener que salir.

Yo creo que va a costar mucho para organizar de nuevo a la gente, porque ya tiene otro pensamiento. Y en segundo lugar, especialmente en el sector reformado, hay puñados de parceleros que están desclasados, como verdaderos patrones. Esa gente va a sembrar el no organizarse...

-
- (1) El padre de Ramón era mayordomo en el fundo. A los hijos de los mayordomos los otros trabajadores los hostilizaban y no los dejaban trabajar en la hacienda. Por lo tanto es lógico que Ramón haya salido a trabajar afuera.
 - (2) Hay errores en las fechas. Se supone que del 65 al 67 estuvo en la mina. La efervescencia de ese tiempo y lo comprometido con él que estaba Ramón hacen natural que se confundan algunas fechas.

- (3) La producción de la hacienda siempre fue muy grande en trigo y pastería.
- (4) La directiva post golpe del asentamiento fue elegida antes de septiembre del 73 por los mismos campesinos, pero posteriormente la directiva toma partido claramente por el nuevo Gobierno.

INES

La infancia

Nací en Alicahue, para el lado de Cabildo. Mi papá trabajaba en la hacienda, el fundo Alicahue. Era peón. Era empleado no más. Le daban raciones de porotos y galleta. Ellos vivían cerca de la hacienda en una parte que se llama Los Perales.

Yo me crié con mis abuelitos, que vivían en Alicahue arriba, en una parte que se llama la Aserrada. Mi abuelito era solo, no tenía ni un hijo más. Estuve con ellos desde los tres años hasta los catorce.

Mi papi me fue a buscar para ir al colegio cuando yo ya tenía siete años y ya sabía leer y escribir, porque mi abuelita me enseñó a mí a leer y escribir y a sumar, restar, multiplicar, todas esas cosas. Yo tenía siete años cuando fui al colegio, pero era demasiado chica, no me dejaban entrar a los siete años, entonces me pusieron al colegio en Santiago. El primer año, mi papi me llevó donde un matrimonio amigo, vivía con ellos, apenas me acuerdo, por un paradero que se llamaba Santa Rosa. Era una escuela que se llamaba Mademsa. Lo único que me acuerdo es que habían dos fábricas, de Mademsa y de Madeco. Me acuerdo de eso porque se tiraban en huelga y se agarraban a peñascazos las dos fábricas.

Nací en el 51, así es que a lo menos eso era en el 58. Después mi papi tuvo que ir a buscarme porque yo no me acostumbré, o sea que no es que no me acostumbrara: donde me llevaban a mí tenían hijas grandes, que eran solteras pero tenían hijos, eran mayores que mí y me pegaban, pasaba llorando. Fue mi mami un día a verme y me encontraron que recién me habían pegado, entonces me trajó. No alcancé a sacar todo el año de estudio. De ahí me vi en poder de mi abuelita otra vez, entonces no fui más al colegio. No quise ir más, porque no me gustaba, yo sabía leer, escribir, sabía todo.

Cuando llegué acá me enseñaron a trabajar, mi abuelita me enseñó a hacer las cosas, me enseñó a planchar, a hacer aseo, a hacer almuerzo, o sea todo lo que es de mujer. Pero después no me pusieron de mujer, me pusieron para hombre. Me vistieron de hombre, porque en ese tiempo, no era como ahora, que la juventud es muy liberal. Antes, si una mujer andaba sola era mal visto, sobre todo una cabra chica. El hombre no, porque era hombre, aunque fuera chico. Así es que me vistieron de hombre, porque mi abuelita y mi abuelito eran viejitos, solitos. Tenían cabras, ovejas, tenían vacas, así es que yo tenía que atender los animales. Incluso antes se araba con bueyes, yo tenía que ir a buscarlos al cerro. Entonces, *vestida de hombre*, yo andaba a caballo y todas esas cosas. Tenía nueve años y empecé a usar pantalones, camisas, zapatos de hombre, y chupalla, que en ese tiempo se usaba. Por eso no me cortaron el pelo, mi abuelita me hacía unas trenzas, me las ponía arriba y con la chupalla me las tapaba.

Yo me juntaba con todos los niños hombres en el cerro. No sabían que yo era mujer, porque a mí me enseñaron incluso hasta hablar como hombre. También me tocó

pelear, me trataban a garabatos y todo. Cuando yo no quería hacer alguna cosa me trataban a manotones, a pedradas, y yo también, después aprendí, como me habían criado para hombre: a hacer de esas hondas que se dan vueltas, que llevan un elástico y llevan dos correas, no como las de ahora, sino que se dan vuelta y tiran la piedra. Con esas peleábamos de un lado a otro.

Estos abuelos eran medieros. Tenían cercos chicos, tenían cinco, seis cercos, pero no sabría decirle cuánta tierra. Ahí trabajaba en medias con otro caballero. Y le daba hasta la casa para que viviera. Esos eran los animales que tenía que cuidar yo, los animales también eran del otro caballero, igual que la tierra. Las ovejas y las cabras sí que eran de mi abuelo. Pero los animales vacunos, bestias, caballos, todo eso sí que era del otro caballero. Claro que tenía él también, pero dos o tres, muy pocas. Este otro caballero se pasaba, tenía veinte o treinta animales. Y yo era la única que los conocía, mi abuelo no salía nunca al cerro a buscar los animales.

Así que yo era la cabeza de la casa. Cuando mi abuelo no estaba o caía enfermo, me mandaban a comprar, a dejar los animales, o sea que ya me olvidé de todo por completo lo que era ser mujer. Incluso, salía en la mañana, y no llegaba hasta la noche. Me arreglaban la maleta que le llamaban que le ponían atrás a la montura de los animales y me ponían almuerzo y almorzaba para el cerro; algunas veces llegaba a la casa y había fiesta y cuestiones y yo llegaba y me acostaba, porque yo sabía que yo era niña y me trataban de hombre todos, toda la gente.

Me acuerdo que una vez, yo tenía como nueve años, más o menos, y había una fiesta en la casa, habían varias mujeres, yo las conocía, pero ellas me conocían por hom-

bre, no me conocían por mujer tampoco. Cuando yo llegué ahí, había una señora cocinando que era amiga, entonces me dice la señora: “Ven a comer, Nene” —así me decían, incluso mi abuelita me llamaba así,—, “ven a comer”, me dijo. “Después baja y anda para la pieza porque hay bastantes chiquillas para que bailís”. Entonces a mí me quiso dar risa, me sentí mal en ese momento, no quise comer. Me fui para la pieza y me puse a llorar. Llegó mi abuelita y me dijo que no llorara porque nadie sabía, que comprendiera que nadie sabía que yo era mujer... Cuando me acostaba, mi abuelita me ponía la camisa de dormir y me peinaba, porque tenía el pelo más abajo de la cintura, así que ella me peinaba todas las noches y en las mañanas igual...

Así que después mi papi me trajo para acá, para Putaendo. No le convenía allá donde estaba trabajando. Se vino a trabajar acá a este fundo de Vicuña. Nosotros teníamos familia aquí, tíos. Mi papi se vino porque no le convenía estar allá, estaba mal. Entonces me fue a buscar y me trajo, pero vestida de mujer. Donde yo vivía con mi abuelita, nunca supieron que yo era mujer, hasta que volví...

Mi papi me puso al colegio, en las monjas de Putaendo. Estuve un año en el Colegio, me pusieron en tercero, pero me pasaron a cuarto y quinto: hice dos cursos en el mismo año, porque yo sabía todo, leer y escribir... Saqué el año y pasé a sexto, mi papi murió. Alcanzó a estar un año no más en Granalla* y murió. Aquí era inquilino.

Yo no quise ir más al colegio. Como yo era la reglona de mi papi lo echaba mucho de menos, pasaba llorando, tenía diez años no más.

Me llevaron para Alicahue de nuevo, a poder de mis

* Granalla es un poblado que está entre Putaendo y Lo Vicuña.

abuelitos. Pero mi mami no duró ni tres meses allá y se volvió a Putaendo de nuevo, yo no me quise venir con ella. Yo tenía un hermanito chico, que tenía seis meses cuando mi papi murió. Ese hermanito era regalón mío, así es que me lo dejaron a mi allá, con mi abuelita.

Después cuando la guagua tenía un año se la vine a dejar a mi mami, porque me daba mucho qué hacer, no podía salir a trabajar por la guagua. Allá seguí vistiéndome de hombre igual...

Mi mami me dejó aquí con el niño a mí. Me puso en el liceo de Putaendo: Escuela 30 se llamaba. Yo no me acostumbré, me retiré, no quería estudiar, y no podía: me faltaban todos los útiles, por eso me choreaba. No tenía delantal, no tenía chaleca, no tenía zapatos para ir al colegio, me daba vergüenza, era niña de once años y me daba vergüenza ir sin zapatos al colegio. Algunas veces mi mami me mandaba con unos zapatos cocidos con alambre y a mí me daba vergüenza ir al colegio así.

Mi mami vivía en Granalla, en la misma casa donde vivía mi papi. El había arrendado la casa antes de venirse. A mi papi le daban la pura tierra aquí no más, pero la casa era nada que ver con la hacienda, entonces mi mami se quedó ahí mismo. Se mantenía con la pura pensión que recibía no más y no le alcanzaba para comprarnos ropa... Una vez yo iba al colegio y me encontré con mis abuelos, yo iba con un chaleco hecho tiras y los zapatos amarrados con alambre. Mi abuelo se puso a llorar cuando me vio. Me dijo: "Yo la retiro del colegio y me la llevo". Con él a mí no me faltaba nada, todo lo que yo quería me lo compraba. Se puso a llorar mi abuelita y mi abuelito y me fui con ellos. Hacía seis meses que había llegado donde mi abuelito yo, cuando me mandaron una carta, un telegrama, donde

me decían que mi hermanito había muerto, mi hermanito chico... Yo no pude venir, de tan lejos, no me dejaron venir.

Según dijo mi mami, el médico había dicho que tenía cardíaco, yo nunca supe, pero tiene que haber sido alguna cosa, porque me echaba de menos, entonces cuando yo me fui el niño quedó llorando. Tiene que haberle dado alguna enfermedad, como dicen que a las guaguas les da esa cuestión de pensión, echan de menos, no comen... Tenía un año seis meses cuando murió.

Después, vine al año. Acá mi mami estaba casada de nuevo. Se casó con un hombre que era vecino de nosotros. Esa cuestión no me cayó en gracia a mí, pues. Entonces yo le dije que me iba de nuevo. Venía a quedarme con ella esa vez, pero después cuando vi que había otra persona en la casa reemplazando a mi papi, yo me fui.

Y todavía cumplí los catorce años yo en poder de mi abuelita. Cuando cumplí los catorce mi abuelita me hizo una fiesta y me compraron un lindo vestido, me sacaron los pantalones y todo. Invitaron a todos mis amigos, que nos juntábamos para el cerro y peleábamos. Todos decían que cómo podía ser, que a mí me veían en el cerro y no sospechaban que yo era mujer. Desde entonces no seguí más trabajando en el campo: porque a mí me ponían a cortar porotos, a sembrar, a arar, todas esas cosas, a cosechar trigo. Y desde entonces ya no me dejaron más trabajar en eso, *en cuestiones de mujer no más*. Me andaban trayendo como una reina.

Trabajo en el pueblo y pololeo

Me vine a Putaendo de nuevo, me fui a trabajar al sanatorio, a la casa del doctor, me fui a trabajar de niñera, a

cuidar niñitos. Ahí conocí al Ramón. Tenía quince años cumplidos en esa época. Nunca anduve a escondidas pololeando con él, sino que me fue a pedir permiso altiro para pololear.

Mis patrones eran los dos doctores. El era doctor matrón y cirujano, o sea de todo. Y ella era doctora para los puros niños no más. Ella era chilena y él ecuatoriano. Ahí lo pasé super bien porque eran puros niños y para donde andaban ellos andaba yo. Esto era en Putaendo, allá mismo arriba donde está el Sanatorio (1). Y cuando tenía permiso para ir a la casa, ellos mismos venían a dejarme en auto. Y me venían a buscar.

Después yo dejé de trabajar con ellos porque se fueron a Ecuador. Se fueron de veraneo, por tres meses y yo tenía que irme con ellos y mi mami no me quiso dar permiso. Yo me quería ir, pero me dijo que no porque me podía pasar algo y no me iba a ver más... Tuve que quedarme. Y ya cuando volvieron no fui más a trabajar con ellos, porque estaba trabajando en Santa María. También de niñera. El mismo doctor me recomendó con unos amigos que tenían en Santa María, en Curibao. Era un matrimonio jovencito. La señora estaba gordita cuando yo estaba trabajando con el doctor, y cuando se mejoró vinieron a buscarme para niñera. Después se fueron a Santiago y ahí yo me fui con ellos.

No nos veíamos mucho con Ramón, porque los dos trabajábamos. Cuando me fui a Santiago después tuve quince días de vacaciones, y cuando llegué a la casa mi padrastro estaba guapo y me corrió. Me dijo que ahí en la casa no había ni un trago más de agua para mí, que me fuera. Entonces le dije que iba a Alicahue, porque en esa época yo justo ganaba cien pesos, el gran platal de cien pesos,

y andaba con toda la plata en la cartera. Y en eso va pasando el Ramón y él sintió el boche. Preguntó, y yo le dije que me habían corrido. El dijo que no me fuera, que mal que mal, él se iba a casar conmigo. Y que se acababan los problemas, yo no trabajaba más y no ayudaba más, porque la plata que ganaba tenía que dársela a mi mami para que criara a los niños, mi padrastro no trabajaba...

El no quería que pololeara y no le gustaba el Ramón tampoco, porque decía que era muy mujeriego, que andaba con una mujer y con otra. Y era verdad pues, yo sabía. Le dije que sí pero que esos eran problemas míos, que mi papi había muerto y él no tenía por qué meterse. "Si me hubiera dicho eso mi papi a lo mejor le hubiera hecho caso, pero con usted... Además usted nunca me ha caído en gracia...". Mi mami me pegó esa vez, por primera vez desde que había muerto mi papi. Yo le dije que me iba: fue a pedirme el Ramón, y mi mami no quiso darme, mi padrastro tampoco. Le dijo a mi mami que no, que yo era la única que trabajaba para la casa. Yo le dije que lo sentía mucho pero que me iba a casar igual, con o sin permiso.

Tenía 16 años, no podía casarme porque era menor de edad, tenía que ser con permiso. El tenía 23 años ya... Y el Ramón nunca me había faltado el respeto. Después, empezamos a salir y cuestiones y yo quedé esperando al niño, ya de pura hostiguez quedé esperando al niño. O sea, para que me dieran permiso para casarme, porque me tenían choreá en la casa, todos los días con el mismo cuento, que él era mujeriego y que me iba a morir de hambre al lado de él y cosas por el estilo. Yo le conté que estaba esperando. Entonces me dijo: "Voy a hablar con tu mamá al tiro". Entonces fue. Yo estaba planchando cuando llegó una tarde donde mi mami. Le dijo que venía a hablar con

ella porque quería casarse conmigo, mi mami puso el grito en el cielo. Le dijo que cómo se le ocurría, que yo iba a cumplir los dieciséis años recién y entraba a 17 y no podía casarme porque era muy niña. Entonces el Ramón le dijo: "Bueno, señora usted sabrá, si usted no quiere dármele, después tendrá que mantener otra boca". A mi mami le causó cuidado lo que le dijo y preguntó por qué. "Porque está esperando guagua", le dijo. "Así que yo vengo para que me la dé o si no se quedan con la guagua". Ahí mi mami dijo que bueno, claro que mi padrastro casi la pateó cuando supo que me había dado para casarme.

Esto fue el día martes y el viernes nos casamos por el Civil y yo seguí viviendo con mi mami porque por parte de mi suegra yo no caía bien. Y él siguió con sus papás.

Crianzas

Hasta que un día yo caí al hospital, porque la guagua tuvieron que sujetármela para poder tenerla, me di un golpe, con un balde con agua y fui a dar al hospital. Entonces allá al hospital fue mi suegra a verme, por primera vez fue a visitarme, llegó con él. Mi suegra me dijo que cuando saliera me iba a llevar para allá para la casa de él, que si estábamos casados debíamos vivir juntos y no separados, porque si seguíamos viviendo así después no nos íbamos a avenir nunca como matrimonio. Entonces cuando salí del hospital, él me fue a buscar, para vivir junto con él. Y por supuesto en la casa ya después que salí de ahí no me podían ver, ni a mí ni a él. **Mi mami sí.**

El papá de Ramón era empleado en la hacienda, así es que le daban casa, le daban de todo, en Vicuña.

Y ya después empecé a vivir con el Ramón, no extra-

ñaba la casa, *me fui acostumbrando a la manera de él*. Claro que de primera con mi suegra no nos llevábamos nada de bien, porque una tiraba para un lado y la otra para el otro. A mi suegra no le gustaba lo que yo hacía, por ejemplo si yo le ayudaba lo encontraba malo. Si hacía el almuerzo o el aseo lo encontraba malo y ella lo hacía de nuevo.

Así es que un día yo le dije que ya no podía seguir ahí. O sea, que él mismo se daba cuenta, porque a veces estábamos en la mesa, todos, porque yo no cocinaba aparte, y mi suegra decía: "¡Uy, que está malo esto!". Se paraba y por lo menos la ensalada la recogía, la aliñaba de nuevo y cosas por el estilo. El se dio cuenta y un día le dije yo que buscara casa y buscó casa aparte. Estaba al ladito de la casa de mi suegra pero vivía independiente, yo hacía las cosas al gusto mío y cuando me mejoré del niño ya estaba viviendo sola.

Claro que después mi suegra empezó a portarse mejor porque cuando ya nació el niño, me cuidó ella, me lavaba los pañales, me hacía el almuerzo, empezó a cambiar.

Antes, cuando vivíamos con ellos, mi suegra se iba a trabajar a los cerros, entonces yo quedaba ahí, cocinando o lavando, o haciendo aseo, planchando. Lo que sí, mi suegra no me dejaba sacar leche de las vacas, porque yo les tengo miedo. Eso lo hacía ella en la mañana cuando se levantaba. Entonces cuando mi suegra llegaba a almorzar con los niños yo les tenía el almuerzo hecho. Claro que a lavar me ayudaba ella. Ella no tenía hijas mujeres que ayudaran, estaba casada la mayor y eran ocho hombres, y la hermana más chica tenía como tres años en esa época. Tenía que hacer todo yo, por eso también me aburrí.

Quedé embarazada altiro del otro. Mi suegra no que-

ría que lo tuviera porque se me iban a juntar dos guaguas y el Ramón no quiso que me hiciera remedio. Que si Dios me lo había mandado tenía que dejarlo así no más. La misma matrona del hospital de Putaendo hacía remedio. Porque cuando yo fui me dijo que si tenía unos quince días de atraso ella me hacía remedio y no habría pasado nada. *Pero como él no quiso entonces yo tuve que tenerlo.* Yo quería tenerlo, y más cuando supimos que era hombre, me gustan los niñitos hombres. Claro que a las niñitas mujeres las quiero igual, pero si van a pasar por lo mismo que pasa una... Así es que por eso, preferible mil veces el niñito hombre.

Después yo me mejoré del chico pero de ahí empezaron los problemas con mi marido. Al quedar embarazada del segundo niño, él empezó a buscarse otras mujeres y a dejarme en la casa. A mí no me sacaba a ninguna parte y a las otras las sacaba a todas partes, me dejaba en la casa con el niño, me pegaba, a mí, al niño, que tenía un año pobrecito... Entonces empezó a darme mala vida a mí y yo sufría, lo más que me dolía era que le pegara al niño. Después, cuando lloraba el José (2) que estaba guagüita, también, él se enojaba porque el niño lloraba. Y la otra mujer llegaba a la misma casa a buscarlo, y yo no le podía decir nada porque él me pegaba delante de ella, entonces yo prefería dejarlo. Ella era de Granalla, había estado trabajando en las viñas. Era una mujer separada, era casada y tenía dos niñitos.

Mi suegra empezó a aconsejarlo a él, que no saliera, que lo hiciera por los niños. Que para qué se había casado, era lo que mi mami le decía, si nadie lo había obligado. Porque mi mami lo que le decía que nunca mi papi me había puesto la mano encima, y él me pasaba pegando, en-

tonces eso era lo que le dolía a ella. Yo no le decía nada a mi mami, solamente que el único culpable era mi padrastro, porque si él no hubiera empezado a meterse en mi vida, a decirme cuestiones, yo no me habría casado.

Conocernos bien, bien, con el Ramón, no nos conocíamos; pololeamos como seis meses, pero nos veíamos tan a lo lejos que para mí eran como dos meses, porque nunca nos veíamos, más que cuando nos encontrábamos así de repente, no era de esos pololeos de firmeza, que va el niño a verla a la casa todos los días. Entonces, cuando yo trabajaba en Santiago, y él estaba acá en Granalla, yo no sabía lo que él hacía, cuando trabajaba en el sanatorio tampoco...

Cuando nació el niño él estaba trabajando en la mina. Si cuando nos casamos ya trabajaba en la mina. El estaba en el turno, entraba a las doce de la noche y salía a las ocho de la mañana. Y ese día le tocó trato y salían más temprano, según la hora que terminaran el trato salían... Cuando llegó yo estaba bien y se acostó. Yo sentí como un pequeño dolor en la guata. Después salí para afuera, tenía indigestión y vómitos y cuando estuve afuera ya no me pude parar, porque venía la guagua. Y él me echó de menos, despertaría seguro, y me fue a buscar y me encontró que estaba a punto de mejorarme y ¡ah! que me tiro a la cama y la guagua nace: el José nació casi en los brazos del Ramón, así que cuando fue a buscar la ambulancia —porque fueron al tiro de donde mi suegro— yo ya me había mejorado. Me atendieron en la casa a mí y al niño.

De ahí yo me puse en tratamiento para no tener más guaguas, porque veía como él se portaba conmigo. Tomaba tabletas.

Un día lo pillé con otra fulana, besándose y el niño lo vio. Después él comenzó a alejarse de ella.

Después le salió una pega aquí, en Vicuña. O sea mi suegro se vino antes para acá para Vicuña a vivir y a trabajar para el asentamiento. Consiguió que lo metieran a él al asentamiento para traérselo para acá, porque dijo que si lo dejaba por allá iba a ser peor porque no iba a atender los niños, no me iba a atender a mí y me iba a dejar sola. Donde vivíamos nosotros no había ninguna otra casa aparte de la de mis suegros, y la vecina que teníamos estaba como a dos kilómetros arriba. Así es que dijo mi suegra, si no me los llevo para arriba, te voy a dejar sola, ni Dios lo quiera te pasa algo, porque él a veces llegaba y a veces no llegaba: se lo trajeron para acá.

Y aquí él empezó a meterse en esas cuestiones de sindicato, Confederaciones que tienen, entonces a mí me dejaba sola igual, pero aquí no era tanto porque había más vecinos. A mí no me preocupaba ya.

Yo no me metí en organizaciones. Estuve en un Centro de Madres pero no me gustó porque me andaban trayendo mucho en cuentos. A mí no, pero les gustaba eso: se juntaban en grupos, un grupo mayor aquí, el más joven al otro lado. No podían conversar los grupos: se enojaba la señora del administrador...

Eso era como el año 67. Entonces vine y me retiré. Alcancé a estar como cuatro meses no más. Claro que me mandaban a buscar, que no me podía retirar y todo eso. Me retiré igual no más.

Problemas conyugales

Después yo quedé embarazada de la niña. El se fue con otra fulana. Cuando nació la niña tampoco me fue a ver al hospital, no me fue a dejar, no me fue a ver, nada.

Se fue a vivir a San Felipe con la otra mujer, que era casada también. Y yo lo mandaba llamar, porque dónde iba a trabajar con una guagua recién nacida. Venía, de primera me dejaba plata y cuestiones, después ya no vino más.

El ya no trabajaba en el asentamiento, estaba con permiso de acá para trabajar en la Confederación. Entonces no venía casi nunca. Venía, cuando llegaba a venir, a cambiarse de ropa y volver a irse, o sea venía de visita, tomaba onces, se cambiaba de ropa y se iba. No le hacía ni un cariño a los niños, no les traía absolutamente nada. Me dejaba la plata encima de la mesa y partía.

Entonces lo mandé llamar una vez. La niña estaba más grande, lo echaba de menos y se enfermó. Lo llamé por teléfono, como yo tenía el número de la Federación en San Felipe... Pero me dijeron que en ese momento andaba en Santiago, pero llegando de Santiago le iban a decir que se comunicara conmigo. Al otro día temprano lo llamé. Me atendió él. Entonces me dijo: "Pucha que molestai oh, si sé que tengo que ir a la casa a dejarte plata". Le dije yo: "Si no es tanto por la plata, anda a ver la niña que la tengo muy enferma". Dijo que no le importaba.

No lo llamé nunca más. Entonces mandó a la visitadora Ana María Ordenes, que era de la Confederación. Me dijo: "Señora, me mandó Ramón a dejarle plata". "No", le dije yo, "no necesito plata, llévesela y dígame que muchas gracias, que no se venga nunca más a meter aquí. Yo no lo necesito sino para que viniera a ver a mis hijos, no porque me viniera a ver a mí, así que llévese la plata... De alguna manera conseguiré plata del interventor del fundo, tendré para darles de comer a los niños, pero vaya, llévesela no más".

Con mi suegra estábamos guapas, ni nos mirábamos,

porque cuando él se fue, mi suegra dijo que yo lo había corrido, entonces me daba la contra a mí. Mi mami lo único que hacía era llorar cuando venía, porque le contaban que yo estaba mal, que no tenía leche para las guaguas, no tenía azúcar, no tenía nada, nada. Y los niños llorando a media noche me pedían té, me pedían mamadera, y yo no tenía, así es que ella venía y me traía cosas.

En ese tiempo tuve a la niña en el hospital, cuando la saqué me la entregaron tan delgadita...

Y aquí en el asentamiento, como había Cooperativa, el Presidente, Mancilla, me parece, me dijo: "Señora, yo le voy a dar un vale, para que saque todas las cosas que quiera de aquí de la Cooperativa", porque había de todo, incluso hasta vestidos, zapatos, ropa interior. Para comer, y harina, pan, azúcar, "lo que usted quiera, y este vale se lo voy a pasar yo a don Ramón González. Tiene que pagar, porque nosotros le dimos permiso para que fuera a trabajar, él sabrá cómo va a pagar porque usted al fin y al cabo es la señora". Entonces me dieron un vale, sacaba las cosas quincenal, y no quería gastar mucho tampoco, porque me parecía que él me iba a venir a retar o pegarme: le tenía miedo.

Yo en ese tiempo no tenía tele, radio, nada. Me dedicaba a la pura casa no más y a cuidar a los niños.

No tenía animales, puras gallinas no más, y cuando no tenía qué comer, yo les mataba una gallina a los niños y les hacía.

No tenía huerta, nada, como yo estaba sola no hacía nada. Pero mi vecina, que en paz descansa la pobrecita, tenía harto buen corazón. A mí no me faltaba para comer, para almuerzo, para la comida, no me faltaba. Pero para las onces me faltaba el pan, la leche para los niños, porque ella

me pasaba lechuga, tomates, papas, pero los niños también pedían pan y leche. Eso no podía dármelo porque era pobre igual que yo.

Entonces yo empecé a sacar. Y un día vino él a la Cooperativa y le pasaron el vale, no sé cuánto sería. Y lo pagó calladito.

A mí me empezó a faltar la ropa para los niños y para mí y empecé a sacar con el vale... Las vecinas me empezaron a aconsejar que me arreglara, que no fuera tonta, que no me echara a morir. Que no era el único hombre que existía en la tierra y yo no era la primera mujer que me quedaba sola. Entonces empecé a comprar vestidos, a ir a la peluquería al pueblo, con el vale de él y él tenía que pagar.

La niña ya caminaba y preguntaba por el papito. Yo le decía que estaba trabajando. “¿Y cuándo lo voy a ver?”, me decía, porque era muy clarita para hablar. Yo le contestaba “cualquier día”.

Una noche, como a las dos, sentí que llegó un vehículo y no lo sentí salir. Yo tenía la puerta trancada de la pieza donde dormía con los niños. Y sentí que golpearon, entonces yo no quería levantarme a abrir porque me daba miedo. Pregunté quién era. “Soy Ramón, abre”. Le abrí y entró. No quería nada con él. Yo quería estar sola, cuidar a mis niños y ni una cosa más. Cuando lo rechacé, se puso a llorar y se fue al lado de los niños, los tomó en brazos, los besaba. Entonces le dije que no fuera cínico.

Claro, la otra se había ido con otro fulano y él quedó solo y volvió. Estuvimos quince días que no nos hablábamos. O sea, yo no me acostumbraba a que estuviera en la casa. Después ya empezamos a conversar de nuevo... En esa época no salía mucho. Salía y llegaba luego... Pero no era

lo mismo que cuando recién nos casamos. Era otra clase de vida, yo estaba arrepentida.

Después lo tomaron preso. Después vino la cuestión del once. La niña tenía dos años. Y me pedía por favor que lo sacara de dónde estaba preso. Yo pasé por las cosas más mínimas, porque los pacos llegaban aquí a buscarme... Que yo le guardaba armas a mi marido, en la pieza. Me amenazaban con matarme.

Yo lo iba a ver cuando estaba detenido. Incluso él estaba incomunicado y yo igual me metía a la mala para adentro y lo veía... Yo no sabía lo que era la incomunicación. Estaban desnudos, corría el agua por debajo, parado en una pura tablita en que le cabían los dos pies no más, no se podía ni mover. En la cárcel de Putaendo. Entonces yo me metí a la mala para adentro, el paco vino a cachar cuando yo estaba adentro. Y tuvo que sacarlo, lo sacaron...

Cuando lo tomaron lo vinieron a buscar aquí. Así es que por todas esas cuestiones tuve que pasar yo...

Después me quedé esperando al niño, al Pablo, que tiene ocho años. El embarazo fue bueno, no sentí ninguna molestia. Yo al principio no quería tenerlo. Tenía problemas con él, no quería. Y al último tuve que tenerlo, porque yo quedé embarazada con tratamiento, con las tabletas. Fui donde la matrona porque me empecé a sentir mal, porque yo me seguía enfermando igual. La matrona me dijo que tenía tres meses de embarazo... Hacía tres meses que estaba tomando tabletas embarazada y me las quitaron. Yo le dije a la matrona si me podía hacer algo, porque el niño podía salir enfermo... Y me dijo la matrona que no, que no podía hacerme nada, porque la guagüita estaba criada ya... Hubiese sido al principio, a los nueve, once días, sí. Y después ya no sentí ningún problema. Me costó sí para juntar-

le la ropa, porque él no me daba plata para nada, no se preocupaba de la casa... Mi suegra me daba, y una señora amiga me regaló mantillas y cuestiones así. Cuando me fui a mejorar me fui a las tres de la tarde. El ni sabía, porque habían dos días que no llegaba a la casa.

Aquí hay una médica, la señora Tere, pero esa da remedio para afirmar la guagua. Dicen que ha hecho remedio eso sí, pero no sé si a mí me lo haría... Harta gente la ve. Es una señora vieja, que vive en Juan Rozas (3), en el pueblo. Y yo no tengo fe en ella tampoco, no creo. A todos les da la misma clase de remedios casi, esas pastillas chiquititas de homeopatía. Claro que les da yerbas, les junta agua en una botella... Hace hartas cuestiones, pero a mí no me gusta. Una sola vez me dio remedio, no ve que a mí me daban enfriamientos de sangre, casi día por medio... La última vez que me dio me tuvieron que llevar al hospital y hacerme reaccionar con puras inyecciones. Empieza uno con dolor de cabeza y vómitos, se le da vuelta todo el mundo y empiezan a helarse los pies, las manos, y como que no le circula la sangre. Y esos enfriamientos son porque muchas veces uno toma aire, se desnuda, se desviste en las ventanas con corriente. La última vez me vino porque fui a dejar el almuerzo a la parcela y me acosté a la orilla del canal, y después cuando llegué aquí llegué enferma. En el hospital me dijeron que era enfriamiento, supieron porque no reaccioné nada, no sentí ni las inyecciones cuando me clavaron, tuvieron que darme café caliente, cosas calientes, con eso se le quita a uno, y después él me llevó donde un médico a Limache, don José Allende. Va bastante gente de aquí, porque es doctor de homeopatía, no da remedios de yerbas, da puros remedios de homeopatía. Ese me vio, ese mira con la pura vista y va diciendo todo lo que a usted le

duele, no como a los doctores, que usted tiene que decirle qué le duele. Y ahí me dijo que yo había pasado por muchos enfriamientos de sangre, que otro que me diera me iba a morir. Y le dijo a él que tenía que cuidarme, yo me había puesto tratamiento, el lipey, entonces me dijo que tenía que sacarme el tratamiento...

Entonces me dio remedios el médico. Me dio hartos remedios y me echó a la cama y me dijo que tenía que estar por lo menos como quince días en cama. Me dijo que estaba sumamente mal y la sangre, tenía que cambiármela toda. Y yo me mejoré con ese remedio, ya no tuve más enfriamientos de sangre, ninguna cosa de esa. Pero lo más grave que yo tenía, me dijo, era la matriz, que yo la tengo en el estómago. De puro hielo. Y tenía que ser un especialista para que me bajen la matriz hacia el centro, pero nunca vi.

Después quedé embarazada del niño chico. Fue difícil el embarazo. Tenía treinta años. Me sentía sumamente mal, me dolían los ovarios, pasaba con los ovarios inflamados y tenía que ver cada ocho días a la matrona. Tenía los ovarios totalmente inflamados y no podía caminar. Cuando me daban dolores eran como dolores de parto. Con este niño yo tenía puras complicaciones. Me sacaron sus diez veces sangre, todos los exámenes me salían malos, y tenía esa cuestión de cardíaco.

Ya de los siete meses empecé con dolores de parto. Pasaba con puros dolores, y en el hospital me sujetaban la guagua para que aguantara hasta los nueve meses. Y pasé los nueve meses: el niño me nació a las cuarenta y tres semanas, porque estaba pegado de los pies, en el estómago. Y yo, como tengo la matriz en el estómago, entonces se me pegó aquí. El doctor Villablanca, el que me vio a mí, espe-

cialista matrn, me dijo que iba a hacer cesárea. "Si no te mejorai, de aquí a las ocho y media, tengo que hacerte cesárea, porque la guagua no puede nacer y no puede ser que esté cuarenta y tres semanas adentro". No me puso suero, tampoco, ninguna cosa, sino que me hizo que me paseara para allá, para acá. Hasta que de un de repente, fueron ellos mismos, y me empezaron a apretar el estómago y desaflojaron la guagua de los pies y nació altiro. Venía morado por entero. Si al niño tuve que ponerlo, tres meses boca abajo, para que no se me ahogara. Tenía que respirar bien. Pero no sentí tanto dolor cuando me mejoré, para lo que sentí cuando estaba esperando.

Yo quedé embarazada porque él me pidió un hijo. El empezó que hacía falta una guagua y que él necesitaba un hijo. Pero ahora empezó con las mismas. Ahora, aunque me pida un hijo, yo no se lo voy a dar, porque no saco nada con estarme llenando de chiquillos yo, y él va a seguir igual.

Yo siempre he conversado con él. Claro que él finge mucho. El dice que me quiere y cuantas cosas, pero es que yo lo he visto. Debería disimular un poquito, por lo menos que los niños no lo vean.

Cuando la gente me contaba cuentos, yo no creía, no le daba importancia a eso, pero yo un día lo pillé con mis propios ojos. Y yo no lo tomé en cuenta, pasé para donde iba y él siguió ahí. El me vio y no hizo absolutamente nada. Después llegó a la casa como si no hubiera pasado nada.

Incluso él se aloja en otra parte. Entonces él llega en la mañana y me dice: "¡Hola, hola!, ¿cómo te va?". "Bien", le digo yo, y nada más. Ese es el saludo que nosotros tenemos. Yo no le hago escándalo, ni me pongo a gritar, ni me

pongo a pelear. Nada, nada. Lo único que le digo: “Bah, llegaste”, nada más. Yo le sirvo el desayuno, después se viene a acostar y yo sigo haciendo las cosas, pero yo no le doy importancia para nada. Claro que yo sé que le duele, porque ha dicho que le duele más que nada que yo no lo tome en cuenta. Pero si él mismo tiene la culpa...

Estuvimos a punto de separarnos, porque él tiene una guagua con otra mujer. La niñita tiene cuatro años ya. Esto fue antes de Juanito. Entonces con ella se iba a ir él, para la Argentina. Eso supe yo después. Cuando le pregunto se ríe o lo niega. Yo sé que la quería bastante, porque él la defendía a ella y no nos defendía a nosotros. Porque cuando yo supe que ella estaba embarazada, le pregunté. Estábamos en una fiesta. Ella es ahijada de Confirmación mía. Nos convidaron a un almuerzo y le preguntaron por qué estaba tan gordita. Ella dijo delante de todos que estaba embarazada y que el padre de la guagua era Ramón. Fue en la misma casa de ella. Yo no reaccioné, nada. Sino que reaccionaron los papás de ella: que cómo se le podía ocurrir, que sabía perfectamente que él era casado y yo era su madrina de Confirmación, hacerme una cosa así. Ella dijo que lo quería y que no lo iba a dejar nunca. Entonces él dijo que era cierto y que también la quería. Entonces le dijo la comadre, la mamá de ella: “Piense un poquito, que tiene cuatro chiquillos y una mujer”.... Entonces la misma cuestión que yo hiciera un castillo en la arena y viniera una ola y se lo llevara. Se derrumbó todo, todo el amor que yo sentía por él. Que ahora él diga lo contrario, que diga que yo no lo quiero, es porque él mismo se lo buscó. Porque si a una mujer le dicen que la tienen más bien dicho de limosnera en la casa, o que no le importan los chiquillos ni nada... Yo le dije a él después:

“Prefiero mil veces que me hubieses dicho cualquier cantidad de cuestiones a mí, pero menos a los niños, porque los niños no tienen la culpa de haber llegado a este mundo”.

Entonces él me dijo que nos separáramos y yo le dije que bueno, que yo, así, no podía seguir viviendo con él, porque todas las veces iba a estar el recuerdo de la otra mujer y del niño, porque de todas maneras iba a tener que estar ayudándole. Incluso tuvo que darle para que se fuera a la maternidad, pagar todo. Y yo nunca le dije nada. Sino que fuimos a hablar con un abogado a San Felipe. El abogado lo primero que le preguntó, que cómo lo íbamos a hacer, acaso vendía la parcela. El en ese tiempo pedía \$ 600.000 por la parcela. Me dijo: “¿Le da la firma usted?”. “Sí, pero me tiene que dar la mitad de la plata”, le contesté. El abogado preguntó con quién se quedaban los niños. Yo antes de salir les había preguntado a los niños y todos se quedaban conmigo. Ninguno se iba con él. Se lo dije al abogado, “Señora, cuánto lo siento, pero es que su marido se queda con \$ 200.000 y usted con \$ 400.000.—, porque los niños se quedan con usted y usted tiene que proteger a los hijos. Si usted va a vender el derecho a la parcela, ahí va a estar el derecho de los niños”. Entonces él dijo que lo iba a pensar. Cuando llegamos a la casa arregló por la buena. “No, qué nos vamos a separar, dejémoslo mejor y sigamos viviendo de lejos”. Por lo de la plata.

Yo con cuatrocientos, me habría alcanzado de más para criar mis niños, por lo menos hasta que estuvieran grandes, porque habría puesto la plata en el banco. Incluso yo sé perfectamente que si vende la parcela, más de diez años la plata no le iba a durar, porque le gusta pasarla bien. Así que yo no pensaba ninguna cosa, ni que mañana me podía faltar de comer, nada, sino que lo único que quería

era alejarme de él, por las cosas que yo había dicho, porque me insultó bastante.

Después yo vi que empezó a cambiar. El empezó a cambiar, me decía: "Vamos, salgamos". Incluso me sacaba de aquí. No como antes, que pasaba encerrada aquí en la casa. Dejó a la otra niña, de a poco. Después, cuando la niñita se le enfermó, ...porque ella es de las que les gusta salir a bailes, en todas las fiestas ella quiere andar. Y la niña tenía ocho días y le dio bronconeumonía. Entonces se la tuvieron en el hospital, en San Felipe, mucho tiempo a la niña. La tenían tapada con nylon, porque yo fui a verla. Lo acompañé un día y la vi, ella no estaba. Y ahí él empezó a reaccionar, que no le convenía como mujer, porque si iba a estar, todas las veces, dejando las guaguas botadas. Y ahí me dijo él que lo perdonara y que siguiéramos igual, que no lo iba a hacer más y cosas por el estilo.

Claro que yo soy la que le digo: "Ayuda a esa niñita, porque no tiene la culpa de haber venido al mundo". El la ayuda, pero ni un kilo de plátanos le trae si yo no lo consiento. Eso tiene bueno él. Cuando hay que comprar, vamos los dos a San Felipe o a Putaendo, incluso vamos a Santiago.

A mí nunca me ha llamado la atención otra persona. Pienso que todos los hombres son iguales. Qué sacaría yo con tener otro hombre. He pensado sí. Incluso antes, cuando quedaba sola, yo pensaba cómo no me busco yo un hombre, para tener yo para comer, y cuanta cuestión. Que me dé, pensaba yo. Pero después reaccionaba. Me daba cuenta, que lo que estaba haciendo estaba malo, porque los niños me iban a ver y no me iban a querer. Además que aquí no hay hombres como para fijarse en ellos. Y eso que

es lo más común ahora, yo he visto matrimonios, mujeres casadas, hombres casados, que andan con distintas personas.

A todos les gusta hablar. Todos los hombres de aquí, andan trayendo a las mujeres, que algunas veces ni les ven las canillas y andan cachiporreándose con ellas. Claro que a mí me han dado sí hombres. Que yo tengo aquí, que yo tengo allá y leseras. A mí me da risa.

Una vez me vieron conversando con un cabro, un cabrito no más y dijeron que yo andaba con él. Después me lo preguntaron a mí misma. "Sí", les dije, "me veo bien ah...". O sea, que yo les doy con la misma, y no me lesean más. Pero nada que ver, porque pienso yo, si hiciera alguna cosa, no lo iba a hacer aquí, delante de ellos. El cabrito también supo, y se reía, decía "pero si uno no puede conversar con nadie, porque hasta los hombres y las mujeres nos trajeron con cuentos".

Nosotros dormimos juntos, pero algunas veces no nos tomamos ni en cuenta. A mí me da rabia todavía. Yo me muerdo todas las cosas, no le digo nada.

Y yo escuché un día una conversación. Estábamos tomando vino aquí para un asado. Y él estaba conversando con Joaquín (4), que le decía: "Oye, tu señora está cada día más joven y más buenamoza". Entonces como que al Ramón le pareció mal eso. No me ha celado nunca, pero ese día yo noté que tuvo una reacción distinta. "Y tú cada día te estai poniendo más viejo. Es mucho desgaste físico que tenís. Recuerda que cuando tengai unos cuarenta y dos años ya no vai a servir para nada y tu señora va a quedar en la primera flor. Ahí te voy a verte yo, en que vai a quedar tú, cuando tu señora se empiece a arreglar y empiece a salir con tus niños y vos, vai a tener que quedar en la casa. Trata de reaccionar, tonto. Mira que cuando uno pier-

de la mujer, ya es porque pierde todo. Bien que tengai otras mujeres por fuera, pero no lo demostrás tanto". Don Alfonso le dice lo mismo, delante mío le ha dicho: "Deja a esa mujer, hácele cariño a tu señora". Entonces la respuesta que da es "comer porotos todos los días cabrea".

Yo le dije el otro día: "Bueno, si yo dijera lo mismo, ¿qué pasaría?". No dice nada. Me ha preguntado si he tenido otro hombre, pero yo realmente se lo habría dicho. Pero no tengo. Y eso es lo que toda la gente me ha dicho. Hay muchas señoras que vienen a conversar conmigo. "La compadecemos", me dicen. Pero yo no sé la paciencia que tengo. Ellas son unas cabras jóvenes de allá afuera, de Vicuña también. Son amigas. Me dicen: "Yo, mi marido me hiciera una cosa así yo le pongo el gorro no más", porque esa es la palabra que tienen ellas, a mí me da risa. Les digo: "La facilidad que se les hace a ustedes, estuvieran en mi lugar, en mi pellejo". "Pero si es lo más sencillo, lo más natural", me dicen, "si él no te quiere, tenís que buscar quien te quiera". "Y los niños?", les pregunto yo. "Pero es que los niños es un amor distinto, es un amor aparte". A mí me da risa, las escucho no más, y a mí me gusta hacerlas hablar y que me cuenten la vida de ellas. Me dicen que soy fome y se van.

Yo no soy para eso, el Ramón tiene una confianza única en mí. Cuando el Esteban estaba aquí (5), vivía aquí, dormía y todo. Y el Ramón llegaba a la una, dos de la mañana, pensaría que me iba a encontrar en algo. No sé, pero algunas veces yo lo sentía despacito entrando. Qué pensaría, que me iba a encontrar con él. Y no, jamás en su vida me ha pillado en nada.

A mí nunca me ha gustado meterme en cuestiones así de organizaciones, porque no sé, fíjese, a mí me da ver-

güenza reunirme con otras mujeres. Incluso yo, cuando lle-
go a ir, a juntarme con alguien, es cuando voy a misa, a un
funeral, a un velorio que estén todos juntos, o un velorio
de virgen que hacen por aquí. Pero de reunirme así, en un
Centro de Madres, a mí me da vergüenza. Porque siempre
me ha dado vergüenza, por lo menos aquí donde vivo. Co-
nozco varias gentes, pero de puro saludo. Fíjese que van a
ser como nueve o diez años que estoy viviendo aquí y casi
no tengo amigos.

A mí me da vergüenza hablar, me parece que se van
a reír de uno. El Ramón siempre me dice que soy tonta,
porque debía conversar con otras personas. Y yo le digo
que no, a la manera mía, o sea que yo me acostumbré así,
me acostumbraron así, quedé así, me criaron así. Yo cuan-
do estaba chica, no me daban permiso para ir a fiestas, para
jugar. Me crié con esa manera.

A mí me parece que no está bien visto que yo vaya,
porque yo he escuchado, cuando las señoras andan metidas
en el Centro de Madres, los hombres más lo que hablan de
ellas. Las pelan, no todos, pero la mayoría de los hombres
andan pelando. Dicen que las mujeres no tienen qué hacer
en la casa que andan metidas, que la mujer es para la casa,
no para que anden metidas, porque van a puro pelar. Eso
es lo que yo he escuchado.

Trabajando en la parcela

El viernes se fue él. Ese día la niña trajo ese juego del
bachillerato. Hicimos las cosas y cuando llegaron los niños
les di once y nos pusimos a jugar a esa cuestión de bache-
llero y estuvimos hasta tarde. Hasta la una estuvimos el pri-
mer día.

El día sábado nos levantamos todos temprano, porque iban a venir las arrancadoras de alverjas y cuestiones. Yo me fui para la parcela con los niños, pero fui para allá y volví altiro a la casa, porque tenía que ir a Putaendo, ese día sábado, a una charla de la Iglesia, porque voy a ser ma-drina de Confirmación, así es que tengo que ir a las charlas.

La niña quedó haciendo las cosas. Yo llegué aquí, me bañé y la niña arregló al niño. Les di almuerzo y me fui para abajo en la micro. Ya no volví hasta en la micro de cuatro para arriba. En la noche hicimos la misma gracia otra vez, nos pusimos a jugar al naípe. Estuvimos hasta las doce. El domingo en la noche estuvimos jugando hasta las cuatro de la mañana y el lunes, nos tuvimos que levantar temprano todos. Yo cuando llegó el Ramón no me había dado cuenta más que cuando se paró en la puerta, así es que el lunes nos quedamos todos con los crespos hechos. La niña se había estado aprontando “vamos a jugar mami, hasta que no podamos abrir los ojos”. Y llegó él. El que pierde tiene que ir a comprar una bebida. Por eso a los niños les gusta jugar, porque si uno pierde tiene que ir a comprar una bebida, o jugo o galletas, cualquier cosa. Entonces lo ponen todo en un plato, en la mesa y se ponen a jugar de nuevo. Así son. Y cuando él está no los deja. Dice que no, que nos acostemos, que mañana hay que levantarse temprano y cosas por el estilo. Entonces los niños se van medios choreados a acostarse. Y ahí es donde dicen “Claro, como él se queda para abajo”.

Yo voy en la mañana a la parcela. Se queda la niña aquí, cocinando, haciendo aseo y cuando llego, me tiene todo hecho. Me sirve el almuerzo y después se va al colegio, en la micro de la una. En la tarde, cuando llega de la escuela, en la micro de siete, se pone a hacer las tareas al-

tiro. Y cuando tiene que estudiar, entonces, no juega, se va a acostar a la otra pieza y se pone a estudiar y después de llegar a jugar con nosotros. Y cuando no, se queda en la mañana otro rato acostada y se pone a estudiar. Y yo ya no la molesto, porque como sé que está estudiando... Porque tiene muy buena memoria. Una sola pasada que le haga a las lecturas ya se las aprende, sobre todo para las pruebas.

Lo que más me chorea a mí hacer, es aquí la cuestión de la casa. Hacer pan o lavar, porque no tengo las comodidades como para hacerlo. Porque yo para lavar tengo que acarrear agua, de allá abajo, del sauce para poderle lavar. Eso me chorea. Y para amasar, tengo que estar amasando ahí y en un tarrito de horno, que me hace siete panes, tengo que estar echando hornadas de pan y nadie me ayuda. Ahí tengo que estar yo partiendo leña, cortando palos para echar al fuego, no me gusta. No me gusta ni lavar ni amasar, porque encuentro que es muy pesada la cuestión del lavado, por el acarreo del agua. Antes no, porque tenía llave de agua potable. Claro que lavo una sola vez a la semana, pero lo hago en grande. Los niños me acarrear agua, porque yo les digo: "Si no me acarrear el agua, no hay ropa lavada", y por el interés, los grandes, de tener la ropa limpia, lo hacen bien. *Y son cosas que tengo que hacer, aunque no quiera.*

Y para la parcela también me chorea ir. No me gusta estar arriba en la parcela, sino que yo voy a ayudarle a los niños, porque yo creo que se cansan de estar trabajando allá. Y el Ramón no se preocupa mucho. Lo que sí yo encuentro malo es que él recibe la plata y no nos da ni un veinte a nosotros. Entonces los niños se me chorean. Me dicen: "Mamita, mi papá no me da ni un veinte, por qué no

le dice que me de algo de plata, siquiera para el bolsillo". Entonces yo les encuentro razón a los niños, porque si los niños trabajan...

Aquí donde vivimos eran casas de la hacienda, guardaban sacos, guardaban herramientas. Y aquí, esta pieza que está entablada, aquí está la ventana, donde pagaban. Aquí pagaban. Tenían el escritorio ahí y por la ventana pagaban. Y en la otra pieza, donde duermen los niños ahora es la pieza donde amasaban, hacían hallullas, que le llamaban la galleta. Y esa otra, donde tengo la cocina yo, era la carnicería. Y la otra era para guardar los azadones, todas las cosas que trabajábamos.

Nosotros no teníamos casa, la parcela tocó sin casa. Estábamos postulando a una casa, pero nos iba a tocar para arriba, para El Tártaro. Entonces yo la encontré muy lejos, que me quedaba muy lejos la parcela de la casa. Entonces dijo el Ramón que se quedara mejor el mismo caballero que estaba viviendo en la casa, porque tendríamos que habérsela quitado, y él no tenía parcela. Yo le dije que qué sacábamos con quitarle la casa y dónde se iba a vivir él, siendo que aquí habían tantas piezas desocupadas (6). Y ahí habló con los dirigentes, y con toda la asamblea, acaso le podían dar estas casas. Le dijeron que bueno, que se viera, pero él está pagando mil pesos por cada pieza, son cinco.

A mí no me gusta acá, porque es muy solo, si no estuvieran los niños grandes.. En la noche esta cuestión parece cementerio, parece bóveda. Y para más, la otra casa sola al frente...(7). Así que a uno le da miedo. Menos mal que ahora hay luz, los postes de luz ahí mismo al frente, pero de todas maneras...

No me dan ni ganas de arreglar. A veces, por la niña,

porque ellos tienen derecho a traer a sus amigos. Y por otra parte arreglo aquí y el Ramón no agradece. Pero por los niños, que traen amigos, para que no se avergüencen.

Me gustaría tener cosas nuevas, cosas que realmente me hacen falta aquí. No cosas de lujo, pero por lo menos, nosotros no tenemos comedor... Me gustaría comprar comedor, otra cama, porque estamos estrechos, los niños tienen que dormir de a dos. Me gustaría comprarme platos, loza. Que hay otras personas que yo sé que tienen un hogar. Miran los bufés, los tienen llenos de loza y cuestiones. Entonces digo yo, yo no quiero lujos, yo quiero cosas que uno necesita en la casa, pero de adónde voy a sacar la plata. Si yo pido, él me dice que no tiene. Entonces esa es la pena que a mí me da. Puchas, en otras partes tienen arreglado, tienen bonito, su loza en el bufé, su lindo comedor, sus lindos manteles, sus lindas cortinas. Yo aquí, no tengo nada. Yo le cuento a mi mamá. Ella me dice: *"Te vai a tener que conformarte no más. A lo que Dios mande, hija"*. Pero, es que pucha, las cosas no son para mí, son para los niños, para que no se sientan mal. Tener figuritas de adorno siquiera, aunque sean chiquititas, pero en una casa tienen esas cosas. Yo cuando voy a comprar alguna cosa me dice: *"Para qué vai a comprar leseras, para qué te sirven"*. Ahora, para comprar cosas de comida, tengo que andarle rogando. El tiene la obligación de mantener la casa.

A mí me gustaría vivir en otra casa y ojalá fuera chica. No como ésta. A mí me gustaría vivir en una casa. No importa que fuera en una mediagua, aunque fuera una casa prefabricada. Pero que yo la tuviera enceradita. Cuando yo estaba donde mi mamá, yo le hacía el aseo, le enceraba y todo. Incluso yo aquí también enceraba, pero me cabrié, porque no dura nada la enceradura aquí. Se ensucia altiro

con tierra, con barro. Entonces a mí me gustaría tener una casa chiquitita, donde yo pudiera encerrar, donde yo tuviera mi comedor, tuviera ordenado, mi dormitorio bien arreglado, bien encerado. Esto es más una bodega que corredor, pasan los sacos llenos de trigo.

Yo encuentro que el Ramón es muy cabro chico para sus cosas. Yo a veces me enojo con él y a él le da lo mismo. Igual que un cabro chico. Vive como un pajarito. Yo le digo algunas veces: “No hay qué echarle a la olla”. El no me dice nada. Ahí tengo que partirme la cabeza yo qué puedo hacer. Porque él llega: “déme almuerzo”. Claro que muchas veces él me ha visto llorando, cuando llega me dice: “¿qué te pasa?”. Le digo: “tengo problemas, tengo esto y lo otro y tú no te preocupas”. Me dice: “¿Te parece a ti que no me preocupo?”, pero es que no lo demuestra. Por eso yo lo encuentro muy cabro chico. Mi suegra lo aconseja, pero no le valen los consejos de nadie. Yo le he dicho que quiero tener cosas y siempre dice: “Más después, más después”.

Para ser dirigente sí que tiene cabeza el Ramón, porque yo muchas veces pregunto cosas que no sé y él me las explica y los niños, incluso, se quedan con la boca abierta, escuchando, y los niños dicen: “¿Cómo mi papá es bueno para explicar cosas, no es bueno para todo”, riéndose, le dicen a él mismo. Se ríe él no más.

-
- (1) En el pueblo de Putaendo, cercano a la Hacienda El Tártaro - Lo Vicuña, existe un Sanatorio para enfermos mentales.
 - (2) José es el segundo hijo de Inés, en la actualidad de 16 años.
 - (3) Juan Rozas es un barrio de Putaendo que queda al otro lado del río, frente a la hacienda.

- (4) Otro parcelero de El Tártaro.
- (5) Se refiere a un joven allegado que trabajaba con Ramón y vivía en la casa por un tiempo.
- (6) Ellos viven en lo que eran construcciones de la hacienda: bodegas, carnicería, panadería.
- (7) Al frente está la casa patronal, abandonada prácticamente, de la cual hay muchas historias de espíritus y aparecidos.

I N D I C E

	Pág.
Presentación	5
Introducción	9
Juan y Sara	
Juan	15
Sara	48
Ramón e Inés	
Ramón	71
Inés	106

